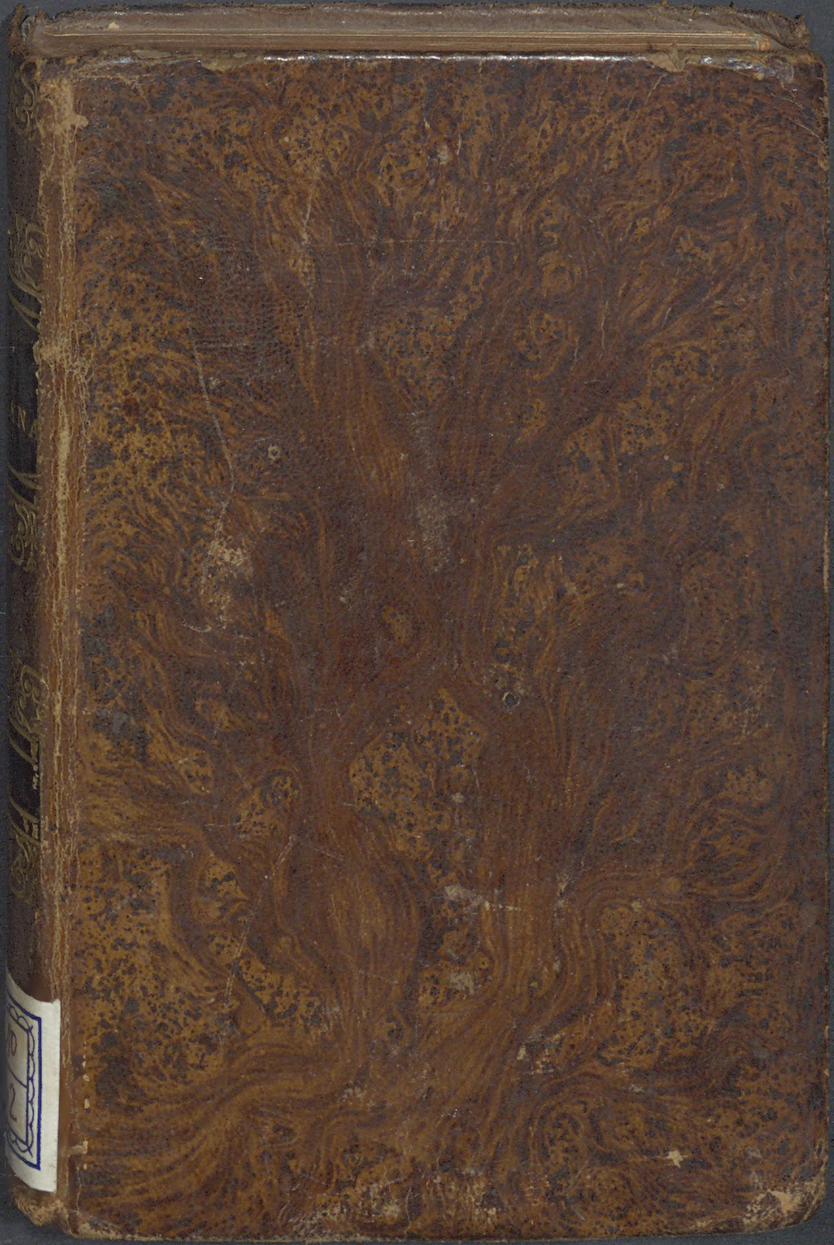
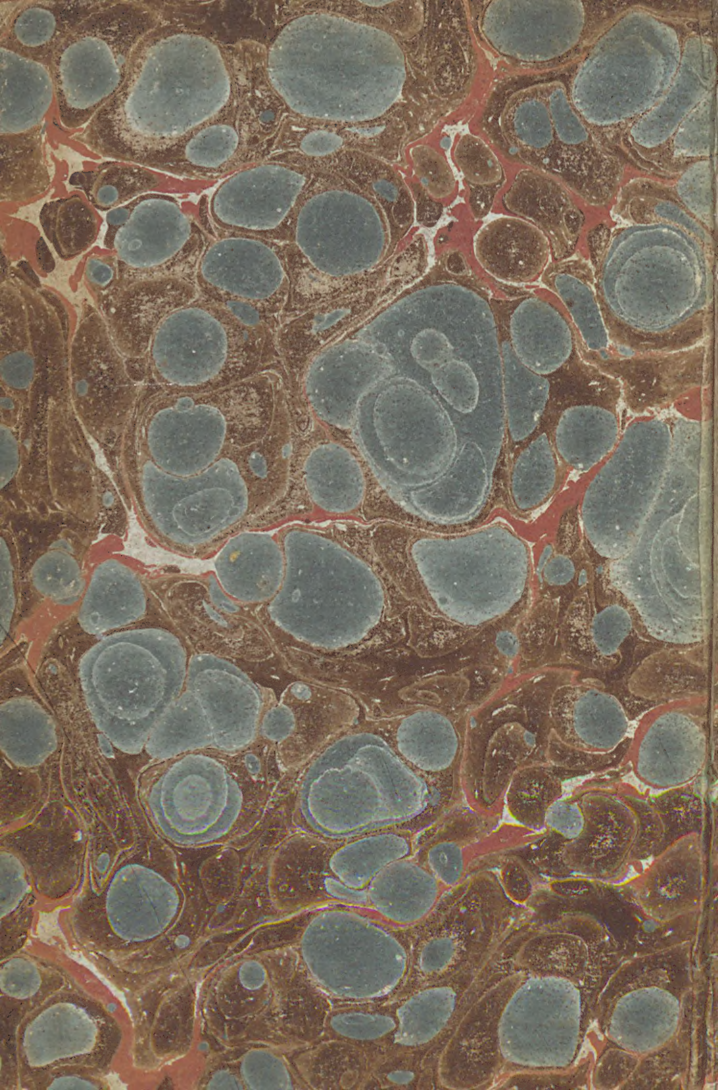
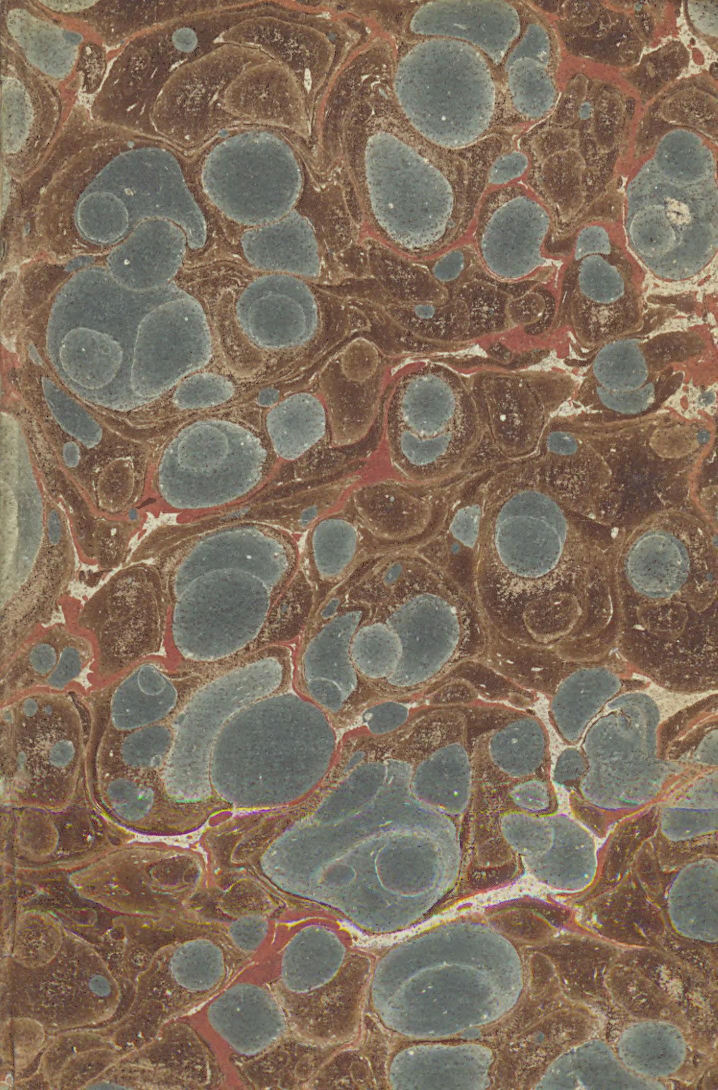






LA ARAUCANA.

Propiedad de

M. Tejera



D. Estruc lo g.º 1827.

LA ARAUCANA.

dirigida

AL REY DON FELIPE

NUESTRO SEÑOR.

Su Autor

DON ALONSO DE ERCILLA

y Zúñiga, Caballero del Orden de Santiago, Gentil-hombre de la Cámara de la Magestad del Emperador.

J. M. de C.

PARTE I.

BARCELONA:

Por Juan Francisco Piferrer

Impresor de S. M.

1827.

Se ha impreso con las licencias necesarias; y quedan entregados los ejemplares prevenidos por la ley.



AL REY

Nuestro Señor.

Como todas mis obras de su principio estan ofrecidas á V. M. esta como necesitada acude al amparo que ha menester. Suplico á V. M. sea servido de pasar los ojos

por ella, que con merced tan grande, demas de dejarla V. M. ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la Católica persona de V. M.

Don Alonso de Ercilla y Zuñiga.

PRÓLOGO

DEL IMPRESOR.

La edicion de la Araucana hecha en Madrid por Don Antonio de Sancha en el año de 1576 es la que nos ha servido de original para la presente, con la sola variacion de arreglarla á la ortografía mas moderna de la lengua castellana, y darle una puntuacion que hiciese su lectura mas clara, mas fija y ménos fatigosa. En aquella edicion se dan algunas noticias pertenecientes á la vida del Ilustre Cavallero Don Alonso de Ercilla, y pareciéndonos que podrian ser suficientes para satisfacer la curiosidad de los lectores aficionados á nuestro autor, hemos pasado á insertarlas en nuestra edicion, en la que se ha puesto un particular esmero paraque saliese con toda aquella exactitud y limpieza que requeria la originalidad de los pensamientos y la riqueza de la poesía; persuadidos de que en esta especie de obras importa mucho conservar toda la fisonomía de la época que las produjo.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE DON *ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA*.

Nació DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA en Madrid á 7 de Agosto de 1533 pero traia su orígen de Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, de donde era natural *Fortun Garcia de Ercilla* su padre, eminente jurisconsulto, que murió en Valladolid á 29 de Setiembre de 1534 á los 40 de su edad. Fué tambien de Bermeo *Martin Ruiz de Ercilla*, Señor de la Torre de Ercilla, abuelo de nuestro Don Alonso, cuyo nacimiento accidental en Madrid no debe despojar á Vizcaya de este elegante Poeta, con cuya posesion deja de ser tan rara, como pondera Don Nicolas Antonio, la prenda de la Poesía en los naturales de aquel nobilísimo Señorío (1) Su madre fué *Doña Leonor de Zúñiga*, Señora de Bobadilla, cuya villa, muerto Fortun García, fué incorporada en la Corona, y ella nombrada Guardadamas de la Emperatriz

(1) Bibl. Hisp. Nov. tom. II, ver. *Martinus de Ibarra.*

Doña Isabel. Procrearon estos nobles casados tres hijos: *Don Francisco de Zúñiga*, que murió mozo en Madrid á 28 de Julio de 1545 *Don Juan de Zúñiga*, Abad de Hormedes, Limosnero mayor de la Reina Doña Ana de Austria, y Maestro del Príncipe Don Fernando, el cual murió en Almaraz á 28 de Agosto de 1580: y nuestro Don Alonso, que desde sus tiernos años se crió en Palacio, en calidad de page del Príncipe Don Felipe, hijo del Emperador Cárlos V. y á la sombra de su madre Doña Leonor (1). Era de ingenio vivo, naturalmente culto, de atinado juicio, y de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las Buenas Letras, y perficionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América. Porque siguió á Felipe II. en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flándes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Ungría, Stiria y Carintia (2). Y como siempre fué

(1) Refiere estas noticias genealógicas D. Luis de Salazar en sus *Advertencias históricas*, pág. 13 y 14 citando á Garibay en el tomo III de sus obras no impresas, que de su misma letra se guardan en la librería del Conde de Oropesa.

(2) Canto XXXVI.

inclinado y amigo de inquirir y saber, segun confiesa él mismo (1), adquirió grande caudal de noticias y de prudencia, viendo como otro Ulíses, tanta diversidad de naciones, y de humanas costumbres.

El año de 1547 acompañó al Príncipe Don Felipe, que llamado de su padre, el Emperador, pasó á Bruselas, y tomó posesion del Ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flándes, atravesando la Italia, la Alemania, y el Ducado de Luxêmburgo, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El Coronista Juan Estévan Calvete, que refiere este viage, llama á nuestro Ercilla *Don Alonso de Zúñiga*, usando del segundo apellido (2).

Siguió tambien Don Alonso al mismo Príncipe, cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra, á casarse con Doña María, heredera de aquel Reyno. En esta sazon llegó á Lóndres la noticia del levantamiento del Estado de Arauco. Y hallándose en aquella Corte Gerónimo de Alderete, que habia venido del Perú, le nombró el Rey Capitan y Adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió pues de Lóndres Alderete, llevan-

(1) Canto XXXVI. (2) Pág. 84.

do en su compañía á Don Alonso de edad de 21 años, siendo esta la primera vez que ciñó espada, como él dice (1). Pero muriendo el Adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó Ercilla su viage á Lima, Capital del Perú. Era Virrey de aquel Reyno Don Andres Hurtado de Mendoza, Marques de Cañete, y con noticia de la muerte del Adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo Don García por Capitan General de Chile, adonde le envió con una lucida escuadra, para sujetar á los inobedientes Araucanos. Pasó pues Don Alonso á Chile, incorporado en esta escuadra, como él asegura (2), y lo confirma el Coronista Herrera (3).

Entónces dió principio Don Alonso á las reñidas y sangrientas guerras del Arauco, obrando en el discurso de ellas mas proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice el *Licenciado Oña* (4), pues como del otro Troyano cantó Virgilio, fué nuestro Don Alonso gran parte de ellas: siendo Chile el teatro en donde hizo alarde de las primicias de su valor, y de su ingenio.

(1) Canto XIII. (2) En el mismo Canto.
(3) Decada VIII. pág. 156.
(4) Arauco domado, Canto VI.

Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heroico esfuerzo todas sus calamidades, y riesgos de la vida: y no contento con estas empresas, acompañó á su General Don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra, que por el estrecho de Magallanes estaba el valle de Chiloe; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables, y atravesando dos veces en piraguas el peligrosísimo desaguadero del Archipielago de Ancudbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazon, en la corteza del árbol mas robusto que vió allí, grabó con un cuchillo la siguiente octava (1):

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez, pasó el desaguadero;
el año de cincuenta y ocho entrado,
sobre mil y quinientos por Hebrero,
á las dos de la tarde, el postrer dia,
volviendo á la dejada compañía.

Volvió en efecto, despues de varias fortunas y peligros, á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre los suyos la vida, que supo

(1) Canto XXXVI.

libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazon en la ciudad, dice el mismo ERCILLA (1), gran número de gallardos jóvenes, concertaron una justa y desafío, en donde mostrase cada cual su valor y destreza. El Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, dice (2), que estas fiestas las mandó celebrar Don García, para solemnizar la noticia que se recibió en Chile, de la coronacion del Rey Felipe II. en virtud de la renuncia, que en Bruselas hizo en él el Emperador Cárlos V. su padre. »Hubo (añade Figueroa) en»tre otros regocijos Estafermo, á que sa»lieron muchos armados. Sobre quien ha»bia herido en mejor lugar, hubo dife»rencia entre *Don Juan de Pineda* y *Don* »*Alonso de Ercilla*, pasando tan adelan»te, que pusieron mano á las espadas. »Desenvaynáronse en un instante infini»tas de los de á pié, que sin saber la »parte que habian de seguir, se confun»dian unos con otros, creciendo el albo»roto con estremo. Esparcióse voz que »habia sido desecha para causar motin, »y que ya los fingidos émulos le tenian

(1) Canto XXXVI.

(2) Hechos de D. Garcia Hurtado de Mendoza, cuarto Marques de Cañete, pág. 103 y 104.

»meditado, por haber precedido algunas »ocasiones, aunque ligeras. Prendiéronse »por órden del General, que para infun»dir temor entre los demás, los conde»nó á degollar, sabiendo ser cualquier »severidad eficacísima para asegurar la »milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha »informacion, y hallado que habia sido »caso improviso de los dos, se revocó la »sentencia, &c."

Hace mencion de este suceso el mismo Ercilla, y dice espresamente que fué sacado á la plaza á degollar (1):

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la celeridad del juez fué tanta,
que estuve en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado,
la voz y fama pública lo canta,
que fué solo poner mano á la espada,
nunca sin gran razon desenvaynada.

y lo confirma en otro lugar, hablando del mismo caso (2):

Ni digo como al fin por accidente,
del mozo Capitan acelerado,
fui sacado á la plaza injustamente,
á ser públicamente degollado; &c.

De modo que segun esta relacion, revocó Don García la sentencia, estando para eje-

(1) Canto XXXVI. (2) Canto XXXVII.

cutarse. Siguióse despues tener gran tiempo preso á Don Alonso, para enmendar con este el primer yerro, como él asegura (1), sucediendo á la prision un trabajoso destierro; mas no por eso faltó en ninguna accion, ni asaltos de plazas, que despues se ofrecieran. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile, y llegó prósperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades que ejercia en Venezuela, Lope de Aguirre, y determinándose de ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habian ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde (2). Era Lope de Aguirre, un Guipuzcoano, natural de Oñate, que viviendo en Lima, fué uno de los cuatrocientos hombres que bajo el mando del Capitan Pedro de Ursúa, fueron enviados el año de 1559 por el Marques de Cañete, Virrey del Perú, á la conquista de los Omeguas; pero rebelándose Aguirre contra su Capitan, le quitó la vida, y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara Ercilla á Heródes y á Neron; pues no perdonó á su propia hija. Desbaratóle en Tocuyo Diego Gar-

(1) Canto XXXVI. (2) Allí mismo.

cía de Paredes, y cortándole la cabeza, le descuartizaron el año de 1561 (1) Por este tiempo padeció Ercilla una larga y estraña enfermedad, convalecido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los 29 años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia (2). Pero hallándose en Madrid el año de 1570, contrajo matrimonio con Doña María Bazan, hija de Gil Sanchez Bazan, y de Doña Marquesa de Ugarte, dama de la Reina Doña Isabel de la Paz, la cual y el Emperador Rodulfo, fueron sus padrinos, como dice Esteban de Garibay, citado por Don Luis de Salazar (3). Hace mencion Don Alonso en su *Araucana* de esta Señora, alabándola sobre todas las que arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado, y deseando ocuparse en canciones amorosas, *me sentí*, dice (4):

con gran gana y codicia de informarme
de aquel asiento y damas tan hermosas,
en especial y sobre todas una,
que ví á sus pies rendida mi fortuna.

(1) Fr. Pedro Simon, parte I de sus *Noticias historiales*, pág. 563 y 564.
(2) Canto XXXVI.
(3) Advertencias históricas, pág. 13.
(4) Canto XVIII.

Era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discrecion madura,
y á mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura:
yo que saber su nombre deseaba,
rendido y entregado á su hermosura,
ví á sus pies una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARÍA.

Si es verdad que DON ALONSO casó por Enero de 1570, como asegura Garibay, no pudo ser su madrina la Reina Doña Isabel de la Paz, que murió á 4 de Octubre de 1568 (1). Acaso quiso decir Doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, y hermana de los Príncipes Rodulfo y Ernesto, que se criaban en Madrid: de donde llamó al primero Maximiliano II, su padre, el año de 1572, para coronarle Rey de Ungría en Polonia: el siguiente de 1573, fué coronado Rey de Bohemia en Praga, y el de 1576, sucedió á su padre en el Imperio (2). De este Emperador fué Gentilhombre, DON ALONSO DE ERCILLA, y acaso le acompañó en sus viages en Alemania. Pero por los año de 1580, parece vivia retirado en Madrid, su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque sin embar-

(1) Cabrera *Historia de Felipe II*, pág. 504.
(2) Rodrigo Méndez de Silva *Vida de la Emperatriz Doña María*, pág. 56.

go de los continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la casa Real, sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios y de ingenio, nada parece medró en la milicia, ni en el palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo Rey, diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que el disfavor le tenia arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo ménos habia corrido con honor la carrera de su vida; y aunque destituido de premios, tenia la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que verdaderamente consisten (1). En los *Avisos para palacio* (2), se refiere este caso de nuestro ERCILLA. »Hablando algunas veces á Felipe II, DON »ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA, siendo »muy discreto hidalgo, que compuso el »Poema *la Araucana*, se perdió siempre, sin acertar con lo que queria decir, hasta que conociendo el Rey por la »noticia que tenia de él, que su turbacion nacia del respeto con que ponia los »ojos en la magestad, le dijo: *Don Alon*»*so, habladme por escrito.* Así lo ejecu-

(1) Canto XXXVII. (2) Impresos á continuacion de la *Carta y Guia de casados*, fol. 194.

»tó, y el Rey le despachó é hizo mer-
»ced."

Si Don Alonso recibió esta merced, no parece fué suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desauciado finalmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando que habia dado sin rienda al mundo el tiempo mas florido de su vida (1). Entre otras flaquezas que le remorderian á Don Alonso, serian sin duda aquellas mocedades, de que fueron fruto varios hijos, que tuvo fuera de matrimonio, (pues legítimo no tuvo ninguno) y que con toda espresion refiere Don Luiz de Salazar, con autoridad de Estéban de Garibay (2): de los cuales la mas notable fué Doña María Margarita de Zúñiga, Dama de la Emperatriz Doña María, que casó altamente, pues fué su marido Don Fadrique de Portugal, Señor de las Baronías de Orani, Caballerizo mayor de la misma Emperatriz, hijo de los Condes de Faro y Mira.

No sabemos cuando murió Don Alonso de Ercilla. El año de 1596, le supone vivo el Licenciado Mosquera; pues entonces decia, que estaba ocupado en es-

(1) Canto XXXVII.
(2) *Advertencias históricas*, pág. 14.

cribir con felicidad las victorias de Don Alvaro Bazan, Marques de Santa Cruz, cuyo poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar (1).

Fué Don Alonso de Ercilla, soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las letras propias, sustentaria en la posteridad la opinion de sus heroicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendacion de sus proezas, para ocupar un lugar distinguido entre los mas famosos Españoles: ó ántes bien él solo se basta á sí mismo, para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el Heroe y el Poeta: mas dichoso en esto que Aquíles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades, si Homero, y los historiadores griegos y latinos, no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres; y solo comparable con César, historiador de lo mismo que obraba. Vese esto en su *Araucana*, Poema heroico, que Miguel de Cervantes gradúa de uno de los mejores que hay escritos en lengua Castellana, y de una de las ricas prendas de Poesía que tiene España (2): Poema por

(1) *Comentario de disciplina militar*, pág. 175.
(2) *Historia de Don Quijote*, tom. 1, cap. 6.

el cual el Humanista Juan de Guzman, llama á Don Alonso el *Homero Hispano* y Príncipe de los Poetas Españoles (1): cuyo libro, dice Andres Escoto, que leian muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos (2); y de cuyo Autor dijo Vicente Espinel (3):

Que en el heroico verso fué el primero
que honró á su patria, y quizá el postrero.

Consta este Poema de tres partes, que compuso, como él dice, escribiendo de noche lo que obraba de dia. Imprimió al principio la primera parte solamente: añadió despues la segunda, y ambas las dió á luz el año de 1578 en 4, y habiendo escrito la tercera, publicó las tres el de 1590 en 8. Es su argumento las guerras, que con su obstinacion temeraria, sustentaron los Araucanos, para defender su rebelion contra su Rey Don Felipe II, en cuya relacion guardó Don Alonso la mas escrupulosa puntualidad; porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte (4). Y como las batallas y sucesos de la guerra,

(1) *Convite de Oradores.* Conv. VI y VIII.
(2) Bibl. Hisp. vet. *Fortunius Garcia.*
(3) Casa de la Memoria.
(4) Prólogo de la parte II.

son tan parecidos, solo la fuerza de su invencion pudo lograr referir con grata variedad, unos sucesos uniformes, y dar vulto y cuerpo agigantado á unos acaecimientos, cuyos autores especialmente de parte de los Araucanos eran unos personages particulares, desconocidos y agrestes. Así llegó sin fingir á dar á su poesía toda la gracia, á que otros poetas no pudieron arribar sin el auxilio de las ficciones: porque el fingir es fácil; y difícil dar á una historia verdadera todo el atractivo de que es capaz la fábula. Sin embargo en varios Episodios, que introduce para amenizar la esterilidad de unos libros de materia tan áspera, que desde el principio hasta el fin no contienen sino una misma cosa (1), se echa de ver la fecundidad de su invencion, especialmente en el del Mago Fiton. Llégase á esto la magnificencia del estilo, la magestad del númen, la grandeza de la locucion, la abundancia admirable de sentencias: todo lo cual constituye á Don Alonso un segundo Lucano Español, tanto mas digno de admiracion, cuanto que al Poeta Cordobes le suministraban materia mas copiosa y sublime la misma elevacion de los Heroes,

(1) Prólogo de la Parte II.

y la grandeza de las guerras, de cuyo destino dependia el señorío del universo; en lugar que el porfiado empeño de los Araucanos solo tenia por objeto, como dice Ercilla (1) *defender unos terrones secos, y campos incultos y pedregosos.* Y aunque el todo del Poema es maravilloso; pero algunas partes de él son inimitables. La arenga de Colocolo, tan celebrada por el autor la Henriada, es preferida justamente por otro Escritor al discurso con que Nestor intenta al principio de la Iliada concordar los ánimos de Aquiles y Agamenon desavenidos por la posesion de la cautiva (2).

En el estilo no obstante de la Araucana, siempre por otra parte propio y enérgico, se notan algunos vocablos nuevos, usados por Ercilla, obligado de la ley del consonante: como son *lena*, *fida*, *libidino*, *soledosa.* El citado Autor de la Escuela de Literatura, nota este Poema de prólijo, y el Doctor Suárez de Figueroa, de acéfalo. Así continúa el fracmento que alegamos arriba sobre el caso de haber mandado degollar á Ercilla Don García Hurtado de Mendoza; »El »conveniente rigor con que Don Alonso

(1) Prólogo de la parte II.
(2) *Ecole de Litterature*, tome premier, pág. 380.

»fué tratado, causó el silencio, en que »procuró sepultar las ínclitas hazañas de »Don García. Escribió en verso las guer»ras de Arauco, introduciendo siempre »en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es »un ejército sin memoria de general. In»grato á muchos favores que habia re»cibido de su mano, le dejó en borron, »sin pintarle con los vivos colores que »era justo: como si se pudieran ocultar »en el mundo el valor, virtud, probi»dencia, autoridad y buena dicha de »aquel caballero, que acompañó siempre »los dichos con los hechos, siendo en él »admirables unos y otros. Tanto pudo la »pasion, que quedó casi como apócrifa »en la opinion de las gentes la historia, »que llegára á lo sumo de verdadera, es»cribiéndose como debia &c."

Imputa Suarez á Ercilla tres defectos. 1.° que calló á Don García Hurtado de Mendoza en su Araucana. 2.° que este silencio procedió de la ingratitud de su ánimo, obligado por otra parte de muchos favores, que habia recibido de su mano. 3.° que su historia quedó como apócrifa.

Mas en descargo de estas acusaciones debe decirse, que ninguno de los sucesos que se refieren en la primera parte de la Araucana, que es la principal del

Poema, tuvo intervencion alguna Don García; porque pasaron bajo el mando de Pedro de Valdivia, Conquistador del Arauco, y de Francisco de Villagran, que por su muerte quedó por Gobernador y Capitan de aquella tierra. Con que ninguna injuria se hace á Don García Hurtado de Mendoza, en callar su nombre en el discurso de unas guerras, en que él no se halló. Su ejercicio de Capitan General, intervino en los sucesos que se refieren en la segunda parte, y en parte de la tercera. Y aquí no es tanta verdad, como exagera el Doctor Suárez, que suprime su nombre, pues repetidas veces hace espresa mencion de él, representándole como cabeza de las tropas que militaban en Chile (1). Con cuya memoria desaparece el silencio, de que el Historiador del Marques de Cañete culpa al autor de la Araucana. Y por otra parte, si Don Alonso de Ercilla recibió muchos favores de mano de Don García, no los menciona Suárez, ni á nosotros nos consta otra cosa, sino que refiriendo su Historiador los cargos, que en una ocasion distribuyó en diferentes soldados (2), quedó escluido Don Alonso: ni nos

(1) Parte I, Canto XIII. Parte II, Canto XVII, XXI y XXV, pág. 213 y 220. Canto XXXIV, YXXV.
(2) *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza*, p. 61.

persuadimos que entre aquellos favores cuente el de haberle sentenciado el Marques á ser degollado pública é injustamente. Con que queda Ercilla desobligado á su decantado Protector, y libre del vicio de la ingratitud, tan ageno de la generosidad de su condicion. Ménos razon tiene el Doctor Figueroa, ó por mejor decir, mas injuria hace á Don Alonso, en poner nota en la fé de su historia, el cual tantas veces protesta al Rey Felipe II, que es incontestable la verdad de los hechos que refiere de las guerras de Arauco, parte de los cuales oyó á personas fidedignas, que se hallaron en ellos, y parte de que él fué testigo ocular. Y en el efecto así lo han creido siempre los Historiadores, que despues trataron de ellas; y el P. Ovalle con especialidad confirma su historia frecuentemente con el conterto de la Araucana. Pero si el Marques de Cañete tuvo algun sentimiento de que Don Alonso no hablase de él con tanta frecuencia, ya procuró desagraviarle el Licenciado Pedro de Oña, natural de Chile, en su *Arauco domado*, que escribió, como él dice (1), para corregir el silencio de Ercilla. En efecto se oyen celebrados con frecuen-

(1) Ecsordio de la primera parte,

cia los ilustres hechos del valeroso y prudente Virrey del Perú; pero con tan poca dicha, que mas gloriosos serán en la memoria de los hombres por las ocasiones en que nuestro Ercilla menciona sus heroicas prendas y oficio, que por la afectada repeticion con que Oña los inculca; y si solamente vivieran por su pluma, ya hubieran seguido la suerte del Poema que los contiene, y se vieran olvidados y desestimados. Pues aunque el poeta del Arauco domado muestra natural y fácil vena, carece por lo comun de la elevacion y dignidad de la Epopeya, é incurre muchas veces en manifiestas puerilidades, y otras deja correr la pluma licenciosamente (1).

Estos y otros defectos quiere disculpar el autor, alegando por escusa inadmisible la brevedad del tiempo, y la prisa estraordinaria que le daban, segun se queja en la siguiente octava, que se halla ántes del medio del Canto VIII.

En obra de tres meses que han *corrido*,
he yo tambien *corrido* hasta este Canto:
mirad si para haber *corrido* tanto,
es mucho no ir el verso tan *corrido*:
Mas yo con él quedára bien *corrido*,
síno *corriera* todo lo que canto,
derecho á *socorrerse* de un Mecenas,
que bien hará *correr* las cojas venas.

(1) Canto V y VII.

¡Tal es el émulo y competidor del sublime ERCILLA! de quien solo resta que advertir, que esta impresion, que ahora se publica, está conforme con las que tienen aumentados los Cantos XXXVI y XXXVII (1). Demas de esto, tiene la recomendacion de salir mejorada con el retrato del Autor, con un exacto é individual mapa del estado de Arauco, tan necesario para entender con claridad, las guerras que pasaron en él, y con tres estampas de suave y delicado buril, que representan los hechos principales del Poema. En la correccion se ha puesto la posible diligencia, por cuyas razones parece debe preferirse esta impresion á cuantas la han precedido.

(1) Cotéjese la del año de 1590 con la del de 1632, ambas de Madrid.

LA ARAUCANA.

CANTO I.

El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile, y Estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen: y asi mismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados:
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados,
que á la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
de gente que á ningun rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razon merecen:
raras industrias, términos loables

que más los españoles engrandecen;
pues no es el vencedor mas estimado
de aquello en que el vencido es reputado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recibida,
que de todo valor necesitada,
queda con darse á vos favorecida:
es relacion sin corromper sacada
de la verdad cortada á su medida,
no desprecieis el don, aunque tan pobre,
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á Señor tan alto dedicarlo,
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en mas lo tenga:
y si esto no bastare á no tacharlo,
á lo ménos confuso se detenga,
pensando que pues va á vos dirigido,
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
¡qué crédito me da por otra parte!
hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin órden, lleno de arte:
así de tantas cosas animado
la pluma entregaré al furor de Marte:
dad orejas, señor, á lo que digo,
que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada
en la region Antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal, y poderosa;
la gente que produce, es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa
que no ha sido por rey jamas regida,
ni á estrangero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del Leste á Oeste de angostura
cien millas por lo mas ancho tomado:
bajo del Polo Antártico en altura
de veinte y siete grados prolongado
hasta dó el mar Occeano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares que pretenden
pasando de sus términos juntarse,
baten las rocas, y sus olas tienden,
mas esles impedido el allegarse:
por esta parte al fin la tierra hienden,
y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, Señor, fue el primer hombre
que abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta

quedó para nosotros escondida,
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,
y báñala del Oeste la marina;
á la banda del Leste va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio mas se afina:
Venus y Amor aquí no alcanzan parte,
solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado
por donde su grandeza es manifiesta,
está á treinta y seis grados el estado
que tanta sangre agena y propia cuesta:
este es el fiero pueblo no domado
que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
y aquel que por valor y pura guerra
hace entorno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
lo mas deste gran término tenia
con tanta fama, crédito y conceto,
que del un polo al otro se estendia:
y puso al Español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mia:

veinte leguas contienen sus mojones,
poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis Caciques y Señores
es el soberbio estado poseido,
en militar estudio los mejores
que de bárbaras madres han nacido:
reparo de su patria y defensores,
ninguno en el gobierno preferido:
otros Caciques hay, mas por valientes
son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
servicio personal de sus vasallos,
y en cualquiera ocasion cuando conviene
puede por fuerza al débito apremiallos:
pero así obligacion el señor tiene
en las cosas de guerra dotrinallos
con tal uso, cuidado y disciplina,
que son maestros despues desta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo
habilidad y fuerza provechosa,
es que un trecho seguido han de ir corriendo
por una áspera cuesta pedregosa:
y al puesto y fin del curso revolviendo,
le dan al vencedor alguna cosa;
vienen á ser tan sueltos y alentados,
que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio

los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio
entrando en mas edad los ejercitan:
si alguno de flaqueza da un indicio,
del uso militar lo inhabilitan
y el que sale en las armas señalado
conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios proveidos,
ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda, y ser mejor nacidos:
mas la virtud del brazo y la escelencia,
esta hace los hombres preferidos,
esta ilustra, habilita, perficiona,
y quilata el valor de la persona.

Los que estan á la guerra dedicados
no son á otro servicio constreñidos,
del trabajo y labranza reservados,
y de la gente baja mantenidos:
pero son por las leyes obligados
de estar á punto de armas proveidos,
y á saber diestramente gobernallas
en las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
son picas, alabardas, y lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la facion y forma de punzones:

hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas, y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos, y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
de los Cristianos nuevamente agora;
que el contínuo ejercicio y el cuidado
enseña y aprovecha cada hora:
y otras segun los tiempos inventado;
que es la necesidad grande inventora,
y el trabajo solícito en las cosas
maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
àrma comun á todos los soldados,
y otros á la manera de sayetes,
que son aunque modernos mas usados:
grevas, brazales, golas, capacetes
de diversas hechuras encajados,
hechos de piel curtida, y duro cuero,
que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
ha de aprender, y en ella ejercitarse;
y es aquella á que mas naturalmente
en la niñez mostrare aficionarse:
desta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,

ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
escuadrones distintos muy enteros,
cada hila de mas de cien soldados,
entre una pica y otra los flecheros,
que de léjos ofenden desmandados
bajo la proteccion de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete,
por fuerza viene á ser desbaratado;
tan presto á socorrerle otro se mete,
que casi no da tiempo á ser notado:
si aquel se desbarata, otro arremete,
y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede,
hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
por el daño y temor de los caballos,
donde suelen á veces acogerse,
si viene á suceder desbaratallos:
allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos,
que el falso sitio, y gran inconveniente
impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,

soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de estremarse por valientes:
las picas por los cuentos arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: si hay valiente algun cristiano,
salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta, ó cuarenta en compañia
ambiciosos de crédito y loores
vienen con grande orgullo y bizarria
al son de presurosos atambores;
las armas matizadas á porfia
con varios y finísimos colores,
de poblados penachos adornados,
saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
ser el lugar y sitio en su provecho,
ó si ocupar un término pretenden,
ó por algun aprieto y grande estrecho:
de dó mas á su salvo se defienden,
y salen de rebato á caso hecho,
recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
que su forma y hechura es desta suerte.

Señalado el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una cuadrada y ancha plaza
en valientes estacas afirmados,
que á los de fuera impide y embaraza

la entrada y combatir, porque guardados
del muro los de dentro, facilmente
de mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho en trecho unos troncones,
en los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones
á caballero del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro
para jugar sin miedo y mas seguro.

Entorno desta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por defuera,
cual es largo, cual ancho, cual estrecho,
y así van sin faltar desta manera:
para el incauto mozo que de hecho
apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso,
que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo, yerba y flores,
porque puedan picar mas sin recelo:
allí los indiscretos corredores,
teniendo solo por remedio el cielo,
se sumen dentro, y quedan enterrados
en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
que es hacer un convite y borrachera
cuando sucede cosa señalada:
y así á cualquier señor que la primera
nueva de tal suceso le es llegada,
despacha con presteza embajadores
á todos los Caciques y Señores.

Haciéndoles saber, como se ofrece
necesidad y tiempo de juntarse,
pues á todos les toca y pertenece,
que es bien con brevedad comunicarse:
segun el caso, así se lo encarece,
y el daño que se sigue dilatarse,
lo cual visto que á todos les conviene,
ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los Caciques del senado
propóneles el caso nuevamente,
el cual por ellos visto y ponderado
se trata del remedio conveniente:
y resueltos en uno y decretado,
si alguno de opinion es diferente,
no puede en cuanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla,
se va el nuevo decreto declarando
por la gente comun y de canalla,

que alguna novedad está aguardando;
si viene á averiguarse por batalla,
con gran rumor lo van manifestando
de trompas y atambores altamente,
porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado,
para se ver sobre ello y remirarse,
tres dias se han de haber ratificado
en la definicion sin retratarse;
y el franco y libre término pasado,
es de ley imposible revocarse,
y así como á forzoso acaecimiento,
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mil florestas escogido,
donde se muestra el campo mas hermoso
de infinidad de flores guarnecido:
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruido,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado.

Dó una fresca y altísima alameda
por órden y artificio tienen puesta
entorno de la plaza y ancha rueda,
capaz de cualquier junta y grande fiesta,
que convida á descanso, y al sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta,

allí se oye la dulce melodía
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
á aquel que fue del cielo derribado,
que como á poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado:
invocan su furor con falsa seta,
y á todos sus negocios es llamado,
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso, ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla,
con él lo comunican en su rito,
sino responde bien, dejan de dalla,
aunque mas les insista el apetito:
caso grave y negocio no se halla
dó no sea convocado este maldito;
llámanle *Eponamon*, y comunmente
dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia á que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agüeros
por las cuales sus cosas determinan:
veneran á los necios agoreros
que los casos futuros adivinan,
el agüero acrecienta su osadia,
y les infunde miedo y cobardia.

Algunos destos son predicadores

tenidos en sagrada reverencia,
que solo se mantienen de loores,
y guardan vida estrecha y abstinencia:
estos son los que ponen en errores
al liviano comun con su elocuencia,
teniendo por tan cierta su locura;
como nos la evangélica escritura.

Y estos que guardan órden algo estrecha
no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
mas solo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados:
pero la espada, lanza, el arco, y flecha
tienen por mejor ciencia otros soldados,
diciendo que el agüero alegre, ó triste
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin el hado, y clima desta tierra,
si su estrella y pronóstico se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra,
y á solo esto los ánimos aspiran:
todo su bien y mal aquí se encierra,
son hombres que de súbito se aíran,
de condicion feroces, impacientes,
amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos;

ágiles, desenvueltos, alentados;
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de frios mortales, hambres, y calores.

No ha habido Rey jamas que sujetase
esta sobervia gente libertada,
ni estrangera nacion que se jactase
de haber dado en sus términos pisada,
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada,
siempre fue esenta, indómita, temida;
de leyes libre, y de cerviz erguida.

El potente Rey Inga aventajado
en todas las antárticas regiones,
fue un señor en estremo aficionado
á ver y conquistar nuevas naciones,
y por la gran noticia del estado
á Chile despachó sus orejones;
mas la parlera fama desta gente
la sangre les templó, y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
los despoblados ásperos rompieron,
y en Chile algunos pueblos belicosos
por fuerza á servidumbre los trujeron,
á dó leyes y edictos trabajosos
con dura mano armada introdujeron,
haciéndolos con fueros disolutos

pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
el campo con ejército pujante,
en demanda del reino deseado
movieron sus escuadras adelante:
no hubieron muchas millas caminado,
cuando entendieron que era semejante
el valor á la fama que alcanzada
tenia el pueblo Araucano por la espada.

Los Promaucaes de Maule que supieron
el vano intento de los Ingas vanos,
al paso y duro encuentro les salieron,
no menos en buen órden que lozanos:
y las cosas de suerte sucedieron,
que llegando estas gentes á las manos
murieron infinitos Orejones,
perdiendo el campo y todos los pendones.

Los Indios Promaucaes es una gente,
que está cien millas ántes del estado,
brava, soberbia, próspera y valiente,
que bien los Españoles la han probado;
pero con cuanto digo, es diferente
de la fiera nacion, que cotejado
el valor de las armas y escelencia,
es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
que en la provincia indómita se encierra,

y cuanpoco á los brazos ganarian
llevada al cabo la empezada guerra:
visto el errado intento que traian,
desamparando la ganada tierra,
volvieron á los pueblos que dejaron,
donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, Adelantado,
que en otras mil conquistas se habia visto,
por sabio en todas ellas reputado,
animoso, valiente, franco y quisto,
á Chile caminó determinado,
de estender y ensanchar la fe de Cristo:
pero en llegando al fin deste camino,
dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta vitoria
con justa y gran razon le fue otorgada,
y es bien que se celebre su memoria,
pues pudo adelantar tanto su espada:
este alcanzó en Arauco aquella gloria
que de nadie hasta allí fuera alcanzada:
la altiva gente al grave yugo trujo
y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
ayudado de insdustria que tenia,
hizo con brevedad de buena gente
una lucida y gruesa compañia;
y con designio y ánimo valiente

toma de Chile la derecha via,
resuelto en acabar desta salida
la demanda dificil, ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
pero con la constancia que convino
puso al trabajo el animoso pecho:
y el diestro hado y próspero destino
en Chile le metieron, á despecho
de cuantos estorbarlo procuraron,
que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
batallas y rencuentros peligrosos
en tiempos y lugares diferentes,
que estuvieron los fines muy dudosos:
pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
siguiendo el hado y con rigor la guerra,
ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
asediados seis años sostuvieron,
y de incultas raices desabridas
los trabajados cuerpos mantuvieron,
dó á las bárbaras armas oprimidas
á la española devocion trujeron
por ánimo constante y raras pruebas,
criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Despues entró Valdivia conquistando
con esfuerzo y espada rigurosa,
los Promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, Cauquenes gente belicosa:
y el Maule, y raudo Itata atravesando,
llegó al Andalien, dó la famosa
ciudad fundó de muros levantada,
felice en poco tiempo, y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta,
donde á punto llegó de ser perdido;
pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
que todas las demas le habia acorrido:
otros dello darán mas larga cuenta,
que les está este cargo cometido:
allí fue preso el bárbaro Aynavillo,
honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó el famoso Biobío
el cual divide á Penco del estado,
que del Nibequeten, copioso rio,
y de otros viene al mar acompañado;
de donde con presteza y nuevo brio,
en órden buena y escuadron formado
pasó de Andalican la áspera sierra,
pisando la Araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto,
pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
y así pienso pasar por todo presto,

huyendo de importunos la costumbre:
digo con tal intento y presupuesto,
que antes que los de Arauco á servidumbre
viniesen, fueron tantas las batallas,
que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
de ver en animales corregidos
hombres, que por milagro y caso estraño
de la region celeste eran venidos:
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como á inmortales dioses los temian
que con ardientes rayos combatian.

Los Españoles hechos hazañosos
el error confirmaban de inmortales,
afirmando los mas supersticiosos
por los presentes los futuros males:
y así tibios, suspensos, y dudosos
viendo de su opresion claras señales,
debajo de hermandad y fe jurada
dió Arauco la obediencia jamas dada.

Dejando allí el seguro suficiente
adelante los nuestros caminaron;
pero todas las tierras llanamente
viendo á Arauco sujeta, se entregaron:
y reduciendo á su opinion gran gente,
siete ciudades prósperas fundaron,

Coquímbo; Pénco, Angól, y Santiago,
la Imperial, Villarica, y la del Lago.
El felice suceso, la vitoria,
la fama, y posesiones que adquirian
los trujo á tal sobervia y vanagloria,
que en mil leguas diez hombres no cabian:
sin pasarles jamas por la memoria,
que en siete pies de tierra al fin habian
de venir á caber sus hinchazones,
su gloria vana, y vanas pretensiones.
Crecian los intereses y malicia
á costa del sudor y daño ageno,
y la hambrienta y mísera codicia
con libertad paciendo iba sin freno:
la ley, derecho, el fuero y la justicia
era lo que Valdivia habia por bueno,
remiso en graves culpas y piadoso,
y en los casos livianos riguroso.
Así el ingrato pueblo castellano
en mal y estimacion iba creciendo,
y siguiendo el sobervio intento vano,
tras su fortuna próspera corriendo:
pero el padre del cielo soberano
atajó este camino, permitiendo
que aquel á quien él mismo puso el yugo,
fuese el cuchillo y áspero verdugo.
El estado Araucano acostumbrado

á dar leyes, mandar, y ser temido,
viéndose de su trono derribado,
y de mortales hombres oprimido,
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al ejercicio de la espada
ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
por ver con que rigor se tomaria,
en dos soldados nuestros, que á tormento
mataron sin razon y causa un dia:
disimulóse aquel atrevimiento;
y con esto creciólеs la osadia,
no aguardando á mas tiempo abiertamente,
comienzan á llamar, y juntar gente.

Prìncipio fue del daño no pensado
el no tomar Valdivia presta enmienda
con ejemplar castigo del estado;
pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor desvergonzado
con nueva libertad rompe la rienda
del homenage hecho y la promesa,
como el segundo canto aquí lo espresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los Caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de Capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del Cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los Españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo, que han llegado
á la engañosa alteza desta vida:
que fortuna los ha siempre ayudado,
y dádoles la mano á la subida,
para despues de haberlos levantado,
derribarlos con mísera caida,
cuando es menor el golpe y sentimiento,
y ménos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,
no miran en la súbita mudanza
del consumidor tiempo y su presteza;
mas con altiva y vana confianza
quieren que en su fortuna haya firmeza,
la cual de su aspereza no olvidada

revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva;
y mucho mas que da, siempre les quita,
no perdonando cosa vieja y nueva:
de crédito y de honor los necesita;
que en el fin de la vida está la prueba,
por el cual han de ser todos juzgados
aunque lleven principios acertados.

¿Del bien perdido al cabo qué nos queda;
sino pena, dolor, y pesadumbre?
pensar que en él fortuna ha de estar queda
antes dejará el sol de darnos lumbre:
que no es su condicion fijar la rueda,
y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de. la fortuna
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
ejemplo dello aquí puede sacarse,
que no bastó riqueza, honor, y gloria,
con todo el bien que puede desearse,
á llevar adelante la vitoria;
que el claro cielo al fin vino á turbarse;
mudando la fortuna en triste estado
el curso y órden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
en la prosperidad que arriba cuento,

y en otro mayor bien, que me olvidaba,
hallado en pocas cosas, que es contento:
de tal manera en él se descuidaba,
cierta señal de triste acaecimiento,
que en una hora perdió el honor y estado,
que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
de los Indios los nuestros; pero olieron
que de muger y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron,
viéndolos á miserias sometidos
el error ignorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados,
por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo difirirlo,
entre ellos comenzó luego á tratarse,
que para en breve tiempo concluirlo
y dar el modo y órden de vengarse,
se junten á consulta á decidirlo;
dó venga la sentencia á pronunciarse
dura, ejemplar, cruel, irrevocable;
horrenda á todo el mundo, y espantable.

Iban ya los Caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba:
y no fue menester general bando,
que el deseo de la guerra los llamaba
sin promesas, ni pagas, deseando

el esperado tiempo, que tardaba
para el decreto y áspero castigo
con muerte y destruccion del enemigo,

De algunos que en la junta se hallaron
es bien que haya memoria de sus nombres,
que siendo incultos bárbaros ganaron
con no poca razon claros renombres:
pues en tan breve término alcanzaron
grandes vitorias de notables hombres,
que dellas darán fe los que vivieren,
y los muertos allá dônde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
que al plazo señalado habia venido;
este fue de cristianos carnicero,
siempre en su enemistad endurecido:
tiene tres mil vasallos el guerrero,
de todos como rey obedecido.
Ongól luego llegó, mozo valiente,
gobierna cuatro mil lucida gente.

Cayocupil Cacique bullicioso
no fue el postrero que dejó su tierra,
que allí llegó el tercero deseoso
de hacer á todo el mundo él solo guerra:
tres mil vasallos tiene este famoso,
usados trás las fieras en la sierra.
Millarapué aunque viejo el cuarto vino,
que cinco mil gobierna de continuo.

Paycabí se juntó aquel mismo dia,
tres mil diestros soldados señorea:
no léjos Lemolémo dél venia
que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo, y Lebopía
se dan priesa á llegar, porque se vea,
que quieren ser en todo los primeros:
gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicura
que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
de gran cuerpo, robusto en la hechura,
por uno de los fuertes reputado:
dice, que ser sujeto es gran locura
quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
otros tantos á mas rige este solo.

Tras esto á la consulta Ongolmo viene
que cuatro mil guerreros gobernaba.
Puren en arribar no se detiene:
seis mil súbditos este administraba.
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
que brabo y orgulloso ya llegaba,
diestro, gallardo, fiero en el semblante,
de proporcion y altura de gigante.

Peteguelen, Cacique señalado,
que el gran valle de Arauco le obedece
por natural señor, y así el estado

este nombre tomó segun parece;
como Venecia, pueblo libertado,
que en todo aquel gobierno mas florece:
tomando el nombre de él la señoría,
así guarda el estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
pero de seis mil hombres que él valiente
gobierna, naturales Araucanos;
acudió desmandada alguna gente
á ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia,
que toda Pilmayquen le obedecia.

Thomé, y Andalican tambien vinieron
que eran del Araucano regimiento,
y otros muchos Caciques acudieron,
que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
mostrando en verse juntos gran contento,
despues de razonar en su venida,
se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
y mal de las tinajas el partido,
de palabra en palabra se llegaba
á encenderse entre todos gran ruido:
la razon uno de otro no escuchaba
sabida la ocasion dó habia nacido;

vino sobre cual era el mas valiente,
y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
las mesas de manjares ocupadas,
aguijan á las armas desgajando
las ramas al depósito obligadas;
y dellas se apercibeu, no cesando
palabras peligrosas y pesadas,
que atizaban la cólera encendida
con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia
que el cargo del mandar le pertenece;
pues todo el universo conocia
que si va por valor, que lo merece:
ninguno se me iguala en valentia,
de mostrarlo estoy presto si se ofrece,
añade el jactancioso, á quien quisiere;
y á aquel que esta razon contradijere...

Sin dejarle acabar dijo Elicura:
á mí es dado el gobierno desta danza;
y el simple que intentare otra locura,
ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo que el primero ser procura,
dice: yo no he perdido la esperanza
en tanto que este brazo sustentare,
y con él la ferrada gobernare.

De cólera Lincoya y rabia insano,

responde: tratar deso es devaneo,
que ser señor del mundo es en mi mano
si en ella libre este baston poseo.
Ninguno dice Angol será tan vano,
que ponga en igualárseme el deseo:
pues es mas el temor que pasaria,
que la gloria que el hecho le daria.

Cayocupil furioso y arrogante
la maza esgrime haciéndose á lo largo,
diciendo: yo veré quien es bastante
á dar de lo que ha dicho mas descargo:
hacéos los pretensores adelante,
verémos de cual dellos es el cargo:
que de probar aquí luego me ofrezco,
que mas que todos juntos le merezco.

Alto, sus, que yo acepto el desafio,
responde Lemolemo, y tengo en nada
poner á nueva prueba lo que es mio,
que mas quiero librarlo por la espada:
mostraré ser verdad lo que porfio,
á dos, á cuatro, á seis en la estacada;
y si todos cuestion quereis conmigo,
os haré manifiesto lo que digo.

Puren que estaba á parte, habiendo oido
la plática encoñosa y rumor grande,
diciendo en medio dellos se ha metido,
que nadie en su presencia se desmande;

¿ quién á imaginar es atrevido,
que donde está Puren mas otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
quien esgrime la maza, y quien la pica.

Thomé y otros Caciques se metieron
en medio destos bárbaros de presto,
y con dificultad los departieron;
que no hicieron poco en hacer esto:
de herirse lugar aun no tuvieron,
y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el Cacique mas anciano,
á razonar así tomó la mano.

» Caciques del estado defensores,
» codicia del mandar no me convida
» á pesarme de veros pretensores
» de cosa que á mí tanto era debida;
» porque segun mi edad, ya veis, señores,
» que estoy al otro mundo de partida;
» mas el amor que siempre os he mostrado,
» á bien aconsejaros me ha incitado.

» ¿ Por qué cargos honrosos pretendemos,
» y ser en opinion grande tenidos,
» pues que negar al mundo no podemos
» haber sido sujetos y vencidos?
» y en esto averiguarnos no queremos
» estando aun de Españoles oprimidos:
» mejor fuera esta furia egecutalla,

» contra el fiero enemigo en la batalla.
» Qué furor es el vuestro, ó Araucanos,
» que á perdicion os lleva sin sentillo?
» ¿contra vuestras entrañas teneis manos,
» y no contra el tirano en resistillo?
» ¿Teniendo tan á golpe á los cristianos,
» volveis contra vosotros el cuchillo?
» si gana de morir os ha movido,
» no sea en tan bajo estado y abatido.
» Volved las armas y ánimo furioso
» á los pechos de aquellos que os han puesto
» en dura sujecion con afrentoso
» partido, á todo el mundo manifiesto:
» lanzad de vos el yugo vergonzoso:
» mostrad vuestro valor y fuerza en este:
» no derrameis la sangre del estado,
» que para redimir nos ha quedado.
» No me pesa de ver la lozanía
» de vuestro corazon, ántes me esfuerza;
» mas temo que esta vuestra valentía
» por mal gobierno el buen camino tuerza,
» que vuelta entre nosotros la porfia,
» degolleis vuestra patria con su fuerza:
» cortad pues, si ha de ser dessa manera,
» esta vieja garganta la primera.
» Que esta flaca persona atormentada
» de golpes de fortuna, no procura

» sino el agudo filo de una espada;
» pues no la acaba tanta desventura:
» aquella vida es bien afortunada,
» que la temprana muerte la asegura:
» pero á nuestro bien público atendiendo,
» quiero decir en esto lo que entiendo.

» Pares sois en valor y fortaleza:
» el cielo os igualó en el nacimiento:
» de linage, de estado y de riqueza
» hizo á todos igual repartimiento;
» y en singular por ánimo y grandeza
» podeis tener del mundo el regimiento:
» que este gracioso don no agradecido
» nos ha al presente término traido.

» En la virtud de vuestro brazo espero;
» que puede en breve tiempo remediarse;
» mas ha de haber un capitan primero,
» que todos por él quieran gobernarse;
» este será quien mas un gran madero
» sustentáre en el hombro sin pararse;
» y pues que sois iguales en la suerte,
» procure cada cual ser el mas fuerte.

Ningun hombre dejó de estar atento
oyendo del anciano las razones;
y puesto ya silencio al parlamento
hubo entre ellos diversas opiniones:
al fin de general consentimiento

siguiendo las mejores intenciones;
por todos los Caciques acordado
lo propuesto del viejo fue aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
que parece sin término, notada;
y es, que en una provincia poderosa,
en la milicia tanto ejercitada,
de leyes y ordenanzas abundosa,
no hubiese una cabeza señalada
á quien tocase el mando y regimiento,
sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
la tierra estuvo electo del senado,
que, como dije, en Penco el Aynavillo
fue por nuestra nacion desbaratado:
y viniendo de paz en un castillo
se dice, aunque no es cierto, que un bocado
le dieron de veneno en la comida,
donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traido
no me atrevo á decir lo que pesaba;
era un macizo líbano fornido
que con dificultad se rodeaba:
Paycabí le aferró menos sufrido,
y en los valientes hombros le afirmaba;
seis horas lo sostuvo aquel membrudo;
pero llegar á siete jamas pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto
de ser el mas valiente confiado,
y encima de los altos hombros puesto
lo deja á las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, joven dispuesto,
mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego;
duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio dia,
y el esforzado Ongolmo mas de medio,
y cuatro horas y media Lebopía,
que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traia,
el cual jamas en todo este comedio
dejó de andar acá y allá saltando
hasta que ya el vigor le fue faltando.

Elicura á la prueba se previene,
y en sustentar el líbano trabaja:
á nueve horas dejarle le conviene,
que no pudiera mas, si fuera paja:
Tucapelo catorce lo sostiene,
encareciendo todos la ventaja;
pero en esto Lincoya apercibido
mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando
las terribles espaldas descubria,
y el duro y grave leño levantando,

sobre el fornido asiento le ponia:
corre ligero aquí y allí mostrando
que poco aquella carga le impedia:
era de sol á sol el dia pasado,
y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche aborrecida
por la ausencia del sol; pero Diana
les daba claridad con su salida,
mostrándose á tal tiempo mas lozana:
Lincoya con la carga no convida,
aunque ya despuntaba la mañana,
hasta que llegó el sol al medio cielo
que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto,
creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto;
la ventaja le daban juntamente
con el gobierno, mando, y todo cuanto
á digno general era debido
hásta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
de haberse mas que todos señalado,
cuando Caupolicán á aquel asiento
sin gente á la ligera habia llegado:
tenia un ojo sin luz de nacimiento
como un fino granate colorado,

pero lo que en la vista le faltaba,
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varon de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso y justiciero:
de cuerpo grande y relevado pecho:
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en cosas de repente reportado.

Fue con alegre muestra recibido,
aunque no sé si todos se alegraron:
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se habia escondido
en el profundo mar, determinaron
que la prueba de aquel se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfia,
que causó esta venida entre la gente,
cual se atiene á Lincoya, y cual decia,
que es el Caupolicano mas valiente:
apuestas en favor y contra habia:
otros sin apostar, dudosamente
ácia el oriente vueltos, aguardaban
si los Febeos caballos asomaban.

Ya la rosada aurora comenzaba

las nubes á bordar de mil labores,
y á la usada labranza despertaba
la miserable gente y labradores:
ya á los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada
asiendo del troncon duro y nudoso,
como si fuera vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
el color á Lincoya se le muda,
poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba;
y á toda prisa entraba el claro dia;
el sol las largas sombras acortaba;
mas él nunca descrece en su porfia:
al ocaso la luz se retiraba;
ni por eso flaqueza en él habia:
las estrellas se muestran claramente;
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
del tenebroso albergue húmedo y frio,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío:

Caupolican no afloja de su apuesta;
ántes con nueva fuerza y mayor brio
se mueve y representa de manera
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
la esposa de Titon ya parecia,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudia,
con que á los mustios prados florecidos
con el húmedo humor reverdecia,
y quedaba engastado así en las flores,
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del sol, y el esforzado
varon el grave peso sosteniendo,
acá y allá se mueve no cansado,
aunque otra vez la negra sombra espesa
tornaba á parecer, corriendo á priesa.

La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
al fin turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba:
paróse al medio curso mas hermosa
á ver la estraña prueba en que paraba;
y viéndola en el punto y ser primero,

se derribó en el ártico emisfero:

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
tendido habia los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocan en el semblante
mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol, cuando el enorme
peso de las espaldas despedia;
y un salto dió en lanzándole disforme,
mostrando que aun mas ánimo tenia:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia y le decia:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grande carga que tomamos.

El nuevo juego y pleito difinido,
con las mas ceremonias que supieron,
por sumo capitan fue recibido,
y á su gobernacion se sometieron:
creció en reputacion; fue tan temido
y en opinion tan grande le tuvieron,
que ausentes muchas leguas dél temblaban,
y casi como á Rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
y estan en duda muchos hoy en dia,

pareciéndoles que esto que he contado,
es alguna ficcion ó fantasia;
pues en razon no cabe, que un senado
de tan gran disciplina y policía
pusiese una eleccion de tanto peso
en la robusta fuerza, y no en el seso.

Sabed que fue artificio, fue prudencia
del sabio Colocolo que miraba
la dañosa discordia y diferencia,
y el gran peligro en que su patria andaba:
conociendo el valor y suficiencia
deste Caupolican que ausente estaba,
varon en cuerpo y fuerzas estremado,
de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente
para que la eleccion se dilatase,
la prueba al parecer impertinente
en que Caupolicano se estremase;
y en esta dilacion secretamente
dándole aviso á la eleccion llegase,
trayendo así el negocio por rodeo
á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
de la justa eleccion la fiesta honrosa;
y el nuevo capitan ya con cuidado
de dar principio á alguna grande cosa
manda á Palta sargento que callado

de la gente mas presta y animosa
ochenta diestros hombres aperciba,
y á su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
de mas esfuerzo, y ménos conocidos;
entre ellos dos soldados de gran cuenta,
por quien fuesen mandados y regidos:
hombres diestros, usados en afrenta,
á cualquiera peligro apercibidos:
el uno se llamaba Cayeguano,
el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
tenian para el seguro de la tierra,
de fuertes y anchos muros fabricados,
con foso que los ciñe entorno y cierra,
guarnecidos de pláticos soldados
usados al trabajo de la guerra:
caballos, bastimento, artillería,
que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
adonde era la fiesta celebrada,
y el Araucano ejército contento
mostrando no tener al mundo en nada,
que con discurso vano y movimiento
queria llevarlo todo á pura espada;
pero Caupolican mas cuerdamente
trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
de cercar el castillo mas vecino;
otros, que con formados escuadrones
á Penco enderezasen el camino:
dadas de cada parte sus razones
Caupolican en nada desto vino:
ántes al pabellon se retiraba,
y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo facilmente
les da industria y manera disfrazada,
con espresa instruccion, que plaza y gente
metan á fuego y á rigor de espada;
porque él luego tras ellos diligente
ocupará los pasos y la entrada;
despues de haberlos bien amonestado,
pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
la entrada á los de Arauco defendida,
salvo los necesarios al servicio
de la gente Española estatuída
á la defensa della, y ejercicio
de la fiera Belona embravecida;
y así los cautos bárbaros soldados
de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
siguen su intento y el camino usado,
las cargas en hilera y órden juntas,

habiendo entre los haces sepultado
astas fornidas de ferradas puntas;
y así contra el castillo descuidado
del encubierto engaño caminaban,
y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando
miserables, los gestos afligidos,
algunos de cansados cojeando,
mostrándose marchitos y escogidos;
pero dentro las cargas desatando,
arrebatan las armas atrevidos
con amenaza, orgullo y confianza
de la esperada y súbita venganza,

Los fuertes Españoles salteados
viendo la airada muerte tan vecina,
corren presto á las armas alterados
de la estraña cautela repentina:
y á vencer ó morir determinados,
cual con celada, cual con coracina,
salen á resistir la furia insana
de la brava y audaz gente Araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
suenan los hierros de una y otra parte:
allí muestra su fuerza el sanguinoso
y mas que nunca embravecido Marte;
de vencer cada uno deseoso
buscaba nuevo modo, industria y arte

de encaminar el golpe de la espada
por dó diese á la muerte franca entrada.

La saña y el corage se renueva
con la sangre que saca el hierro duro:
ya la española gente á la India lleva
á dar de las espaldas en el muro:
ya el infiel escuadron con fuerza nueva
cobra el perdido campo mal seguro,
que estaba de los golpes esforzados
cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos
de temor y vergüenza constreñidos,
las espadas aprietan en las manos
en ira envueltos y en furor metidos;
cargan sobre los fieros Araucanos
por el ímpetu nuevo enflaquecidos:
entran en ellos, hieren y derriban,
y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los Españoles mejoraban
haciendo fiero estrago y tan sangriento
en los osados Indios, que pagaban
el poco seso y mucho atrevimiento:
casi defensa en ellos no hallaban:
pierden la plaza y cobran escarmiento:
al fin de tal manera los trataron
que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguan y Talcaguano

salian, cuando con paso apresurado
asomó el escuadron Caupolicano
teniendo el hecho ya por acabado;
mas viendo el esperado efecto vano
y el puente del castillo levantado,
pone cerco sobre él con juramento
de no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un Español mozo que habia
demasiado temor en nuestra gente,
mas de temeridad que de osadía
cala sin miedo y sin ayuda el puente;
y puesto en medio del alto decia:
salga adelante, salga el mas valiente:
uno por uno á treinta desafio,
y á mil no negaré este cuerpo mio.

No tan presto las fieras acudieron
al bramar de la res desamparada,
que de léjos sin órden conocieron
del pueblo y moradores apartada,
como los Araucanos cuando oyeron
del valiente Español la voz osada,
partiendo mas de ciento presurosos
del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
el gallardo Español, ni esto le espanta
ántes el escuadron que espeso viene
por mejor recibirle se adelanta:

el curso enfrena, el ímpetu detiene
de los fieros contrarios, que con tanta
furia se arroja entre ellos sin recelo,
que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
la espada revolviendo á todos lados:
aquí esparce una junta, y allí cierra
adonde ve los mas amontonados:
igual andaba la desigual guerra;
cuando los Españoles bien armados
abriendo con presteza un gran postigo
salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
y en medio de aquel campo y ancho llano
al ejercicio del sangriento Marte
viene el bando Español y el Araucano;
la primera batalla se desparte
que era de ciento á un solo castellano:
vuelven el crudo hierro no teñido
contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia, no dudando
en las agudas armas por juntarse;
y con las duras puntas van tentando
las partes por dó mas pueden dañarse:
cual los Cyclopes suelen, martillando
en las vulcanas yunques, fatigarse,
así martillan, baten y cercenan,

y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la vitoria así igualmente:
mas gran ventaja y diferencia habia
en el número y copia de la gente,
aunque el valor de España lo suplia;
pero el soberbio bárbaro impaciente
viendo que un nuestro á ciento resistia,
con diabólica furia y movimiento
arranca á los cristianos del asiento.

Los Españoles sin poder sufrillo
dejan el campo, y de tropel corriendo
se lanzan por las puertas del castillo,
al bárbaro la entrada resistiendo:
levan el puente, calan el rastrillo,
reparos y defensas previniendo:
suben tiros y fuegos á lo alto,
temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento
y aprovecharles poco, ó casi nada,
de voto y de comun consentimiento
su clara destruicion considerada,
acuerdan de dejar el fuerte asiento;
y así en la oscura noche deseada
cuando se muestra el mundo mas quieto
la partida pusieron en efecto.

A punto estaban y á caballo, cuando
abren las puertas derribando el puente,

y á los prestos caballos aguijando,
el escuadron embisten de la frente,
rompen por él, hiriendo y tropellando,
y sin hombre perder, dichosamente
arriban á Puren, plaza segura;
cubiertos de la noche y sombra oscura.

Miéntras esto en Arauco sucedia,
en el pueblo de Penco mas vecino,
que á la sazon en Chile florecia,
fértil de ricas minas de oro fino,
el capitan Valdivia residia,
donde la nueva por el aire vino,
que afirmaba con término asignado
la alteracion y junta del estado.

El comun, siempre amigo de ruido,
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido
se va con este son desentonando:
al servicio no acude prometido,
sacudiendo la carga, y levantando
la soberbia cerviz desvergonzada,
negando la obediencia á Cárlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
incrédulo, remiso, y descuidado,
hizo en la Concepcion copia de gente,
mas que en ella, en su dicha confiado:
el cual si fuera un poco diligente,

hallára en pie el castillo arruinado,
con soldados, con armas, municiones,
seis piezas de campaña, y dos cañónes.

Tenia con la Imperial concierto hecho,
que alguna gente armada le enviase,
la cual á Tucapel fuese derecho,
donde con él á tiempo se juntase:
resoluto de hacer allí de hecho
un ejemplar castigo que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamas moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso,
y descuidado dél torció la via,
metiéndose por otro codicioso,
que era donde una mina de oro habia;
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecia,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije ántes, llegaba
al concierto en el tiempo prometido;
mas el metal goloso que sacaba,
le tubo á tal sazon embebecido:
despues salió de allí, y se apresuraba,
cuando fuera mejor no haber salido:
quiero dar fin al canto, porque pueda
decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos Españoles y algunos Indios amigos camina á la casa de Tucapel, para hacer el castigo. Mátanle los Araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡O incurable mal, ó gran fatiga,
con tanta diligencia alimentada,
vicio comun y pegajosa liga,
voluntad sin razon desenfrenada,
del provecho y bien público enemiga,
sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
principio y fin de todos nuestros males,
ó insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
contentos en el alto asiento vemos;
ni á pobrecillos bajos labradores
libres desta dolencia conocemos:
ni el deseo y ambicion de ser mayores
que tenga fin y límite sabemos;

el fausto, la riqueza, y el estado
hincha, pero no harta al mas templado.
A Valdivia mirad de pobre infante,
si era poco el estado que tenia,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al dia:
esto y aun mucho mas no era bastante,
y así la hambre allí lo detenia:
codicia fue ocasion de tanta guerra
y perdicion total de aquesta tierra.
Esta fue quien halló los apartados
Indios de las Antárticas regiones:
por esta eran sin órden trabajados
con dura imposicion y vejaciones;
pero rotas las cinchas de apretados,
buscaron modo y nuevas invenciones
de libertad, con aspera venganza,
levantando el trabajo la esperanza.
¡Cuan cierto es, como claro conocemos,
que al doliente en salud consejos damos,
y aprovecharnos dellos no sabemos
pero de predicarlos nos preciamos!
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡qué bien la dura guerra platicamos!
¡qué bien damos consejos y razones
léjos de los peligros y ocasiones!
¡Cómo de los que yerran abominan

los que estan libres en seguro puerto!
¡que bien de allí las cosas encaminan
y dan en todo un medio y buen concierto!
¡con qué facilidad se determinan
visto el suceso, y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada,
y el duro disponer del hado duro,
no con la furia y priesa acostumbrada
présago y con temor del mal futuro:
sospechoso de bárbara emboscada,
por hacer el camino mas seguro,
echó algunos delante para prueba;
pero jamas volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
los tardos corredores no volvian,
unos juzgan el daño manifiesto,
otros impedimentos les ponian:
hubo consejo y parecer sobre esto,
al cabo en caminar se resolvian,
ofreciéndose todos á una suerte,
á un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
en sus valientes brazos se atrevieron,
y á su próspera suerte y buen destino
el dudoso suceso cometieron:

no dos leguas andadas del camino,
las amigas cabezas conocieron
de los sangrientos cuerpos apartadas,
y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
causó en los firmes ánimos mudanza;
ántes con ira y cólera impaciente
se encienden mas sedientos de venganza:
y de rabia incitados nuevamente
maldicen y murmuran la tardanza:
solo Valdivia calla y teme el punto;
pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: "O compañeros dó se encierra,
"todo esfuerzo, valor y entendimiento!
"ya veis la desvergüenza de la tierra,
"que en nuestro daño da bandera al viento:
"veis quebrada la fe, rota la guerra,
"los pactos van del todo en rompimiento:
"siento la áspera trompa en el oido,
"y veo un fuego diabólico encendido.

"Bien conoceis la fuerza del estado
"con tanto daño nuestro autorizada:
"mirad lo que fortuna os ha ayudado,
"guiando con su mano vuestra espada:
"el trabajo y la sangre que ha costado,
"que della está la tierra alimentada:
"y pues tenemos tiempo y aparejo

» será bueno tomar nuevo consejo.

» Quien estos son tendreis en la memoria
» pues hay tanta razon de conocellos:
» que si dellos no hubiésemos vitoria,
» y en campo no pudiésemos vencellos,
» será tal su arrogancia y vanagloria,
» que el mundo no podrá despues con ellos;
» dudoso estoy, no sé, no sé que haga,
» que á nuestro honor y causa satisfaga.

La poca edad y ménos esperiencia
de los mozos livianos que allí habia,
descubrió con la usada inadvertencia
á tal tiempo su necia valentia,
diciendo: » O capitan, danos licencia,
» que solo diez, sin otra campañia,
» el bando asolarémos Araucano,
» y harémos el camino y paso llano.

» Lo que jamas hicimos en estrecho (mos;
» no es bien por nuestro honor que lo haga-
» pues es cierto que cuanto hemos hecho
» volviendo atrás un paso lo manchamos:
» mostremos al peligro osado pecho,
» que en él está la gloria que buscamos.
Valdivia de la réplica sentido,
enmudeció de rabia y de corrido.

¡ O Valdivia, varon acreditado,
cuánto la verde plática sentiste!

no solias tú temer como soldado,
mas de buen capitan ahora temiste:
vas á precisa muerte condenado,
que como diestro y sabio la entendiste;
pero quieres perder antes la vida,
que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un Indio amigo,
y á sus pies en voz alta arrodillado,
le dice: "O capitan! mira que digo
" que no pases el término vedado:
" veinte mil conjurados, yo testigo,
" en Tucapél te esperan, protestado
" de pasar sin temor la muerte honrosa,
" ántes que vivir vida vergonzosa.

Alguna turbacion dió de repente
lo que el amigo bárbaro propuso,
discurre un miedo helado por la gente,
la triste muerte en medio se les puso;
pero el gobernador osadamente
que tambien hasta allí estuvo confuso,
les dice: "Caballeros, qué dudamos?
" sin ver los enemigos nos turbamos?

Al caballo con ánimo hiriendo,
sin mas les persuadir rompe la via,
de los miembros el miedo sacudiendo,
le sigue la esforzada compañía:
y en breve espacio el valle descubriendo



Ant. Carnicero lo inv. y dib. B. Blanco lo g. 1827.

de Tucapél, bien léjos parecia
el muro ántes vistoso levantado,
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró y dijo: "O constante
" Española nacion de confianza!
" por tierra está el castillo tan pujante,
" que en él solo estribaba mi esperanza:
" el pérfido enemigo veis delante,
" ya os amenaza la contraria lanza;
" en esto mas no tengo que avisaros,
" pues solo el pelear puede salvaros.

Estaba como digo así hablando,
que aun no acababa bien estas razones,
cuando por todas partes rodeando
los iban con espesos escuadrones,
las astas de anchos hierros blandeando,
gritando: "engañadores y ladrones,
" la tierra dejareis hoy con la vida
" pagándonos la deuda tan debida.

Viendo Valdivia serle ya forzoso
que la fuerza y fortuna se probase,
mandó que al escuadron ménos copioso
y mas vecino, á fin que no cerrase,
saliese Bovadilla, el cual furioso,
sin que Valdivia mas le amonestase
con poca gente y con esfuerzo grande
asalta el escuadron de Marcande.

La piqueria del bárbaro calada
á los pocos soldados atendia;
pero al tiempo del golpe levantada,
abriendo un gran portillo se desvia;
dales sin resistir franca la entrada,
y en medio el escuadron los recogia,
las hileras abiertas se cerraron,
y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el Caiman hambriento cuando siente
el escuadron de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara entorno alborotando;
que abriendo la gran boca cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y el insaciable vientre satisface.

Pues de aquella manera recogido
fue el pequeño escuadron del homicida,
y en un espacio breve consumido,
sin escapar cristiano con la vida.
Ya el Araucano ejército movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada
tendia el paso con mas atrevimiento:
viéndola así Valdivia adelantada,

no escarmentado manda á su sargento
que escogiendo la gente mas granada
dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez Españoles solamente
pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
ir se dejan sin miedo á rienda floja,
y en el encuentro de los diez ninguno
dejó allí de sacar la lanza roja:
desocupó la silla solo uno,
que con la vasca y última congoja
de la rabiosa muerte el pecho abierto,
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron
haciendo tales hechos señalados,
que digna y justamente merecieron
ser de la eterna fama levantados,
hechos pedazos todos diez murieron
quedando de su muerte ántes vengados.
En esto la Española trompa oida
dió la postrer señal de arremetida.

Salen los Españoles de tal suerte,
los dientes y las lanzas apretando,
que de cuatro escuadrones al mas fuerte
le van un largo trecho retirando:
hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando:

los bárbaros por esto no se admiran,
ántes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
perdone Dios á aquel que allí cayere,
del un bando y del otro así se ofende
que de ambas partes mucha gente muere:
bien se estima la plaza y se defiende,
volver un paso atrás ninguno quiere:
cubre la roja sangre todo el prado,
tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses reteñian,
y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrian:
cabezas de los cuerpos divididas
que aun el vital espíritu tenian,
por el sangriento campo iban rodando
vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte,
siempre el acometer es mas furioso;
pero ya el combatir es ménos fuerte:
ninguno allí pretende otro reposo
que el último reposo de la muerte:
el mas medroso atiende con cuidado
á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente

crió en los nuestros fuerza tan estraña,
que con deshonra y daño de la gente
pierden los Araucanos la campaña:
al fin dan las espaldas claramente,
suenan voces: vitoria, España, España,
mas el incontrastable y duro hado
dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un Cacique conocido
que á Valdivia de page le servia,
acariciado dél y favorido,
en su servicio á la sazon venia:
del amor de su patria conmovido
viendo que á mas andar se retraía,
comienza á grandes voces á animarla
y con tales razones á incitarla.

„O ciega gente, del temor guiada!
„¿á dó volveis los temerosos pechos?
„que la fama en mil años alcanzada
„aquí perece y todos vuestros hechos.
„La fuerza pierden hoy jamas violada
„vuestras leyes, los fueros y derechos:
„de señores, de libres, de temidos,
„quedais siervos, sujetos y abatidos.

„Manchais la clara estirpe y decendencia
„y enjeris en el tronco generoso
„una incurable plaga, una dolencia;
„un deshonor perpetuo ignominioso:

» mirad de los contrarios la impotencia,
» la falta del aliento, y el fogoso
» latir de los caballos, las hijadas
» llenas de sangre y de sudor bañadas.

» No os desnudeis del hábito y costumbre
» que de nuestros abuelos mantenemos,
» ni el Araucano nombre de la cumbre
» á estado tan infame derribemos:
» huid el grave yugo y servidumbre,
» al duro hierro osado pecho demos:
» ¿por qué mostrais espaldas esforzadas
» que son de los peligros reservadas?

» Fijad esto que digo en la memoria,
» que el ciego y torpe miedo os va turbando,
» dejad de vos al mundo eterna historia
» vuestra sujeta patria libertando:
» volved, no rehuseis tan gran vitoria,
» que os está el hado próspero llamando:
» á lo ménos fijad el pie ligero,
» vereis como en defensa vuestra muero.

En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia, su señor, blandia:
dando de sí gran muestra y esperanza,
por mas los persuadir arremetia:
y entre el hierro Español así se lanza,
como con gran calor en agua fria
se arroja el ciervo en el caliente estío

para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote á uno atraviesa;
á otro apunta por medio del costado,
y aunque la dura lanza era muy gruesa,
salió el hierro sangriento al otro lado:
salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
y barrenando el muslo á otro soldado,
en él la fuerte pica fué rompida
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta luego afierra
del suelo una pesada y dura maza;
mata, hiere, destronca, y echa á tierra,
haciendo en breve espacio larga plaza:
en él se resumió toda la guerra,
cesa el alcance y dan en él la caza;
mas él aquí y allí va tan liviano,
que hieren, por herirle, el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
ni en antigua escritura se ha leido;
que estando de la parte vitoriosa
se pase á la contraria del vencido?
¿y que solo valor y no otra cosa
de un bárbaro muchacho haya podido
arrebatar por fuerza á los cristianos
una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios que las vidas
sacrificaron por la patria amada,

ni Curcio, Horacio, Scévola, y Leonidas:
dieron muestra de sí tan señalada:
ni aquellos que en las guerras tan reñidas
alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco, Sergio, Filon, Sceva, y Dentato.
¿Decidme estos famosos qué hicieron
que al hecho deste bárbaro igual fuese?
qué empresa, ó qué batalla acometieron
que á lo ménos en duda no estuviese?
á qué riesgo y peligro se pusieron
que la sed del reinar no los moviese?
y de intereses grandes insistidos
que á los tímidos hacen atrevidos?
Muchos emprenden hechos hazañosos,
y se ofrecen con ánimo á la muerte,
de fama y vanagloria codiciosos,
que no saben sufrir un golpe fuerte:
mostrándose constantes y animosos
hasta que ven ya declinar su suerte,
faltándoles valor y esfuerzo á una,
roto el crédito frágil de fortuna.
Este el decreto y la fatal sentencia
en contra de su patria declarada
turbó y redujo á nueva diferencia,
y al fin bastó á que fuese revocada:
hizo á fortuna y hados resistencia,

forzó su voluntad determinada,
y contrastó el furor del vitorioso,
sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado
y el desigual combate mas revuelto,
cuando Caupolicano reportado
á las amigas voces habia vuelto:
tambien habian sus gentes reparado
con vergonzoso ardor en ira envuelto,
de ver que un solo mozo resistia
á lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
ánimos de repente inadvertidos,
ó cuando en los lugares sospechosos
piensan otros que van desconocidos,
que en pendencias y encuentros peligrosos
huyen; pero si ven que conocidos
fueron de quien los sigue, avergonzados
vuelven furiosos, del honor forzados.

Así los Araucanos revolviendo
contra los vencedores, arremeten,
y las rendidas armas esgrimiendo,
á voces de morir todos prometen:
treme y gime la tierra del horrendo
furor con que ambas partes se acometen,
derramando con rabia y fuerza brava
aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguala,
que de una punta le atraviesa el pecho;
pero Caupolicano le señala,
dejándole gozar poco del hecho:
al sesgo la ferrada maza cala,
aunque el furioso golpe fué al derecho,
pues quedó por de dentro la celada
de los bullentes sesos rociada.

Trás este otro tendió desfigurado,
tanto que nunca mas fué conocido,
que la armada cabeza y todo el lado
donde el golpe alcanzó, quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado,
y hanse el uno y el otro acometido:
hiere Valdivia á Ongolmo en una mano,
haciendo el Araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
que con Ongolmo mas no se detiene
y adonde Leucoton, mozo animoso,
estaba, en una gran pendencia viene,
que contra Juan de Lamas y Reynoso
solo su parte y opinion mantiene,
el cual con su destreza y mucho seso
la guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
parte acudió del Araucano bando

que en su ayuda y defensa se metia,
fuese el daño y destrozo renovando:
de un cabo y de otro gente concurria,
sube el alto rumor á las estrellas,
sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
la confusa vitoria desta guerra,
lleno el aire de estruendo sonoroso,
roja de sangre y húmida la tierra,
quien busca y solo quiere un fin honroso,
quien á los brazos con el otro cierra,
y por darse mas presto cruda muerte,
tienta con el puñal lo ménos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
el tenerse en la lucha por maestro,
porque sin tiempo y con esfuerzo vano
cerró con Guaticol no ménos diestro:
y en aquella sazon Puren su hermano,
que estaba cerca de él, en el siniestro
lado le abrió con daga una herida,
por dó la muerte entró, y salió la vida.

Andrés de Villaroel ya enflaquecido
por la falta de sangre derramada,
andaba entre los bárbaros metido,
procurando la muerte mas honrada:
tambien Juan de las Peñas mal herido,
rompiendo por la espesa gente armada,

se puso junto dél; y así la suerte
los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
del número infiel al bautizado,
es el un escuadron innumerable,
el otro hasta sesenta numerado,
ya la incierta fortuna variable
que dudosa hasta entónces habia estado,
aprobó la maldad, y dió por justa
la causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados
que el bando de Valdivia sustentaban,
en el flechar del arco ejercitados
el sangriento destrozo acrecentaban;
derramando mas sangre, y esforzados
en la muerte tambien acompañaban
á la Española gente no vencida
en cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
haciendo por la espada todo cuanto
pudiera hacer el poderoso Marte;
no basta á reparar él solo tanto,
que falta de los suyos la mas parte:
los otros aunque ven su fin tan cierto,
ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo

iba la desangrada y poca gente;
siempre el ímpetu bárbaro creciendo
con el ya declarado fin presente:
fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente:
que constantes rendir no se quisieron
hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
de un clérigo que acaso allí venia,
y viendo asi su campo destrozado,
el mal remedio y poca compañía,
dijo: pues pelear es escusado,
procuremos vivir por otra vía:
pica en esto el caballo á toda prisa,
trás el corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
dos grandes jabalís, fieros, cerdosos,
seguidos de solícitos rastreros,
de la campestre sangre codiciosos:
y salen en su alcance los ligeros
lebreles Irlandeses generosos;
con no menor codicia y pies livianos
arrancan trás los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan,
cual el turbion que granizando viene:
en fin á poco trecho los alcanzan,
que un paso cenagoso los detiene:

los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
por valiente el postrero no se tiene:
murió el clérigo luego, y maltratado
trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolican gozoso en verle vivo,
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente:
Valdivia como mísero cautivo
responde, y pide humilde y obediente
que no le dé la muerte, y que le jura
dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
del contrito Valdivia aquel consejo;
mas un pariente suyo empedernido,
á quien él respetaba por ser viejo,
le dice: ¿por dar credito á un rendido,
quieres perder tal tiempo y aparejo?
y apuntando á Valdivia en el celebro,
descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
con fuerte amarra al palo, está bramando
de la tímida gente rodeado,
que con admiracion le está mirando:
y el diestro carnicero ejercitado
el grave y duro mazo levantando,
recio al cogote cóncavo deciende,

y muerto estremeciéndose le tiende:

Así el determinado viejo cano
que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano,
que á Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caida
estremeciéndo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolícan dello enojado
quiso enmendar el libre desacato;
pero fué del ejército rogado:
salió el viejo de aquello al fin barato,
y el destrozo del todo fué acabado;
que no escapó cristiano desta prueba
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
solos de los tres mil, que como vieron
la gente nuestra rota y de vencida,
en un jaral espeso se escondieron:
de allí vieron el fin de la reñida
guerra, y puestos en salvo lo dijeron,
que como las estrellas se mostraron,
sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
á nas andar á la mitad del cielo,

y con las alas lóbregas cubria
el orbe y redondez del ancho suelo:
cuando la vencedora compañía,
arrimadas las armas sin recelo,
danzas en anchos cercos ordenaban,
donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
por todo el Araucano regimiento,
y antes que el sol se fuese descubriendo,
el campo se cubrió de bastimento;
gran multitud de gente concurriendo,
se forma un general ayuntamiento
de mozos, viejos, niños y mugeres,
partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban,
y alegres sus cantares repetian,
un sitio de altos árboles cercaban,
que una espaciosa plaza contenian:
y en ellos las cabezas empalaban
que de españoles cuerpos dividian;
los troncos de su rama despojados
eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
cercado de una amena y gran floresta
en memoria y honor del vencimiento
celebran de beber la alegre fiesta:
el vino así aumentó el atrevimiento

que España en gran peligro estaba puesta;
pues que promete el mínimo soldado
de no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinion generalmente
que sin tardar, doblando las jornadas,
partiese un grueso número de gente
á dar en las ciudades descuidadas,
que tomadas de salto y de repente,
serian con solo el miedo arruinadas,
y la patria en su honor restituida,
no dejando cristiano con la vida.

Y dado órden bastante y esto hecho,
para acabar de ejecutar su saña,
con gran poder y ejército de hecho
querian pasar la vuelta de la España:
pensándola poner en tanto estrecho
por fuerza de armas puestos en campaña,
que fuesen cultivadas las Iberas
tierras de las naciones estrangeras.

El hijo de Leocano bien entiende
el vano intento y quiere desviarlo,
que como diestro y sabio otro pretende,
y por mejor camino enderezarlo:
el tiempo espera y la sazon atiende
que esten mejor dispuestos á tratarlo:
la fiesta era acabada y borrachera,
cuando á todos les habla en tal manera.

» Menos que vos, señores, no pretendo
» la dulce libertad tan estimada,
» ni que sea nuestra patria yo defiendo
» en el snblime trono restaurada;
» mas hase de atender á que pudiendo
» ganar, no se aventure perder nada;
» y así con este celo y fin procuro
» no poner en peligro lo seguro.

» Tomad con discrecion los pareçeres
» que van á la razon mas arrimados;
» pues cobrar vuestros hijos y mugeres
» está en ir los principios acertados:
» vuestra fama, el honor, tierra y haberes
» á punto estan de ser recuperados;
» que el tiempo que es el padre del consejo,
» en las manos nos pone el aparejo.

» A Valdivia y los suyos habeis muerto,
» y una importante plaza destruido,
» venir á la vengauza será cierto,
» luego que en las ciudades sea sabido,
» demos al enemigo el paso abierto:
» esto asegura mas nuestro partido.
» Vengan, vengan con furia á rienda suelta;
» que difícil será despues la vuelta.

» La vitoria tenemos en las manos,
» y pasos en la tierra mil seguros
» de ciénagas, lagunas y pantanos,

» espesos montes, ásperos y duros:
» mejor pelean aquí los Araucanos,
» Espáñoles mejor dentro en sus muros;
» cualquier hombre eu su casa acometido
» es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

» Esto os vengo á decir, porque se entienda
» cuanto con mas seguro acertaremos,
» para poder tomar la justa enmienda,
» que en sitios escogidos esperemos:
» donde no habrá en el mundo quien defienda
» la razon y derecho que tenemos;
» cuando temor tuviesen de buscarnos,
» á sus casas iremos á alojarnos.

Con atencion de todos escuchada
fué la oracion que el general hacia,
siendo de los mas dellos aprobada,
por ver que á su remedio convenia:
la gente ya del todo sosegada,
Caupolican al jóven se volvia,
por quien fué la vitoria ya perdida
con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor le tenia asida
con la siniestra de la diestra mano,
diciéndole; » O varon que has estendido
» el claro nombre y límite Araucano!
» por ti ha sido el estado redimido,
» tú le sacaste del poder tirano,

» á tí solo se debe esta vitoria
» digna de premio y de inmortal memoria.
» Ya señores, pues es tan manifiesto,
(esto dijo volviéndose al senado)
» el punto en que Lautaro nos ha puesto,
(que así el valiente mozo era llamado)
» yo por remuneralle en algo desto,
» con vuestra autoridad que me habeis dado
» por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
» le hago capitan y mi teniente.

» Con la gente de guerra que escogiere,
» pues que ya de sus obras sois testigos,
» en el sitio que mas le pareciere,
» se ponga á recibir los enemigos,
» adonde hasta que vengan los espere;
» porque yo con la resta y mis amigos
» ocuparé la entrada de Elicura,
» aguardando la misma coyuntura.

Del grato mozo el cargo fué aceptado
con el favor que el general le daba;
aprobólo el comun aficionado,
si á alguno le pesó no lo mostraba:
y por el órden y uso acostumbrado
el gran Caupolican le trasquilaba,
dejándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,

de gran consejo, término y cordura,
manso de condicion, y hermoso gesto,
ni grande, ni pequeño de estatura:
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazon y compostura;
duros los miembros, recios y nerviosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
ejercitando siempre nuevos juegos
de saltos, luchas, pruebas nunca usàdas,
danzas de noche entorno de los fuegos:
habia precios y joyas señaladas,
que nunca los Troyanos, ni los Griegos,
cuando los juegos mas continuaron,
tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolican, estando en esto,
un bárbaro turbado sin aliento,
perdida la color, mudado el gesto:
cubierto de sudor y polvoriento,
diciéndole: » Señor, socorre presto,
» tu campo es roto, y cierto el perdimiento,
» que la gente que estaba en la emboscada
» es muerta la mas della y destrozada.

» Por tierra de Elicura son bajados
» catorce valentísimos guerreros,
» de corazas finisinas armados
» sobre caballos prestos y ligeros;

„ por estos solos son desbaratados
„ dos escuadrones tuyos de piqueros,
„ y visto el gran estrago al improviso,
„ partí corriendo á darte dello aviso.

Canpolican con muestra no alterada
hizo que del temor se asegurase,
diciendo que tan poca gente armada
al cabo era imposible que escapase;
y con la diligencia acostumbrada
mandó al nuevo teniente que guiase
con la mas presta gente por la via,
que luego con el resto le seguia.

Lautaro en lo aceptar no perezoso,
escogiendo una escuadra suficiente,
marcha con tanta prisa codicioso
de ganar opinion entre la gente.
Mas de Marte el estruendo sonoroso
me llama, que me tardo injustamente;
de los catorce es tiempo que se trate,
y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece,
y dellos se eternice la memoria,
si valor en las armas lo merece:
testimonio dará dello la historia;
pero acabar el canto me parece,
que á decir tan gran cosa no me atrevo,
sino es con nuevo aliento y canto nuevo.

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los Indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro: llega Lautaro con gente de refresco, mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban: escapanse los otros por una gran ventura.

Cuan buena es la justicia y que importante!
por ella son mil males atajados.
Qne si el rebelde Arauco está pujante
con todos sus vecinos alterados,
y pasa su furor tan adelante,
fué por no ser á tiempo castigados:
la llaga que al principio no se cura,
requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud; mas vicio y negligencia
cuando de un daño otro mayor se espera,
el no curar con hierro la dolencia,
si del mal lo requiere la manera;
mas no con tal rigor que la clemencia
pierda su fuerza y la virtud entera:

clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.
No quiero yo decir que á cada paso
traiga el hierro en la mano la justicia,
sino segun la gravedad del caso,
y la importancia y fin de la malicia:
pues vemos claro en el presente paso
que al cabo corrompida de avaricia
dio á la maldad lugar que se arraygase,
y en los ánimos mas se apoderase.
Mas no se ha de entender como el liviano
que se entrega al primero movimiento,
que por ser justiciero es inhumano,
y por alcanzar crédito es sangriento:
y como aquel que con injnsta mano
sin término, sin causa y fundamento,
por sola liviandad y vanagloria
quiere dejar de su maldad memoria.
No faltara materia y coyuntura
para mostrar la pluma aquí curiosa;
mas no quiero meterme en tal hondura,
que es cosa no importante y peligrosa:
el tiempo lo dirá y no mi escritura,
que quíza la tendrán por sospechosa:
solo diré que es opinion de sabios
que adonde falta el rey sobran agravios.
Pero á nuestro propósito tornando,

dejaré de tratar de sinrazones,
que es trabajar en vano, derramando
al viento en el desierto las razones:
de los nuestros diré que peleando
estaban con los fieros escuadrones,
ganando fama y prez, honor y gloria,
haciendo cosas dignas de memoria,

Fué hecho tan notable que requiere
mucha atencion y autorizada pluma,
y así digo que aquel que lo leyere
en que fue de los grandes se resuma:
diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
aunque toda será una breve suma:
y los nombres tambien de los soldados
que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona, y otro queda
con el cual es el número acabado:
Don Leonardo Manrique, es el postrero,
igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
á verse con Valdivia en el concierto,
que del pueblo Imperial partido habian,
sin saber que Valdivia fuese muerto;

por la alta cuesta de Puren subian,
y en el mas alto asiento y descubierto
los caminos de rama ven sembrados,
señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada,
y que de gentes hacen llamamiento:
no torcieron por esto la jornada,
ni les mudó el temor el firme intento:
la fresca y nueva aurora colorada
daba con su venida gran contento,
y las sombras del sol se retrahian,
cuando el Licureo valle descubrian.

Aquí estaban los Indios emboscados,
esperando á los nuestros si viniesen,
por cogerlos sin órden descuidados:
ántes que del peligro se advirtiesen;
de un bosque á mano hecho rodeados
para que mas cubiertos estuviesen,
hasta que inadvertidos del engaño
pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce Españoles abajaban
por un repecho al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban,
cubiertos de los ramos aguardando:
los nuestros con el bosque aun no igualaban
cuando los Indios súbitos sonando
bárbaras trompas, roncos tamborinos,

los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegria,
cuando mas sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la via
salta de entre los pies alborotada;
cuanto causó la muestra y voceria
del vecino escuadron de la emboscada
á nuestros Españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
de puntas de diamante una muralla;
pero los Españoles no pararon
hasta de parte á parte atravesalla;
hombres, picas y mazas tropellaron,
revuelven por dar fin á la batalla
con mas valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
el paso les cercaron y huida,
viéndose así de bárbaros cercados,
piensan abrir por ellos la salida:
otra vez arremeten apiñados,
y aunque una escuadra dellos fué rompida,
volvieron á sus puestos recogidos
quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte,
las cerradás escuadras tropellando;

mas viendose cercanos á la muerte,
prosiguen su derrota, enderezando
al desolado sitio y casa fuerte,
á diestro y á siniestro derribando,
que los Indios entre ellos van mezclados,
hiriéndolos tambien por todos lados,

Estréchase el camino de Elicura
por la pequeña falda de una sierra,
la causa y la razon desta angostura
es un lago que el valle abajo cierra:
para los nuestros esto fué ventura,
pues siguen su jornada haciendo guerra,
que solo un Español que atrás venia
la bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
mata, al calar de un áspero collado
ven un Indio salir á toda priesa
el vestido y el rosrro demudado,
el cual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado,
que Juan Gomez de Almagro al propio dia
dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensagero ven lloroso
que dellos adelante habia partido,
de Valdivia el suceso lastimoso
les dijo y lo demas acontecido,
y que el castillo el bárbaro furioso

le habia por los cimientos destruido:
viendo el remedio y presupuesto vano,
tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,
aunque por esta senda y paso abierto,
del Este, Norte, Oeste está abrigado,
y el Sur le hiere casi en descubierto:
por dó seguido va el camino usado
de los ligeros bárbaros cubierto,
en espaciosa hila prolongada,
sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,
en el llano asimismo repararon,
y la gente esparcida recogiendo
dos gruesos escuadrones reformaron:
los catorce Españoles conociendo
que era mejor romper se aparejaron:
mueven los escuadrones concertados
por el fuerte Lincóya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos
alto estruendo, alaridos desdeñosos,
salen los fieros barbaros sangrientos
contra los Españolès valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes gritos orgullosos:
tanto el esfuerzo y ánimo les crece
que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un Español desfigurado,
que yo no digo aquí cual dellos era,
dijo, viendo tan poca gente al lado:
¡ó si nuestro escuadron de ciento fuera!
pero Gonzalo Hernandez animado,
vuelto al cielo responde; á Dios pluguiera
fuéramos solos doce y dos faltaran,
que doce de la fama nos llamaran.

Los caballos en esto apercibiendo
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los pies batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas;
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz á Dios del cielo,
hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno, como vigas,
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento:
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento;
que los nuestros rompieron por un lado,
dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
léjos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,

en alto ya desnudas las espadas:
otra vez arremeten: no bastando
infinidad de puntas enhastadas,
puestas en contra de la airada gente,
á que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
los otros á vencer acostumbrados,
son causa que se aumenten los heridos,
y que bajen los brazos mas pesados:
de llamas los arneses encendidos
con gran fuerza y presteza golpeados
formaban un rumor, que el alto cielo
del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez presumiendo
imitar al de Córdova famoso,
iba por el ejército rompiendo
no ménos diestro y fuerte que animoso:
Peñalosa y Vergara conociendo
que vencer ó morir era forzoso,
hacen de sus personas arriscadas
de esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
la rigurosa espada ejercitando,
aventura y señala su persona,
mil bárbaros valientes señalando,
Don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe, ántes doblando

los suyos con gran priesa y mayor ira,
los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdova se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentia,
tanta sangre Araucana allí derrama,
que hizo cien viudas aquel dia:
por una que venganza al cielo clama,
saltan todas las otras de alegria;
que al fin son las mugeres variables,
amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra,
Moran, Gomez de Almagro, y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra:
el Herrero, como hombre acostumbrado,
y diestro en golpear, mata y atierra;
pues Nereda tambien que era maestro,
hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran à morir desnudos,
las rabiosas espadas asi cortan,
con tanta fuerza bajan golpes crudos,
que poco fuertes armas les importan:
lo que sufrir no pueden los escudos,
los insensibles cuerpos lo comportan
en furor encendidos de tal suerte,
que no sienten los golpes, ní aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrazados

con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan:
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshevillan,
ruedan las rotas picas y celadas,
y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando,
anima con hervor los escuadrones,
contra su fuerza y maza no bastando
de crestas altas fuertes morriones:
Cortés un golpe suyo reparando,
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto,
suelto el freno, corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado adormecido,
acá y allá el caballo le traia;
pero tornando luego en su sentido,
vergonzoso las riendas recogia:
vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
y al punto que miró le conocia:
que al mayor Araucano que allí andaba.
de los hombros arriba le llevaba.

Conócelo tambien en la braveza
que mostraba animando allí su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente:

como el suelto lebrel por la maleza
se arroja al jabali fiero y valiente,
así asalta Cortés al Araucano,
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al traves le hirió por un costado
no le valiendo el coselete duro;
mas de aquella manera le ha mudado
que mudara un peñasco ó fuerte muro:
pasa recio el caballo espoleado,
y Cortés, de Lincoya ya seguro,
por medio de la espesa escuadra hiende,
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatia
con el jóven Guacon, soldado fuerte;
pero presto la lid se decidia,
que poco se mostró neutral la suerte:
de un golpe Almagro al bárbaro heria,
por donde una ancha puerta abrió á la muerte,
sale della de sangre roja un rio,
y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Airado Castañeda en la batalla
mata, tropella, daña, hiere, ofende;
acaso á Narpo á la derecha halla,
y allí la rigurosa espada tiende:
no le valió el jubon de fina malla,
ni un peto de dos cueros le defiende,
que la furiosa punta no calase,

y el cuerpo del espíritu privase.
La gente una con otra se embravece,
crece el hervor, corage y la revueltă,
y el rio de la corriente sangre crece
bárbara y Española toda envuelta:
del grueso aliento el aire se escurece,
alguna infernal furia andaba suelta,
que por llevar á tantos en un dia,
diabólico furor les infundia.
Tanto el teson entre ellos ha durado,
que espanta como alzar puéden los brazos;
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos;
el sol habia en su curso declinado
cuando ya sin vigor hechos pedazos
de manera igualmente enflaquecian,
que moverse adelante no podian.
Como el aliento y fuerzas van faltando
á dos valientes toros animosos,
cuando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos;
que se van poco á poco retirando
rostro á rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento,
y esparcen con los pies la arena al viento:
Los dos puestos así se retiraron,
sin sangre y sin vigor desalentados,

que jamas las espaldas se mostraron;
mas siempre frente á frente careados:
ambos á un mismo tiempo repararon,
á un punto hicieron alto, y desviados
los unos de los otros tanto estaban,
que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando
en el sitio y contrario alojamiento
cubiertos de agua y sangre hijadeando,
que no pueden hartarse del aliento:
los fatigados miembros regalando,
el pecho y boca abierta al fresco viento,
que con templados soplos respiraba,
mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas
á falta de las manos se ofendian,
diciéndose palabras afrentosas
la muerte con rigor se prometian:
y á vueltas desto flechas peligrosas
los enemigos arcos despedian;
que aunque el aliento y fuerzas les faltaba,
el rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cual brazo descansando
una flecha con ímpetu saliendo,
á manera de rayo arrebatado,
el aire con rumor iba rompiendo:
tocó en soslayo á Córdova en un lado,

y la furiosa punta no prendiendo,
torció á Moran el curso, y encarnada
por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Moran con mano cruda y fuerte
sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
le apercibe y esfuerza condolido;
pero Moran gritó: no estoy de suerte
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;
que solo asi herido soy bastante
á vencer cuantos veis que están delante.

Pica el caballo temerariamente,
que galopear no puede de cansado,
contra todo aquel número de gente
que en escuadron estaba reformado;
pero Gonzalo Hernandez diligente
se le puso delante acelerado,
que ya Lincoya al paso le salia,
y al puesto aunque por fuerza le volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
sobre la cumbre de una verde loma
tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma:
como cuando de léjos el hambriento
leon viendo la presa placer toma,
y mira acá y allá feroz rugiendo,
el vedijoso cuello sacudiendo.

Lautaro así veloz por un repecho
bajaba enderezando á los de España,
pensando él solo dar fin á aquel hecho,
sino le desamparan la campaña:
delante de su gente va gran trecho;
digna es de celebrarse tal hazaña.
solos catorce esperan, hechos piezas,
rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos,
apiñados los nuestros los esperan,
no de ver tanta gente temerosos;
porque aun morir con mas honor quisieran:
los fieros enemigos orgullosos
en alta voz gritaban: mueran, mueran;
y el Lincoyano ejército animado
tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos,
batiendo bien de espacio el hueco suelo,
contra los descansados Araucanos,
que fieros amenazan tierra y cielo:
vienen con tardos píes á prestas manos:
y del primer encuentro, hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena,
bañandola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida,
aunque en atribuirla hay desconcierto,
unos dicen que Angol fué el homicida,

otros que Leocoton, y esto es mas cierto:
cualquier dellos que fué, de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto,
con un trozo de pica atravesado,
donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando,
á los pies de Lautaro muerto vino:
rompen los otros doce enderezando
por las espesas armas al camino;
pero Ongolmo los pies apresurando,
de un golpe derribó fuera de tino
á Nereda que en guerras era experto:
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fue Diego Garcia,
de una llaga mortal abierto el pecho:
de otro golpe Escalona se tendia,
que Tucapel le acierta por derecho:
los demas Españoles en la via
(considere quien ya se vió en estrecho),
con cuanta priesa baten las hijadas
de los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra
á todos con audacia los asalta,
y en viendo que estos dos baten la tierra
gallardo por encima dellos salta:
topa á Almagro y con él ligero cierra
en los pies levantado y la maza alta,

que sobre él derribándola venia
con toda la pujanza que tenia.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
ó que el sumo señor quiso librallo,
que el tiro á la cabeza señalaba
y á dar vino en las ancas del caballo:
con tanta fuerza el golpe le cargaba,
que Almagro mas no pudo meneallo,
quedando derrengado de manera
que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
viendo el caballo cojo, se derriba,
ora fué su ventura y diestro hado,
ora siniestro del que tras él iba,
el cual era el valiente Maldonado
que envuelto en sangre y polvo al punto árriba
que el golpe segundaba Tucapelo,
y por poco con él diera en el suelo.

Con el ginete estribo en el derecho
lado al bárbaro encuentra de pasada,
y cuanto cinco pasos, ó mas trecho
lo lleva hácia adelante por la estrada:
brama el bárbaro ardiendo de despecho,
víbora no se vió mas enconada,
ni pisado escorpion vuelve tan presto,
como el Indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia;

que contra Juan de Almagro dado habia,
y la furiosa maza é impaciencia
al triste Maldonado revolvia:
caia un golpe con toda su potencia;
mas el presto caballo se desvia:
Tucapel de furioso el tiro yerra
y el ferrado troncon metió por tierra.
No escapó Maldonado de la muerte,
que al punto llega el bravo Lemolemo
con un largo baston ñudoso y fuerte,
á manera de corvo y grueso remo:
y un golpe le señala de tal suerte
que no le erró el ferrado y duro estremo;
ni celada prestó de estofa llena,
que los sesos saltaron por la arena.
En esto una gran nube tenebrosa
el aire y cielo súbito turbando,
con una obscuridad triste y medrosa
del sol la luz escasa fué ocupando:
salta Aquilon con furia procelosa
los árboles y plantas inclinando,
envuelto en raras gotas de agua gruesas,
que luego descargaron mas espesas.
Como el diestro atambor que apercibiendo
al duro asalto y fiera batería,
va con los tardos golpes previniendo
la presta y animosa compañía;

pero el punto y señal última oyendo
sueña la horrenda y áspera armonía;
así el negro nublado turbulento
lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto,
la furiosa tormenta se esforzaba,
agua, piedras y rayos todo envuelto
en espesos relámpagos lanzaba:
el Araucano ejército revuelto
por acá y por allá se derramaba:
crece la tempestad horrenda tanto
que á los mas esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
hizo que al punto el cielo se cerrase,
y la tiniebla de la noche escura
gran rato en su favor se anticipase:
turbado se metió en una espesura
hasta tanto que el ímpetu pasase
de aquella gente bárbara furiosa,
de la Española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
y que él podia salir mas encubierto;
el bosque deja y toma su camino,
que el temor se le muestra bien abierto:
cayendo y levantando al cabo vino
de sangre, lodo y de sudor cubierto,
junto donde los nuestros esperaban

si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados,
y uno de los caballos relinchando
el Español con pasos sosegados
al alegre rumor se fué acercando:
llegó donde los seis amedrentados
con baja voz estaban dél tratando,
y en aquella sazon se les presenta,
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido
que entre ellos ya por muerto se tenia:
y cada uno de lástima movido
á morir en su ayuda se ofrecia;
mas él como animoso y entendido
viendo que aprovechar no le podia,
dice: de mí, señores, nadie cure:
la vida el que pudiere la asegure.

Esto no dijo bien, cuando esforzado
por el bosque tomó una senda incierta,
y aquella as musada deja á un lado
de gente y pueblos bárbaros cubierta:
otro trance mayor le está guardado;
pero pues hay de Chile historia cierta,
allí lo podrá ver el que quisiere,
si gana de saberlo le viniere.

El Coronista Estrella escribe al justo
de Chile y del Perú en latin la historia

con tanta erudicion, que será justo
que dure eternamente su memoria;
y la vida de Cárlos quinto Augusto,
y en versos los encomios y la gloria
de varones ilustres en milicia,
gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
la desgracia de Almagro lo mostraban;
pero ayudalle en ella no pudiendo,
á la Imperial ciudad enderezaban:
la tempestad furiosa iba creciendo,
relámpagos y truenos no cesaban
hasta que salió el sol, y el claro dia
la plaza de Puren les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
le habia Juan Gomez ántes sustentado,
hallándose una noche de repente
de multitud de bárbaros cercado:
repelidos al fin gallardamente,
fué por su industria el cerco levantado:
no escribo esta batalla, aunque famosa
por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados,
fueron con tierna muestra recibidos
de los caros amigos, admirados
de verlos á tal término traidos,
míseros, afligidos, demudados,

flacos, roncos, deshechos, consumidos,
corriendo sangre y lodo, sin celadas,
las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
las armas, defendiendo su partido,
que nunca en este tiempo descansaron,
haciendo lo que habeis, Señor, oido;
un rato en el castillo reposaron
del cual la noche atras habian salido,
no con poco temor de los de casa,
y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les quajó un temor helado,
gran turbacion les puso á todos cuando
el caso de Valdivia desastrado
les fueron por sus terminos narrando;
y así viendo el castillo mal parado,
de consejo comun considerando
la pujanza que el bárbaro traía,
le dejaron desierto el mismo dia.

Hácia Gauten tomaron la jornada,
llevando á Almagro acaso de camino,
que por venir la noche tan cerrada,
libre salió del campo Lautarino:
la fuerza fué por tierra derribada,
que luego el enemigo pueblo vino
talando municiones, y comidas,
que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
hácia dó su ejército venia,
retumbando en los montes cavernosos
el alegre rumor y vocería:
y por aquellos prados espaciosos
con la vitoria y gozo de aquel dia
tales cantos y juegos inventaban,
que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos el General con grave muestra
los habla y los recibe alegremente,
y asiendo blandamente de la diestra
al valiente Lautaro, su teniente,
una escuadra le entrega de maestra,
escogida, gallarda, y buena gente,
en armas y trabajo ejercitada
para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
que mucho su proceso me detiene:
forzoso á tratar dél volveré presto,
que llegar hasta Penco me conviene;
pues hace tanto á nuestro presupuesto
decir como á la guerra se previene,
que sangrienta y mortal se aparejaba,
y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, ligera embajadora,
de tristes nuevas y de grandes males,
á Penco atormentaba de hora en hora,

esforzando su voz ruines señales:
cuando llegan los Indios á deshora,
los dos que ya conté que en los jarales
viendo á Valdivia roto se escondieron,
y estos el triste caso refirieron.

Por mensageros ciertos entendiendo
el duro y desdichado acaecimiento,
viejos, mugeres, niños concurriendo,
se forma un triste y general lamento:
el cielo con aguda voz rompiendo
hinchen de tristes lástimas el viento:
nuevas viudas, huérfanas doncellas,
era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
eran de crudos puños ofendidos,
y manojos dorados de cabellos
andaban por los suelos esparcidos:
vieran pechos de nieve, y tersos cuellos
de sangre y vivas lágrimas teñidos,
y rotos por mil partes y arrojados
ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
de la edad mas robusta juntamente
daban de su dolor demostraciones,
pero con otro modo diferente:
suenan las armas, suenan municiones,
suena el nuevo aparato de la gente,

y la ronca trompeta del dios Marte
á guerra incita ya por toda parte.
Unos botas espadas afilaban,
otros petos mohosos enlucian,
otros las viejas cotas remallaban,
hierros otros en astas enjerian:
cañones reforzados apuntaban,
al viento las banderas descogian,
y en alardosa muestra los soldados
iban por todas partes ocupados.
Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagran, varon tenido
por sabio en la milicia y suficiente,
con suma diligencia prevenido:
de Pedro de Valdivia fué teniente
despues de su persona obedecido,
sentido del suceso y caso fuerte,
brama por la venganza de su muerte.
Las mugeres de nuevos alaridos
hieren el alto cóncavo del cielo,
viendo al peligro puestos los maridos,
y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
con lagrimosos ojos y gemidos
echadas de rodillas por el suelo,
les ponen los hijuelos por delante;
pero cosa á moverlos no es bastante.
Ya de lo necesário aparejados

en demanda del bárbaro salian,
de arneses lucidísimos armados
que vistosos de léjos parecian;
las mugeres por torres y tejados
con fijos ojos tiernos los seguian,
y echándoles de allí mil bendiciones,
vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
que del pueblo saliera á acompañallos;
y en busca del ejército Araucano
pican á toda priesa los caballos:
dejan á la siniestra á Mareguano,
y á la diestra de Talca los vasallos,
hijo de Talcaguano, que su sierra
la ciñe casi entorno el mar y tierra.

De los seguros límites pasando,
pisan de Andalican la enjuta arena,
y el espacioso llano atravesando,
suben las lomas, y rumor no suena:
y al pie del cerco Andalico llegando,
sin entender lo que Lautaro ordena,
solo el miedo de entrar por el estado
les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho
de la banda del Norte está á la entrada
por un monte asperísimo y derecho,
la cumbre hasta los cielos levantada;

está tras este un llano á poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada
que divide el distrito Andalicano,
del fértil valle y límite Araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
para dar la batalla, y por concierto
tenia todo su ejército tendido
en lo mas alto della y descubierto;
viendo que á pie en lo llano es mal partido
seguir á los caballos campo abierto,
el alto y primer cerro dejó esento
pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aquí figurarle por entero.
La subida no es mala del camino;
mas todo lo demas despeñadero:
tiene al Poniente al brabo mar vecino,
que bate al pie de un gran derrumbadero,
y en la cumbre y mas alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
del poderoso ejército enemigo,
y el camino al entrar desocupado,
sin defensa ni estorbo, como digo:
pasando el primer monte habia llegado
al pie deste segundo el bando amigo;
pero aquí Villagran confuso estuvo,

que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso
el pie en el Rubicon fijó á la entrada,
pensando allí de nuevo el peligroso
hecho que acometia y gran jornada:
al fin soltó las riendas animoso,
diciendo: sús, la suerte ya es echada;
así nuestro Español rompió el camino,
dando libre la rienda á su destino.

Apénas el primer paso habia dado:
cuando luego tras él osadamente
por el fragoso monte levantado
alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse, arrinconado,
franca les da la entrada llanamente:
diez mil hombres gobierna, gente usada
en el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo entorno de la cuesta,
y mandando que nadie se moviese
un paso á comenzar la dura fiesta
hasta que el son de arremeter se oyese:
con una irremisible pena puesta
para aquel que del término saliese,
que estaban así quedos y callados,
cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la Española gente deseando
ejercitar la vencedora diestra,

se va á los enemigos acercando
por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro al puesto término llegando,
presenta la batalla en bella muestra
con gran rumor de bárbaras trompetas,
atambores, bocinas, y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
dar fin al largo canto en este paso,
porque el deseo del otro mueva el gusto,
y porque de cantar me siento laso:
suplícoos que el tardar no os dé disgusto
pareciéndoos que voy tan paso á paso,
que aun de gentes agravio una gran suma
atento á no llevar prolija pluma.

CANTO V.

Contiene la reñida batalla que entre los Españoles y Araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los Españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos, juntamente con tres mil Indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
nos dilata el castigo merecido,
hasta ver sin enmienda la insolencia
y el corazon rebelde endurecido:
y es tanta la dañosa inadvertencia,
que aunque vemos el término cumplido
y egemplo de castigo en el vecino,
no queremos dejar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta
nuestra gente Española á las espadas,
que en el fin de Valdivia no escarmienta,
ni mira haber seguido sus pisadas:
presto la vereis dar estrecha cuenta
de las culpas presentes y pasadas,

que el verdugo Lautaro ardiendo en saña,
se muestra con su gente en la campaña.

Villagran con la suya á punto puesto
en el estrecho llano se detiene,
plantando seis cañones en buen puesto,
ordena aquí y allí y lo que conviene:
estuvo sin moverse un rato en esto,
por ver el órden que Lautaro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho,
que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
pero sabe ora Dios sus intenciones:
viendo toda la cuesta rodeada
de gente en concertados escuadrones;
la sangre, del temor ya resfriada,
con presteza acudió á los corazones:
los miembros del calor desamparados
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento estan bramando
porque la trompa del partir no suena;
tanto el trance y batalla deseando,
que cualquiera tardanza les da pena:
de la otra parte el Araucano bando
sujeto á lo que su caudillo ordena,
rabiaba por cerrar, mas la obediencia
le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente

cuando el competidor ve ya cercano,
bufa, relincha, y con soberbia frente
hiere la tierra de una y otra mano:
así el bárbaro egército obediente
viendo tan cerca el campo Castellano,
gime por ver el juego comenzado;
mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba,
ganosos de ambas partes por juntarse;
pero ya Villagran consideraba
que era dalle mas ánimo el tardarse:
tres bandas de ginetes apartaba
de aquellas codiciosos de probarse,
que á la seña, sin mas amonestallos,
ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo,
salen con gran tropel y movimiento:
Rauco se estemeció del son horrendo,
y la mar hizo estraño sentimiento;
los corregidos bárbaros temiendo
de Lautaro el espreso mandamiento,
aunque por los herir se deshacian,
el paso hácia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
juegan las cañas en solemne fiesta,
que parte y desembraza una cuadrilla
revolviendo la adarga al pecho puesta:

así los nuestros firmes en la silla
llegan hasta el remate de la cuesta;
y vuelven casi en cerco á retirarse,
por no poder romper sin despeñarse.
Toman al retirar la vuelta larga,
y desta suerte muchas vueltas prueban;
pero todas las veces una carga
de flecha, dardo y piedra espesa llevan:
á algunos vale allí la buena adarga,
las celadas y grevas bien aprueban;
que no pueden venir al corto hierro,
por ser peynado entorno el alto cerro.
Firme estaba Lautaro sin mudarse,
y cercada de gente la montaña
algunos que pretenden señalarse
salen con su licencia á la campaña:
quieren uno por uno egercitarse
de la pica y baston con los de España,
ó dos á dos, ó tres á tres soldados
á la franca eleccion de los llamados.
Usando de mudanzas y ademanes
vienen con muestra ayrosa y contoneo,
mas bizarros que bravos Alemanes
haciendo aquí y allí gentil paseo:
como los diestros y ágiles galanes
en público egercicio del torneo:
así llegan gallardos á juntarse:

y con las duras puntas á tentarse.
Quien piensa de la pica ser maestro,
sale á probar la fuerza y el destino,
tentando el lado diestro y el siniestro,
buscando lo mejor con sabio tino:
cual acomete, vanle, y hurta presto
hallando para entrar franco el camino,
cual hace el golpe vano, y cual tan cierto
que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan,
ni paran en el aire y gentileza,
que el golpe sea mortal solo procuran,
y en el cuerpo y los pies llevar firmeza:
con ánimo arrojado se aventuran,
llevados de la cólera y braveza,
esta á veces los golpes hace vanos,
y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
el mozo Curioman se señalaba,
que con gallarda muestra y atrevida,
larga carrera sin temor tomaba:
y blandiendo una lanza muy fornida,
en medio de la furia la arrojaba,
que nunca de ballesta al torno armada
jara con tal presteza fué enviada.

Habia siete españoles ya herido;
mas nadie se atraviesa á la venganza;

que era el valiente bárbaro temido
por su esfuerzo, destreza y gran pujanzä:
en esto Villagran algo corrido
viéndole despedir la octava lanza;
dijo con voz airada: ¿no hay alguno
que castigue este bárbaro importuno?

Diciendo esto, miraba á Diego Cano,
el cual de osado crédito tenia,
que una asta gruesa en la derecha mano;
su Rabican preciado apercibia:
y al tiempo cuando el bárbaro lozano
con fuerzá estrema el brazo sacudia,
en la silla los muslos enclavados,
hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
sale el presto caballo desenvuelto
hácia el gallardo bárbaro atrevido,
que en esto las espaldas habia vuelto:
pero el fuerte español embevecido
en que no se le fuese, el freno suelto
bate el caballo apriesa los talones
hasta los enemigos escuadrones.

No el Araucano y fiero ayuntamiento
con las espesas picas derribadas,
ni el presuroso y recio movimiento
de mazas y de bárbaras espadas
pudiëron resistir al duro intento

del airado español, que las pisadas
del ligero Araucano iba siguiendo,
la espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho
con grande esfuerzo y valerosa mano
rompe por ellos, y la lanza el pecho
de aquel que dilató su muerte en vano:
y glorioso del bravo y alto hecho
al caballo picó á la diestra mano,
abriendo con esfuerzo y diestro tino
por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron ginete
el Araucano egército llamando,
que á esperarle parece que acomete,
y vase luego al borde retirando:
una, cuatro y diez veces arremete,
poco el arremeter aprovechando:
que en aquella sazon ninguna espada
habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
mas poco del trabajo se aprovecha;
que los nuestros en vano les picaban
heridos y hostigados de la flecha:
las bravezas algunos aplacaban,
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
ellos lasos, los otros descansados,
los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
á toda furia y priesa disparaba;
y así en el escuadron indio batia,
que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
de fuego y humo el cerro se cubria,
el aire cerca y léjos retumbaba;
parece con estruendo abrirse el suelo,
y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
quitar y deshacer aquel ñublado,
que lanzaba los rayos en su gente,
y habia gran parte della destrozado,
al escuadron que á Leucoton valiente
por su valor le estaba encomendado,
le manda arremeter con furia presta,
y en alta voz diciendo le amonesta:

„ O fieles compañeros victoriosos,
„ á quien fortuna llama á tales hechos!
„ ya es tiempo que los brazos valerosos
„ nuestras causas aprueben y derechos:
„ sús, sús calad las lanzas animosos,
„ rompan los hierros los contarios pechos,
„ y por ellos abrid roja corriente
„ sin respetar á amigo, ni á pariente.

„ A las piezas guiad, que si ganadas
„ por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
„ célebres quedarán vuestras espadas,

» y eterna al mundo dellas la memoria;
» el campo seguirá vuestras pisadas,
» siendo vos los autores desta gloria.
Y con esto la gente envanecida
hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
que es la cosa que entre ellos mas se nota;
el mas medroso quiere ser primero
al probar si la lanza lleva bota:
no espanta ver morir al compañero,
ni llevar quince ó veinte una pelota,
volando por los aires hechos piezas,
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
ni punto los detiene el temor ciego;
ántes si el tiro á alguno lleva el brazo,
con el otro la espada esgrime luego:
llegan sin reparar hasta el ribazo
donde estaba la máquina del fuego:
viéranse allí las balas escupidas
por la bárbara furia detenidas.

Los demas arremeten luego en rueda
y de tiros la tierra y sol cubrian:
pluma no basta, lengua no hay que pueda
figurar el furor con que venian:
de voces, fuego, humo y polvoreda
no se entienden allí, ni conocian:

mas poco aprovechó este impedimento,
que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
las enemigas haces ya mezcladas:
lo que allí se vió mas para notarse,
era el presto batir de las espadas:
procuran ambas partes señalarse,
y así vieran cabezas y celadas
en cantidad y número partidas,
y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
con tal ímpetu y furia acometida,
otros por dar remate á su porfía,
traban una batalla bien reñida:
para un solo Español cincuenta habia,
la ventaja era fuera de medida;
mas cada cual por sí tanto trabaja
que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atras vuelva el estandarte
de Cárlos quinto, máximo, glorioso;
mas que á pesar del contrapuesto Marte
vaya siempre adelante vitorioso:
el cual terrible y fiero á cada parte
envuelto en ira y polvo sanguinoso,
daba nuevo vigor á las espadas
de tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza

segun es el herir apresurado,
con aquel mismo esfuerzo y entereza
que si entónces lo hubieran comenzado:
las muertes, el rigor y la crueza
esto no puede ser significado,
que la espesa y menuda yerba verde
en sangre convertida el color pierde.

Villagran la batalla en peso tiene,
que no pierde una mínima su puesto,
de todo lo importante se previene,
aquí va, y allí acude y vuelve presto:
hace de capitan lo que conviene
con usada esperiencia, y fuera desto
como osado soldado y buen guerrero
se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
que en los cristianos hace gran matanza,
lleva el caballo, y él llevado de ira
requiere en la derecha bien la lanza:
en los estribos firme al pecho tira;
mas la codicia y sobra de pujanza
desatentó la presurosa mano,
haciendo ántes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
por la canalla bárbara enemiga,
revuelve á Torbo el Español airado,
y en bajo el brazo la gineta abriga:

pásale un fuerte peto tresdoblado
y el jubon de algodon, y en la barriga
le abrió una gran herida, por dó al punto
vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
el brazo atras, con ira la arrojaba:
vuela la furiosa asta rechinando
del ímpetu y pujanza que llevaba,
y á Corpillan, que estaba descansando
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
y al suelo penetró sin dañar nada,
quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran la espada fuera
por medio de la hueste va á gran priesa,
haciendo con rigor ancha carrera
á donde va la turba mas espesa:
no ménos Pedro de Olmos de Aguilera
en todos los peligros se atraviesa,
habiendo él solo muerto por su mano
á Guancho, Canio, Pillo, y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
daban de su valor notoriä muestra,
y el viejo y gran ginete Maldonado
voltea el caballo allí con mano diestra,
ejercitando con valor usado
la espada que en herir era maestra,
aunque la débil fuerza envejecida

hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano á dos manos sin escudo
no deja lanza enhiesta ni armadura,
que todo por rigor de filo agudo
hechos pedazos viene á la llanura:
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
se revuelve con tal desenvoltura,
cual Cesio entre las armas de Pompeo,
ó en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el Español Reinoso
de ponzoñosa rabia estimulado,
con la espada sangrienta va furioso,
hiriendo por el uno y otro lado:
mata de un golpe á Palta, y riguroso
la punta enderezó contra el costado
del fuerte Ron, así acertó la vena
que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez, y Pantoja
tienen hecha de muertos una rueda,
y la tierra de sangre toda roja:
no hay qnien ganar del campo un paso pueda,
ni el espeso herir un punto afloja,
haciendo los cristianos tales cosas
que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente;
y tan poco el remedio y confianza,

que á muchos les faltaba juntamente
la sangre, aliento, fuerza, y esperanza:
llevados pues al fin de la corriente
sin poder resistir la gran pujanza,
pierden un largo trecho la montaña
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
sin aflojar los nuestros siempre usaron:
no se vió en Español jamas flaqueza
hasta que el campo y sitio les ganaron:
mas viéndose á tal hora en estrecheza
que pasaba de cinco que empezaron,
comienzan á dudar ya la batalla,
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
cuando ellos en la fuerza iban menguando,
representóles el temor la muerte,
las heridas y sangre resfriando:
algunos desaniman de tal suerte
que se van al camino retirando:
no del todo, Señor, desbaratados,
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran haciendo fuerza,
se arroja y contrapone al paso airado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitan escarmentado,
diciendo: »Caballeros, nadie tuerza

» de aquello que á su honor es obligado,
»no os entregueis al miedo, que es yo os digo
» de todo nuestro bien grande enemigo.
» Sacudidle de vos, y vereis luego
» la deshonra y afrenta manifiesta:
» mirad que el miedo infame, torpe y ciego
»mas que el hierro enemigo, aqui os molesta:
» no os turbeis, reportaos, tened sosiego,
» que en este solo punto teneis puesta
» vuestra fama, el honor, vida, y hacienda,
» y es cosa que despues no tiene enmienda.
» ¿A dó volveis sin órden y sin tiento,
» que los pasos tenemos impedidos?
» ¿con cuanto deshonor y abatimiento
» seremos de los nuestros acogidos?
» la vida y honra está en el vencimiento,
» la muerte y deshonor en ser vencidos:
» mirad esto, y vereis huyendo cierta
» vuestra deshonra, y mas la vida incierta.
De la plaza no ganan cuanto un dedo
por esta y otras cosas que decia,
segun era el terror y estraño miedo
en que el peligro puesto los habia:
¿donde quedar mejor que aquí yo puedo?
diciendo Villagran, con osadia
temeraria arremete á tanta gente
solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
por no estar al rigor de ser juzgado,
teme mas que la muerte, alguna afrenta,
y el verse con el dedo señalado:
no quiere andar á todos dando cuenta
si á volver las espaldas fue forzado,
que por dolencia ó mancha se reputa
tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuan bien desto salió, que del caballo
al suelo le trajeron aturdido,
cual procura prendello, cual matallo;
pero las buenas armas le han valido:
otros dicen á voces; desarmallo:
acude allí la gente y el ruido;
mas quien saber el fin desto quisiere
al otro canto pido que me espere.

~~~~~~~~~~~~
~~~~~~~~~~~~

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes, que los Araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mugeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,
ni revolver de hado riguroso
le pueden presentar caso tan fuerte,
que le traigan á estado vergonzoso:
como ahora á Villagran que con su muerte
no siendo de otro modo poderoso,
piensa atajar el áspero camino,
á donde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando,
en confuso monton se retrajeron,
cuando en el nuevo y gran rumor mirando
á su buen capitan en tierra vieron:
solos trece la vida despreciando,
los rostros y las riendas revolvieron,
rasgando á los caballos los hijares,
se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
el pequeño escuadron ligero cierra,
abriendo en los contrarios un portillo
que casi puso en condicion la guerra:
rompen hasta dó el mísero caudillo
de golpes aturdido estaba en tierra,
sin ayuda y favor desamparado,
de la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
en esta empresa y suerte señalada;
y estaban como lobos carniceros
sobre la mansa oveja desmandada;
cuando discordes con ahullidos fieros
forman música en voz desentonada:
y en esto los mastines del ejido
llegan con gran presteza á aquel ruido.

Así los enemigos apiñados
en medio al triste Villagran tenian,
que por darle la muerte embarazados
los unos á los otros se impedian;
mas los trece Españoles esforzados
rompiendo á la sazon sobrevenian,
de roja y fresca sangre ya cubiertos
de aquellos que dejaban atras muertos.

Con gran presteza del amor movidos,
á donde á Villagran ven, se arrojaban,
y los agudos hierros atrevidos

de nuevo en sangre nueva remojaban:
desamparan el cerco los heridos,
acá y allá medrosos se apartaban,
algunos sustentaban con mas suerte
su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia,
desocupando el campo escarmentados,
otra junta mayor luego nacia,
y estaban sus lugares ocupados;
del sueño Villagran aun no volvia;
mas tal maña se dieron sus soldados,
y así las prestas armas revolvieron,
que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo, fuera muerto,
y á bien librar salió tan mal parado,
que aunque estaba de planchas bien cubierto,
tenia el cuerpo molido y magullado;
pero del sueño súbito despierto
viendo trece Españoles á su lado,
olvidando el peligro en que aun estaba,
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
sin escarmiento ni temor hendia,
llevando en su defensa al bando amigo,
que destrozando bárbaros venia:
trillan, derriban, hacen tal castigo
que duran las reliquias hoy en dia,

y durará en Arauco muchos años
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
de un valiente altibajo á fil derecho,
no le valió de acero la celada,
que los filos corrieron hasta el pecho;
Aguilera al traves tendió la espada,
y al dispuesto Guaman dejó mal trecho,
haciendo ya el temor tan ancha senda,
que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
donde los otros de su bando estaban,
que turbados, sin órden, temerosos
de ver su muerte ya, remolinaban:
no bastaron ni fueron poderosos
Villagran y los otros que llegaban,
á estorbar el camino comenzado,
que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al Araucano,
del todo de vencer desconfiados,
y los caballos sin aliento en vano
de importunas espuelas fatigados,
á grandes voces dicen á lo llano,
no estemos desta suerte arrinconados;
y con nuevo temor y desatino
toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada

cuando á lugar estrecho es reducida,
de diestros cazadores rodeada,
y de importunos tiros perseguida,
que viéndose ofendida y apretada,
una rompe el camino y la huida,
siguiendo las demas á la primera:
así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
corren á la bajada de la cuesta,
sin orden ni atencion apresurados;
como si al palio fueran sobre apuesta:
aunque algunos valientes ocupados
con firme rostro y con espada presta,
combatiendo animosos, no miraban
como así los amigos les dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
de remedio tan flaco y vergonzoso;
ántes en su batalla se mantienen,
trayendo el fin á término dudoso:
y con heroicos ánimos detienen
de los Indios el ímpetu furioso,
y la disposicion del duro hado
en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
contrastando al destino, que parece
que el valor Araucano disminuyen,
y el suyo con dificil prueba crece;

mas viendo á los amigos como huyen,
que á mas correr la gente desparece,
hubieron de seguir la misma via,
que ya fuera locura y no osadia.

Quiero mudar en lloro amargo el canto
que será á la sazon mas conveniente;
pues me suena en la oreja el triste llanto
del pueblo amigo y género inocente:
no siento el ser vencidos tanto, cuanto
ver pasar las espadas crudamente
por vírgenes, mugeres, servidores:
que penetran los cielos sus clamores.

La infantería Española sin pereza
y gente de servicio iban camino,
que el miedo les prestaba ligereza,
y mas de la que á algunos les convino;
pues con la turbacion y gran torpeza
muchos perdieron de la cuesta el tino,
ruedan unos los lomos quebrantados,
otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
los arroyos de sangre el llano riegan,
rompiendo el aire el llanto y alaridos
que en son desentonado al cielo llegan:
y las lástimas tristes y gemidos
(puestas las manos altas) con que ruegan,
y piden de la vida gracia en vano

al inclemente bárbaro inhumano.
El cual siempre les iba caza dando
con mano presta y pies en la corrida,
hiriendo sin respeto y derribando
la inútil gente, mísera, impedida,
que á la amiga nacion iba invocando
la ayuda en vano á la amistad debida,
poniéndole delante con razones
la deuda, el interes y obligaciones.
Y aunque mas las razones obligaban,
si alguno á defenderlos revolvia,
viendo cuanto los otros se alargaban
alargarse tambien le convenia:
ni á los que por amigos se trataban,
ni á las que por amigas se debia,
con quien habia amistad y cuenta estrecha,
llamar, gemir, llorar les aprovecha.
Que ya los nuestros sin parar en nada
por la carrera de su sangre roja,
dan siempre nueva furia á su jornada,
y á los caballos priesa y rienda floja:
que ni la voz de vírgen delicada,
ni obligacion de amigos los congoja:
la pena y la fatiga que llevaban
era que los caballos no volaban.
Sordos á aquel clamor, y endurecidos
miden con sueltos pies el verde llano;

pero algunos de lástima movidos
viendo el fiero espectáculo inhumano,
de una rabiosa cólera encendidos
vuelven contra el ejército Araucano
que corre por el campo derramado,
la mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven
haciendo al sexo tímido reparo,
y de suerte en los bárbaros se envuelven
que á mas de diez la vuelta costó caro;
por esto los primeros aun no vuelven,
que quieren que el partido sea mas claro,
y no poner la vida en aventura,
cuanto léjos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
de un lado y otro andaba igual trabada,
pecho con pecho vienen á juntarse,
lanza con lanza, espada con espada:
pueden los Españoles sustentarse;
que la gente Araucana derramada
el alcance sin órden proseguia,
haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas
que por el aire claro el vuelo tienden,
que de la compañera condolidas
por los chirridos la prision entienden,
las batidoras alas recogidas

á darle ayuda en círculo descienden:
el bárbaro escuadron desta manera
al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
viendo el tumulto y aire polvoroso,
deja el alcance; y de tropel concurre
al son de las espadas sonoroso:
cada Araucano con presteza ocurre
adonde era el favor mas provechoso,
y los sangrientos hierros en las manos;
cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
crece el son de las armas y refriega,
y los nuestros se van disminuyendo,
que en su ayuda y socorro nadie llega;
pero con grande esfuerzo combatiendo,
ninguno la persona á ciento niega;
ni allí se vió Español que se notase
que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
tuvieran el seguro de las vidas,
se meten, y se arrojan sin recelo
por las furiosas armas homicidas:
caen por tierra, y echan por el suelo,
dan, y reciben ásperas heridas,
que el número dispar, y aventajado
suple el valor, y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
la muerte y furia bárbara importuna,
el ímpetu y pujanza resistiendo
de la gente, del hado y la fortuna;
mas contrastar á tantos no pudiendo
sin socorro, favor, ni ayuda alguna,
dilatando el morir, les fué forzoso
volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
que van los delanteros como el viento;
usar de aquel remedio les convino,
y no del temerario atrevimiento;
muchos mueren en medio del camino
por falta de caballos, y de aliento,
y de sangre tambien, que el verde prado
quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
los bárbaros por pies los alcanzaban,
y en los rendidos dueños derribados
la fuerza de los brazos ensayaban:
otros de los peones empachados
digo de los cristianos que á pie andaban,
casi moverse al trote no podian,
que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
con las colas, ó acciones aferradas,
y en vano lastimosos representan

estrechas amistades olvidadas:
de si los de á caballo los ausentan,
si no pueden á ruego, á cuchilladas,
como á los mas odiosos enemigos,
que no era á la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
armas, grita y clamor triste se oia
de la gente Española, y de servicio
que á manos de los Indios perecia:
no se vió tan sangriento sacrificio,
ni tan estraña y cruda anatomía,
como los fieros bárbaros hicieron
en dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
de los lomos al vientre atravesados;
por medio de la frente otros hendidos;
otros mueren con honra degollados:
otros que piden medios y partidos,
de los cascos los ojos arrancados;
los fuerzan á correr por peligrosos
peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mugeres delicadas
el debido respeto no guardaban;
ántes con mas rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no tienen miramiento á las preñadas;
mas los golpes al vientre encaminaban,

y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.

Sube por la gran cuesta el que mas puede,
y paga el perezoso y negligente,
que á ninguno mas vida se concede
de cuanto puede andar ligeramente:
y al que torpe es forzoso que se quede
que no es en la carrera diligente,
que la muerte que airada atras venia
en afirmando el pie, le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
muchos á la alta cumbre han arribado,
adonde una albarrada hallaron hecha,
y el paso con maderos ocupado:
no tiene aquel camino otra desecha,
que el cerro casi entorno era tajado,
del un lado le bate la marina,
del otro un gran peñol con él confinâ.

Era de gruesos troncos mal pulidos
el nuevo muro en breve tiempo hecho
con arte unos en otros enjeridos
que cerraban la senda y paso estrecho;
dentro estaban los Indios prevenidos,
las armas sobre el muro y antepecho,
que segun orgullosos se mostraban,
al cielo, no á la gente amenazaban.

Viendo los Españoles ya cerrados

los pasos y cerrada la esperanza,
á pasar ó morir determinados,
poniendo en Dios la firme confianza;
de la albarrada un trecho desviados
prueban de los caballos la pujanza,
corriendo un golpe dellos á romperla,
y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,
que todo su trabajo no importaba:
ni al peligro hallaba la salida,
hasta que el viejo Villagran llegaba:
que vista la escusada arremetida
cuan poco en el remedio aprovechaba,
sin temor de morir, ni muestra alguna
dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo deribado
de la española raza, poderoso,
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
castaño de color, presto, animoso,
veloz en la carrera, y alentado,
de grande fuerza, y de ímpetu furioso,
y la furia sujeta y corregida
por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
bate el presto Español recio la hijada,
que sale con furioso movimiento
y encuentra con los pechos la albarrada:

no hace en el romper mas sentimiento
que si fuera en carrera acostumbrada,
abriendo tal camino, que pasaron
todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
el paso; pero al cabo no pudieron;
que por mas que las armas esgrimian,
los fuertes Españoles los rompieron:
unos hacia la mano diestra guian,
otros tan buen camino no supieron,
tomando á la siniestra un mal sendero
que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hacia el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
estos debian de ser antiguamente
por dó al agua bajaban los venados:
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,
y el remate tajado con un salto
de mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de natura no sabida,
ó por gran sequedad de aquella tierra,
ó algun diluvio grande y avenida
fue causa de tajarse aquella sierra:
pues por allí la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino

á dar derechamente en ella vino,

La inadvertida gente iba rodando,
que repararse un paso no podia,
el segundo al primero tropellando:
y el tercero al segundo recio envia:
el número se va multiplicando,
un cuerpo mil pedazos se hacia,
siempre rodando con furor violento
hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
cuando el terrible cuerpo estremeciendo,
sacude los peñascos de la cumbre
que vienen con gran ímpetu y estruendo
hechos piezas abajo en muchedumbre:
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene
de verle con presteza el fin procura,
ninguno por el otro se detiene,
que detenerse ya fuera locura:
rodar tambien alguno le conviene,
que mas de lo posible se apresura:
á caballo, y á pie, y aun de cabeza
llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
que muertos los señores han caido,

otros desocuparlos fué forzado,
que por flojos la silla habian perdido:
cual ligero cabalga, y cual turbado
del temor de la muerte ya impedido,
atinar al estribo no podia,
y el caballo y sazon se le huía.

No aguardaban por esto, mas corriendo
juegan á mucha priesa los talones,
al delantero sin parar siguiendo,
que no le alcanzarán á dos tirones:
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aun otros reservados solo al Papa,
si Dios deste peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
las orejas tremiendo derramadas,
quiérenlos aguijar; mas es en vano,
aunque recio les abren las hijadas:
el hermano no escucha al caro hermano,
las lástimas allí son escusadas,
quien dos pasos del otro se aventaja
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
siente el furioso toro avecinarse,
que piensa atribulado y temeroso
huyendo de aquel ímpetu salvarse;
y se aflige y congoja presuroso

por correr, y no puede menearse:
así estos á gran priesa á los caballos
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza,
sigue el alcance, y siempre los aqueja:
dichoso aquel que buen caballo alcanza,
que de su furia un poco mas se aleja:
quien la adarga abandona, quien la lanza,
quien de cansado el propio cuerpo deja,
y asi la vencedora gente brava
la fiera sed con sangre mitigaba.

A aquel que por desdicha atras venia,
ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
de espacio el mas ligero se movia,
quien el caballo trota, mucho corre:
el cansancio y la sed los afligia:
mas Dios que en el mayor peligro acorre,
frenó el ímpetu y curso al enemigo,
segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los Españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mugeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este Canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
á dó el temor jamas halló posada,
temor que honrosa muerte nos desvia
por una vida infame y deshonrada:
en los peligros grandes la osadia
merece ser de todos estimada,
el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
los cansados caballos aguijando;
pues tanto de temor se apresuraban
que les darémos crédito aun callando:

con los prestos calcaños lo afirmaban,
con piernas, brazos, cuerpo hijadeando:
tambien los Araucanos sin äliento,
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
en el largo y veloz curso aflojaron,
y por el gran teson desalentados
á seis leguas de alcance los dejaron:
los nuestros del temor mas aguijados,
al entrar de la noche se hallaron
en la estrema ribera de Biobío,
adonde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
de una gruesa cadena á un viejo pino:
los mas heridos dentro se metieron;
abriendo por las aguas el camino:
y los demas con ánimo atendieron
hasta que el esperado barco vino,
y con la diligencia comenzada
á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarian
del trabajo y heridas maltratados;
algunos casi rostros no traian;
otros los traen de golpes levantados:
del infierno parece que salian,
no hablan, ni responden elevados;
á todos con los ojos rodeaban,

y mas callando el daño declarāban.

Despues que dió el cansancio y torpe es-
licencia de decir lo que pasaba , (panto
dejando el pueblo atónito ya cuanto,
súbito en triste tono levantaba
un alboroto y doloroso llanto,
que el gran desastre mas solemnizaba,
y al son discorde y áspera harmonía
la casa mas vecina respondia.

Quien llora el muerto padre, quien marido,
quien hijos, quien sobrinos, quien hermanos,
mugeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos:
con el fresco dolor crece el gemido,
y los protestos de accidente vanos,
los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados
los muertos que murieron peleando,
y aquellos infelices despeñados:
mozas, casadas, viudas lamentando,
puestas las manos y ojos levantados,
piden á Dios para dolor tan fuerte
el último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
al son de dolorosos instrumentos;

mas el dia venido se atajabàn
con otro mayor mal estos lamentos:
diciendo que á gran furia se acercaban
los Araucanos bárbaros sangrientos,
en una mano hierro, en otra fuego,
sobre el pueblo Español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando
torpes y rudas lenguas desataba,
las cosas de Lautaro acrecentando,
los enemigos ánimos menguaba,
que ya cada Español casi temblando,
dando fuerza á la fama, levantaba
al mas flaco Araucano hasta el cielo,
derramando en los ánimos un yelo.

Levántase un rumor de retirarse,
y la triste ciudad desamparalla,
diciendo que no pueden sustentarse
contra los enemigos en batalla:
corrillos comenzaban á formarse,
la voz comun aprueba el despoblalla;
algunos con razones importantes
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
del temor, y el amor de la hacienda;
la poca gente, muertes y heridas
dicen que la ciudad no se defienda;
las haciendas y rentas adquiridas

al liberal temor cogen la rienda;
mas luego se esforzó y creció de modo,
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
desamparar el pueblo y propio nido,
el temeroso vulgo aun no lo entiende:
mas tiende oreja atenta á aquel ruido:
visto el público trato, mas no atiende,
que súbito, alterado y removido
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
poniendo un alarido en las estrellas.

Quien á su casa corre pregonando
la venida del bárbaro guerrero;
quien aguija la silla, procurando
cincharla en el caballo mas ligero:
las encerradas vírgenes llorando
por las calles sin manto, ni escudero,
atónitas de acá y de allá perdidas
á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas,
de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas, presurosas,
haciendo en poco espacio mil paradas,
ponen atenta oreja á todas cosas,
corren aquí y allí desatinadas:
así las tiernas vírgenes llorando,
á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
el llanto, la afliccion y el alarido:
tal vez hay que de súbito enmudece,
reduciendo el sentir solo al oido:
cualquier sombra Lautaro les parece,
su rigurosa voz cualquier ruido,
alzan la grita, y corren, no sabiendo
mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
los suspiros, clamores y lamento,
haciéndolos mayores cualquier cosa
que trae de nuevo el miedo por el viento;
desampara la turba temerosa
sus casas, posesion y heredamiento,
sedas, tapices, camas, recamados.
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas requiriendo
que no sea la ciudad desamparada,
responde el principal: yo no lo entiendo,
ni de mi voluntad soy parte en nada;
pero el temor un viejo posponiendo,
les dice: gente vil acobardada,
deshonra del honor y ser de España,
¿qué es esto? ¿dónde vais? ¿quién os engaña?

No fue esta correccion de algun provecho
ni otras cosas que el viejo les decia:
muestran todos hacerse á su despecho,

y van al que mas corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
digno de celebrarse hasta en el dia
que cese la memoria por la pluma,
y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama
en tiempo que á los hombres es negada:
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
volviendo atras los rostros afligidos
á las casas y tierras que dejaban,
oyendo de gallinas mil graznidos:
los gatos con voz hórrida maullaban,
perros daban tristísimos ahullidos:
Progne con la turbada Filomena
mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor Doña Mencía,
que dello daba indicio y muestra clara,
con la espada desnuda lo impedia,
y en medio de la cuesta y dellos para:
el rostro á la ciudad vuelto, decia:
¡ó valiente nacion, á quien tan cara

cuesta la tierra y opinion ganada
por el rigor y filo de la espada!

Decidme ¿qué es de aquella fortaleza,
que contra los que así temeis mostrastes?
¿qué es de aquel alto punto, y la grandeza
de la inmortalidad á que aspirastes?
¿qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
y el natural valor de que os preciastes?
¿adónde vais cuitados de vosotros,
que no viene ninguno tras nosotros?

¡O cuantas veces fuistes imputados
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender á medios necesarios;
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios,
y emprender y ácabar empresas tales
que distes á entender ser inmortales!

Volved á vuestro pueblo ojos piadosos
por vos de sus cimientos levantado:
mirad los campos fértiles, viciosos
que os tienen su tributo aparejado:
las ricas minas, y los caudalosos
rios de arenas de oro, y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido,
buscando á su pastor desconocido.

Hasta los animales que carecen

de vuestro racional entendimiento,
usando de razon, se condolecen,
y muestran doloroso sentimiento:
los duros corazones se enternecen
no usados á sentir, y por el viento
las fieras la gran lástima derraman:
y en voz casi formada nos infaman.

Dejais quietud, hacienda y vida honrosa
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir á casa agena embarazosa
á dó tendremos mísera acogida:
¿qué cosa puede haber mas afrentosa,
que ser huéspedes toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
les conviene, ó la muerte acelerada.

Volved, no vais así desa manera,
ni del temor os deis tan por amigos;
que yo me ofrezco aquí, que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos:
haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros sereis dello testigos:
volved, volved gritaba: pero en vano,
que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
que piensa reducir con persuasiones
al hijo del propósito dañado,
y está alegando en vano mil razones;

que al hijo incorregible y obstinado
le importunan y causan los sermones:
así al temor la gente ya entregada
no sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
por las sienes la Jáculo serpiente
sin perder de su vuelo ligereza,
llevándole la vida juntamente:
como la odiosa plática y braveza
de la dama de Nidos por la gente;
pues apénas entró por un oido,
cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática, del todo
llevados de su antojo, caminaban,
mugeres sin chapines por el lodo
á gran priesa las faldas arrastraban;
fueron doce jornadas deste modo,
y á Mapocho al fin dellas arribaban.
Lautaro que se siente descansado
me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
pues él no se descuida en nuestro daño,
y adonde le dejamos volverémos,
que fué donde dejó el alcance estraño:
en muy poco papel resumirémos
un gran proceso y término tamaño,
que fuera necesario larga historia

para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo ménos que pudiere,
y las cosas menudas de pasada
tocaré lo mejor que yo supiere:
pido que atenta oreja me sea dada,
que el cuento es grave y atencion requiere,
para que con furiosa y fácil pluma
los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado
volviendo al hijo de Pillan gozoso
que atras un largo trecho habia quedado,
mas por autoridad, que de medroso:
al general despachan un soldado,
alojándose el campo en el gracioso
valle de Talcamábida importante,
de pastos y comidas abundante.

Un barbaro valiente, que tenia
la estancia y heredad en aquel valle,
halló un Indio cristiano por la via;
pero no se preciando de matalle,
prisionero á su casa le traia,
y comienza en tal modo á razonalle:
la vida, oh miserable! quiero darte,
aunque no la mereces por tú parte.

Pues que ya que á la guerra tú venias;
gozando del honor de los guerreros

¿por qué con las mugeres te escondias
viendo á hierro morir tus compañeros?
muger debes de ser, pues que temias
tanto de alguna espada los aceros:
y así quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca á mi servicio.

Mandó que del oficio se encargase
que á la muger honesta es permitido,
y la posada y cena concertase,
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease:
y habiéndose á su cama recogido,
al mundo el sol dos vueltas habia dado,
y no habia el Araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto:
hasta que el claro sol dió luz al mundo
á la vuelta tercera; que despierto
pidió la usada ropa, y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto;
el diligente siervo respondia,
que despues de guisada estaba fria.

Diciéndole tambien como habia estado
cincuenta horas de término en el lecho,
del trabajo y manjares olvidado,
con todo lo demas que se habia hecho:
y que el comer estaba aparejado

si del sueño se hallaba satisfecho;
el bárbaro responde: no me espanto
de haber sin despertar dormido tanto;

Que el cuidoso Lautaro apercebido
por hacer desear vuestra llegada,
la gente en escuadrones ha tenido
con tanta disciplina castigada,
que aun el sentarnos era defendido
en acabando Apolo su jornada,
hasta que ya los rayos de su lumbre
nos daban de la vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movia,
sin esperar descargo le empalaba;
y aquel que de cansado se dormia,
en medio de dos picas le colgaba:
quien cortaba una espiga allí moria
demas de la racion que se le daba:
con órdenes estrechas y precetos
nos tuvo, como digo, así sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados
mas de catorce noches aguardando,
las picas altas, á ellas arrimados,
vuestra tarda venida deseando:
del sueño y del cansancio quebrantados
pasando gran trabajo, hasta cuando
supimos que llegábades ya junto,
que nos quitó el cansancio en aquel punto.

Viendo el silencio que en el valle habia,
le pregunta si el campo era partido,
el mozo dice: ayer ántes del dia
salió de aquí con súbito ruido:
afirmarte la causa no sabria,
aunque por claras muestras he entendido,
que la ciudad de Penco torreada
era del Español desamparada.

Así era la verdad: que caminado
habian los escuadrones vencedores
hácia el pueblo Español desamparado
de los inadvertidos moradores:
la codicia del robo, y el cuidado
les puso espuelas y ánimos mayores:
siete leguas del valle á Penco habia,
y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas ya la gente
se reparte por todos los caminos,
porque el saco del pueblo sea igualmente
lleno de ropa, y falto de vecinos:
apénas la señal del partir siente;
cuando cual negra banda de estorninos
que se abate al monton del blanco trigo,
baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
el presto asalto y fiera arremetida
de la bárbara furia, que deciende

con alto estruendo y con veloz corrida:
el ménos codicioso allí pretende
la casa mas copiosa y bastecida:
vienen de gran tropel hácia las puertas
todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
y en un punto escudriñan los rincones,
muchos por no engañarse por el tiento
rompen y descerrajan los cajones,
baten tapices, rimas y ornamento,
camas de seda y ricos pabellones,
y cuanto descubrir pueden de vista,
que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el troyano alojamiento,
sembrando Frigia sangre y vivo fuego,
talando hasta en el último cimiento:
cuanto de ira, venganza y furor ciego
el bárbaro del robo no contento
arruina, destruye, desperdicia,
y aun no puede cumplir con su malicia.

Quien sube la escalera, y quien la baja,
quien á la ropa, y quien al cofre aguija,
qnien abre, quien desquicia y desencaja,
quien no deja fardel, ni baratija,
quien contiende, quien riñe, quien baraja,
quien alega y se mete á la partija:

por las torres, desvanes y tejados
aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
priesa y solicitud cuando fabrican
en el panal la miel con providencia,
que á los hombres jamas lo comunican;
ni aquel salir, entrar y diligencia
con que las tiernas flores melificán,
se puede comparar, ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
la casa que le da cierta ventura;
que la insaciable voluntad sedienta
otra de mayor presa le figura:
haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y deja la segura,
y llegando el sol puesto á la posada,
se queda, por buscar mucho, sin nadá.

Tambien se roba entre ellos lo robado,
que poca cuenta y amistad habia,
siuo se pone en salvo á buen recado,
que allí el mayor ladron mas adquiria;
cual lo saca arrastrando, cual cargado
va, que del propio hermano no se fia:
mas parte á ningun hombre se concede
de aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen

las guardosas hormigas avisadas
que á la abundante troje van y vienen,
y andan en acarretos ocupadas,
no se impiden, estorban, ni detienen,
dan las vacías el paso á las cargadas:
así los Araucanos codiciosos
entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
que presto pone fuego al aposento;
no aguarda que los otros salgan fuera,
ni tiene al edificio miramiento:
la codiciosa llama de manera
iba en tanto furor y crecimiento
que todo el pueblo mísero se abrasa,
corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
los cielos amenaza el son horrendo,
de negro humo espeso y viva llama
la infelice ciudad se va cubriendo:
treme la tierra entorno, el fuego brama
de subir á su esfera presumiendo,
caen de rica labor maderamientos
resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra,
y adonde mas riquezas y tesoro
segun fama en sus términos se encierra.

O cuántos vivirán en triste lloro
que les fuera mejor continua guerra!
pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vió en próspera riqueza.

A quien diez, y á quien veinte, y á quien treinta
mil ducados por años les rentara
el mas pobre tuviera mil de renta,
de aquí ninguno dellos abajara:
la parte de Valdivia era sin cuenta
si la ciudad en paz se sustentara;
que entorno la cercaban ricas venas,
fáciles de labrar, y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
á los de la ciudad desamparada,
sacar tanto oro en cantidad podian,
que á tenerse viniera casi en nada:
esto que digo, y la opinion perdian,
por aflojar el brazo de la espada:
ganados, heredades, ricas casas,
que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
no cabe el gozo dentro de sus pechos,
viendo qne el fuego horrible no perdona
hermosas cuadras, ni labrados techos:
en tanta multitud no hay tal persona
que de verlos se duela así deshechos;
ántes suspiran, gimen, y se ofenden,

porque tanto del fuego se defienden.
Paréceles que es lento y espacioso,
pues tanto en abrarsarlos se tardaba;
y maldicen al tracio proceloso,
porque la flaca llama no esforzaba:
al caer de las casas sonoroso
un terrible alarido resonaba;
que junto con el humo y las centellas
subiendo amenazaba las estrellas.
Crece la fiera llama en tanto grado
que las mas altas nubes encendia:
tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venia,
y Vulcano al rumor sucio y tiznado
con los herreros fuelles acudia
que ayudaron su parte al presto fuego:
y así se apoderó de todo luego.
Nunca fué de Neron el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto,
vista sola á tal hombre deleitosa:
ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver como la llama se estendia,
y la triste ciudad se consumia.
Era cosa de oir, dura y terrible
los estallidos y fornace estruendo,

el negro humo espeso, é insufrible
cual nube en aire así se va imprimiendo:
no hay cosa reservada al fuego horrible,
todo en sí lo convierte, resumiendo
los ricos edificios levantados
en antiguos corrales derribados.
Llegado al fin el último contento
de aquella fiera gente vengativa,
aun no parando en esto el mal intento,
ni planta en pié, ni cosa dejan viva:
el incendio acabado, como cuento,
un mensagero con gran priesa arriba
del hijo de Leocan, y su embajada
será en el otro canto declarada.

CANTO VIII.

Juntanse los Caciques y Señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al Cacique Puchecalco, y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cauten.

Un limpio honor del ánimo ofendido
jamas puede olvidar aquella afrenta,
trayendo al hombre siempre así encogido,
que dello sin hablar da larga cuenta:
y en el mayor contento desabrido
se le pone delante, y representa
la dura y grave afrenta con un miedo,
que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran,
y al temor con esfuerzo resistieran;
sus haciendas y casas sustentaran,
ó en la justa demanda fenecieran:
de mil desabrimientos no gustaran,
ni al terrero del vulgo se pusieran,
del vulgo, que jamas dice lo bueno,
ni en decir los defectos tiene freno,

Pero de un bando y de otro contemplada
la diferencia en número de gentes,
la ciudad sin reparos, descercada,
con otra infinidad de inconvenientes
y el ver puestas al filo de la espada
las gargantas de tantos inocentes,
niños, mugeres, vírgenes sin culpa,
será bastante y lícita disculpa.

Sino es disculpa y causa lo que digo
se puede atribuir este suceso
á que fué del Señor justo castigo,
visto de su soberbia el gran esceso,
permitiendo que el bárbaro enemigo,
aquel que fué su subdito y opreso,
los eche de su tierra y posesiones,
y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
estaba á la sazon, pero gran parte
de barba blanca y arrugada frente,
inútil en la dura y bélica arte;
y poca de la edad mas suficiente
á resistir el gran rigor de Marte,
y á la parcial fortuna que se muestra
en todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando Lautarino
viendo que su opinion tanto crecia,
y la fortuna próspera el camino

en nuestro daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
cielo y arruinar su monarquía,
haciendo aquellos bárbaros bizarros
grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues al pueblo de Penco desolado
y de la fiera llama consumido,
dije como á gran priesa habia llegado
un Indio mensagero conocido,
que por Caupolican era enviado;
y habiendo de su parte encarecido
la gran batalla digna de memoria,
las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo tambien sin alargar razones
que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
y en el valle de Arauco se metiese,
donde el senado y junta de varones
tratasen lo que mas le conviniese:
pues en el fértil valle hay aparejo
para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
levanta el campo, sin parar camina:
deja gran tierra atras, y en poco rato
al monte Andalicano se avecina:
y por llegar de súbito rebato,
el camino torció por la marina,

ganosos de burlar al bando amigo,
tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del dia
dió sobre las escuadras de repente
con una barahunda y vocería,
que puso en arma y alteró la gente;
mas vuelto el alboroto en alegría,
conocida la burla claramente,
los unos y los otros sin firmarse
sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolican, alegre, humano y grave
los recibe, abrazando al buen Lautaro,
y con regalo y plática suave
le da prendas y honor de hermano caro:
la gente que de gozo en sí no cabe,
por la ribera de un arroyo claro
en juntas y corrillos derramada,
celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues desto,
ántes que el gran senado fuese junto,
tratando en su jornada y presupuesto
desde el principio al fin sin faltar punto;
pero al término justo y plazo puesto
llegó la demas gente, y todo á punto
los principales hombres de la tierra
entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido

con que Valdivia ante él fué presentado:
era de verde y púrpura tejido
con rica plata y oro recamado,
un peto fuerte, en buena guerra habido,
de fina pasta y temple relevado,
la celada de claro y limpio acero,
y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
á la española usanza se vestian:
la gente del comun y los soldados
se visten del despojo que traian:
calzas, jubones, cueros desgarrados
en gran estima y precio se tenian:
por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron
el venir á la junta así vestidos:
y en el consejo, como digo, entraron
ciento y treinta Caciques escogidos:
por su costumbre antigua se sentaron,
segun que por la espada eran tenidos;
estando en gran silencio el pueblo ufano,
así soltó la voz Caupolicano:

Bien entendido tengo yo, varones,
para que nuestra fama se acreciente,
que no es menester fuerza de razones,
mas solo el apuntarlo brevemente;

que segun vuestros fuertes corazones
entrar la España pienso facilmente ;
y al gran Emperador, invicto Carlo,
al dominio Araucano sujetarlo.

Los Españoles vemos que ya entienden
el peso de las mazas barreadas,
pues ni en campo, ni en muro nos atienden:
sabemos como cortan sus espadas,
y cuan poco las mallas los defienden
del corte de las hachas aceradas:
si sus picas son largas y fornidas,
con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero,
pues estoy del valor tan satisfecho,
que gruesos muros de templado acero
allanareis, poniéndoles el pecho:
con esta confianza el delantero
seguiré vuestro bando, y el derecho
que teneis de ganar la fuerte España,
y conquistar del mundo la campaña.

La deidad desta gente entenderémos,
y si del alto cielo cristalino
deciende, como dicen, abrirémos
á puro hierro anchísimo camino:
su género y linage asolarémos,
que no bastará ejército divino,
ni divino poder, esfuerzo y arte

si todos nos hacemos á una parte.

En fin, fuertes guerreros, como digo,
no puede mi intencion mas declararse:
aquel que me quisiese por amigo
á tiempo está que puede señalarse:
téngame desde aqui por enemigo
el que quisiere á paces arrimarse:
aquí dió fin, y su intencion propuesta;
esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento:
apénas al espíritu halló via
mientras duró el soberbio parlamento,
que el gran Caupolicano les hacia:
hubo en el responder el cumplimiento
y ceremonia usada en cortesía:
á Lautaro tocaba, y escusado,
Lincoya así responde levantado.

Señor: Yo no me he visto tan gozoso
despues que en este triste mundo vivo,
como en ver manifiesto el valeroso
ánimo dese invicto pecho altivo:
y así por pensamiento tan glorioso
me ofrezco por tu siervo y tu cautivo,
que no quiero ser rey del cielo y tierra
si hubiese de acabarse aquí la guerra.

Y en testimonio desto yo te juro
de te seguir y acompañar de hecho,

ni por áspero caso adverso y duro
á la patria volver jamas el pecho;
desto puedes, Señor, estar seguro,
y todo faltará y será deshecho,
antes que la palabra acreditada
de un hombre como yo por prenda dada.

Así dijo: y tras él, aunque rogado,
el buen Peteguelen Curaca anciano,
de condicion muy áspera enojado,
pero afable en la paz, fácil y humano,
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
señor de aquel hermoso y fértil llano,
con espaciosa voz y grave gesto
propuso en sus razones sabias esto.

Fuerte varon y capitan perfeto,
no dejaré de ser el delantero
á probar la fineza deste peto,
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas como quien lo entiende te prometo,
que falta por hacer mucho primero
que salgan Españoles desta tierra,
cuanto mas ir á España á mover guerra.

Bien será que, señor, nos contentemos
con lo que nos dejaron los pasados,
y á nuestros enemigos desterremos
que están en lo mas dello apoderados:
despues por el suceso entenderémos

mejor el disponer de nuestros hados:
esto á mí me parece, y quien quisiere
proponga otra razon, si mejor fuere.

Callando este Cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
y sin respeto así la voz levanta,
con un tono soberbio y atrevido:
diciendo: á mi la España no me espanta,
y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arruino á los cristianos,
ahora sean divinos, ahora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
no será para mí bastante guerra;
que pienso, si me esperan, confundirlos
en el profundo centro de la tierra;
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
que es la que deste mundo los destierrâ:
por eso no nos ponga nadie miedo;
que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

Y por mi diestro brazo os aseguro,
si la maza dos años me sustenta,
á despecho del cielo, á hierro puro
de dar desto descargo y buena cuenta,
y no dejar de España enhiesto muro,
y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
que despues que allanare el ancho suelo,
á guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados: es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos;
pensar que haya fortuna, es gran simpleza;
la fortuna es la fuerza de los brazos:
la máquina del cielo y fortaleza
vendrá primero abajo hecha pedazos,
que Tucapel en esta y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelen la vieja sangre fria
se le encendió de rabia, y levantado
le dice; ó arrogante! la osadia
(sin discrecion) jamas fué de esforzado:
pero Caupolican que conocia
del viejo ha tiempo el ánimo arrojado,
con discrecion le ataja las razones,
haciendo proponer á otros varones.

Puren se ofrece allí, y Angol se ofrece
no con menor braveza y desatiento;
Ongolmo no quedó, segun parece,
de mostrar su soberbio pensamiento:
del uno en otro multiplica y crece
el número en el mismo ofrecimiento:
Colocolo, que atento estaba á todo,
sacó la voz, diciendo de este modo:

La verde edad os lleva á ser furiosos,
ó hijos! y nosotros los ancianos
no somos en el mundo provechosos

mas de para decir consejos sanos,
que no nos ciegan humos vaporosos
del juvenil hervor y años lozanos:
y así como mas libres entendemos
lo que siendo mancebos no podemos.

Vosotros, capitanes esforzados,
de sola una vitoria envanecidos,
estais de tal manera levantados,
que os parecen ya pocos los nacidos:
templad, templad los pechos alterados,
y esos vanos esfuerzos mal regidos,
no hagais de Españoles tal desprecio;
que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces por dicha los vencistes,
mirad cuando primero aquí vinieron
que resistir sus fuerzas no pudistes;
pues mas de cinco veces os vencieron:
en el Lycureo campo ya lo vistes
lo que solos catorce allí hicieron:
no será poco hecho y buen partido
cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
redimir nuestra patria y libertarnos,
dando á vuestras bravezas ménos parte;
pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
O hijo de Leocan, quiero avisarte,
si quieres como sabio gobernarnos,

que temples esta furia, y con maduro
seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente
es; que el campo en tres bandas repartido;
á un tiempo, aunque por parte diferente,
dé sobre el Cauten pueblo aborrecido:
bien que esté en su defensa buena gente,
es poca; y este asiento destruido,
Valdivia de allanar fácil seria,
pues no alcanza arcabuz, ni artillería.

Solo á mí Santiago me da pena;
pero modo á su tiempo buscarémos
para poderla entrar, y la Serena
fácilmente despues la allanarémos;
aunque sujeto á lo que el hado ordena
es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sabio viejo,
á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curaca hechicero,
de la vejez descrepita impedido,
Puchecalco se llama el agorero,
por sabio en los pronósticos tenido:
con profundo suspiro, íntimo y fiero
comienza así á decir entristecido:
al negro Eponamon doy por testigo
de lo que siempre he dicho y ahora digo.

Por un término breve se os concede

la libertad, y habeis lo mas gozado;
mudarse esta sentencia ya no puede,
que está por las estrellas ordenado,
y que fortuna en vuestro daño ruede;
mirad que os llama ya el preciso hado
á dura sujecion y trances fuertes:
reparense aloménos tantas muertes.

El aire de señales anda lleno,
y las noturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro dia sereno,
mil prodigios funestos anunciando:
las plantas con sobrado humor terreno
se van, sin producir fruto, secando:
las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
cien mil agueros tristes lo confirman.

Mírolo todo, y todo contemplado,
no sé en que pueda yo esperar consuelo:
que de su espada el Orion armado
con gran ruina ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al Ocaso retirado,
solo Marte sangriento posee el cielo,
que denotando la futura guerra
enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa muerte irreparable
viene á nosotros con airada diestra,
y la amiga fortuna favorable,
con diferente rostro se nos muestra,

y Eponamon horrendo y espantable
envuelto en la caliente sangre nuestra,
la corva garra tiende el cerro yerto,
llevándonos al no sabido puerto.

Tucapel que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo, mas no entiende,
que dice; yo veré si adivinando,
de mi maza este necio se defiende:
diciendo esto, y la maza levantando,
la derriba sobre él, y así lo tiende
que jamas midió curso de planeta,
ni fué mas adivino, ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso
(segun la muestra) que movido estuvo
de dar tras el senado religioso,
y no sé la razon que lo detuvo:
Caupolican atónito y rabioso,
transportada la mente un rato estuvo;
mas vuelto en sí, con voz horible y fiera
gritaba: capitanes, muera, muera.

No le dió tanto gusto á aquella gente
lo que Caupolicano le decia,
cuanto al soberbio bárbaro impaciente
viendo que ocasion tal se le ofrecia:
era alto el tribunal; pero él valiente
los hace saltar dél tan á porfia
que ciento y treinta que eran, en un punto

saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
son los que en esta historia señalados,
que jamas de su asiento se mudaron
de donde los miraban sosegados,
que de ver uno solo no curaron
mostrarse por tan poco alborotados;
aunque los que saltaron de tan alto
en ménos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla,
saltó como un ligero y suelto pardo
en medio de la tímida canalla,
haciendo plaza el bárbaro gallardo:
con silvos grita en desigual batalla:
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro, ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
el liviano montante un buen maestro,
hiriendo con estraña ligereza
delante, atras, á diestro y á siniestro:
con mas desenvoltura y mas presteza,
mostrándose en los golpes fuerte y diestro
el fiero Tucapel, en la pelea
con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
ni para contentarse esto le basta,

solo de aquellos tristes hace cuenta
que su maza los hace torta ó pasta:
rompe, magulla, muele y atormenta;
desgobierna, destroza, estropea y gasta;
tiros llueven sobre él arrojadizos,
cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
por las espesas armas discurria,
brazos, cabezas y ánimos sin cuento
soberbios quebrantó en solo aquel dia:
y cual menuda lluvia por el viento,
la sangre y frescos sesos esparcia:
no discierne al pariente del estraño,
haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
de la canalla bárbara Araucana,
que en monton trabajaba de ofenderle;
mas el temor la ofensa hacia liviana:
era cierto admirable cosa verle
saltar y acometer con furia insana:
desmembrando la gente, sin poderse
de su maza y presteza defenderse.

Caupolican del caso no pensado
en tal furor y cólera se enciende,
que estaba de bajar determinado,
aunque su gravedad se lo defiende:
pero Lautaro alegre y admirado

miraba como solo así contiende
un hombre contra tanto barbarismo,
incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general con el debido
respeto y ojos bajos en el suelo,
le dice: una merced, señor, te pido,
si algo merece mi intencion y zelo,
y es, que el gran desacato cometido
perdones francamente á Tucapelo;
pues ha mostrado en campo claramente
valer él mas que toda aquella gente.

Perplejo el general estaba en duda;
pero mirando al fin quien lo pedia,
luego el ejecutivo intento muda,
y con el rostro alegre respondia:
él ha tenido en vos bastante ayuda,
por la cual le perdono: y mas decia
que fuese á las escuadras, y mandase
que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
el rico cuerno á retirar tocaba:
al son del cual se recogió la gente,
que recogerse á nadie le pesaba:
solo lo siente el bárbaro valiente
que satisfecho á su sabor no estaba;
y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
en alta y libre voz le dijo aquesto:

¿Cómo buen capitan has estorbado
el tomar desta vil canalla enmienda?
¿y verme destos rústicos vengado
para que mi valor mejor se entienda?
Lautaro le responde: es escusado
quien viniere contigo á la contienda
que se pueda valer contra tu diestra,
segun que dello has dado aquí la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
que ningun daño y mal te sobrevenga.
Tucapel le responde: yo te juro
que un paso ese temor no me detenga:
mi maza es la que á mi me da el seguro,
lo demas como quiera vaya y venga;
que el miedo es de los niños y mugeres:
sús, alto, vamos luego á dó quisieres.

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
subió por la escalera, no mostrando
punto de alteracion por lo pasado:
el sagaz general disimulando
con graciosa aparencia le ha tratado,
y de la rota plática el estilo
Lautaro, así diciendo, añudó el hilo.

Invicto capitan, yo he estado atento
á lo que estos varones han propuesto:
y no sé figurarte el gran contento

que me da ver su esfuerzo manifiesto:
si de servirte tengo sano intento,
mis obras por las tuyas dirán esto;
pues para ser del todo agradecidas,
será poco perder por tí mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte
quieren á restaurar la propia tierra,
porque en ello les va tambien su parte,
y por el vicio grande de la guerra:
no puedo yo dejar de aconsejarte,
aunque todo el consejo en tí se encierra,
aquello que mejor me pareciere,
y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
al consejo con término discreto
del sabio Colocolo, que por suerte
le supo ser en todo tan perfeto:
así que, gran Señor, sin detenerte:
cumple que esto se ponga por efeto;
ántes que los cristianos se aperciban,
porque mas flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido;
despues que lo demas esté allanado,
por el potente Eponamon te pido,
que el cargo de asolarle me sea dado;
la tierra palmo á palmo la he medido,
con Españoles siempre he militado,

entiendo sus astucias, é invenciones;
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos Araucanos solamente
quiero para la empresa que yo digo,
escogidos en toda nuestra gente;
un soldado de mas no ha de ir conmigo:
aquí lo digo, estando tú presente,
y estos sabios Caciques, que me obligo
de darte la ciudad puesta en las manos
con cien cabezas nobles de cristianos.

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
y gran rato sobre ello platicaron;
pareciéndoles modo provechoso
todos en este acuerdo concordaron;
despues dó estaba el pueblo deseoso
de saber novedades se bajaron,
donde lo difinido y decretado
con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
en grande regocijo y mucha fiesta,
ocupados en juegos y alegrías,
y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
despues contra los pueblos del Mesías,
la alborozada gente en orden puesta,
marcha Caupolican con la vanguardia,
quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso

de la Imperial, fundada en sitio fuerte,
donde el fiero enemigo vitorioso
la pensabá entregar presto á la muerte;
mas el eterno Padre poderoso
lo dispone y ordena de otra suerte,
dilatando el azote merecido,
como vereis, prestando atento oido.

CANTO IX.

Llegan los Araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les vino nueva que los Españoles estaban en el asiento de Penco, reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los Españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
como se vieron en la edad pasada,
es causa haber agora pocos santos,
y estar la ley cristiana autorizada:
y así de cualquier cosa hacen espantos
que sobre el natural uso es obrada;
y no solo al autor no dan creencia;
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
por su costumbre y tiempo convalece;
si al bajo miserable levantarle,
por modos ordinarios le engrandece;
si al soberbio hinchado derribarle,

por naturales términos se ofrece:
de suerte que las cosas desta vida
van por su natural curso y medida.

Por dó vemos que Dios quiere y procura
hacer su voluntad naturalmente;
sirviendo de instrumento la natura
sobre la cual él solo es el potente:
y así los que creyeren por fé pura
merecen mas, que si palpablemente
viesen lo que despues de ya visible
sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
que soy de poner dudas enemigo,
y es un estraño caso milagroso
que fué todo un ejercito testigo;
aunque yo soy en esto escrupuloso
por lo que dello arriba, señor, digo;
no dejaré en efeto de contarlo,
pues los Indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia,
que porque la ley sacra se estendiese,
nuestro Dios los milagros permitia,
y que el natural órden se excediese:
presumir se podrá por esta via,
que para que á la fé se redujese
la bárbara costumbre y ciega gente,
usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército Araucano
de la Imperial tres leguas se alojaba
en un dispuesto asiento y campo llano:
y que Caupolican determinaba
entrar el pueblo con armada mano;
tambien como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
de armas, de municion y vitualla;
bien que la gente della era escogida,
pero muy poca para dar batalla:
fuera por los cimientos destruida;
cualquier fuerza bastara á arruinalla,
y persona de dentro no escapara,
si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse,
que ya la trompa á caminar tocaba,
súbito comenzó el aire á turbarse,
y de prodigios tristes se espesaba:
nubes con nubes vienen á cerrarse,
turbulento rumor se levantaba:
que con airados ímpetus violentos
mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
las intrincadas nubes despedian,
rayos, truenos, relámpagos apriesa

rompen los cielos y la tierra abrian:
hacen los vientos áspera represa
que en su entera violencia competian;
cuanto topa arrebata el torbellino,
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
no hay corazon, no hay ánimo así entero,
que en tanta confusion, furia y tormenta,
no temblase, aunque mas fuese de acero:
en esto Eponamon se les presenta
en forma de dragon horrible y fiero
con enroscada cola envuelto en fuego,
y en ronca y torpe voz les habló luego.

Diciendoles: que apriesa caminasen
sobre el pueblo Español amedrentado,
que por cualquiera banda que llegasen
con gran facilidad seria tomado,
y que al cuchillo y fuego la entregasen
sin dejar hombre á vida y muro alzado;
esto dicho, que todos lo entendieron,
en humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
fueron sus movimientos aplacando,
y los desenfrenados cuatro vientos
se van á sus cavernas retirando;
las nubes se retraen á sus asientos,
el cielo y claro sol desocupando;

solo el miedo en el pecho mas osado
no dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
vistió el húmido campo de alegría,
cuando con claro y presuroso vuelo
en una nube una muger venia
cubierta de un hermoso y limpio velo,
con tanto resplandor, que al medio dia
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
á todos confortó con su venida:
venia de un viejo cano acompañada
al parecer de grave y santa vida:
con una blanda voz y delicada
les dice: ¿donde andais gente perdida?
volved, volved el paso á vuestra tierra,
no vais á la Imperial á mover guerra.

Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia,
pues ingratos, rebeldes, inhumanos
así le habeis negado la obediencia:
mirad no vais allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia:
diciendo esto y dejando el bajo suelo,
por el aire espacioso subió al cielo.

Los Araucanos la vision gloriosa

de aquel velo blanquísimo cubierta
siguen con vista fija y codiciosa,
casi sin alentar la boca abierta:
ya que desapareció fué estraña cosa,
que como quien atónito despierta
los unos á los otros se miraban,
y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento
sin esperar mandato ni otro ruego,
como si solo aquel fuera su intento,
el camino de Arauco toman luego:
van sin órden ligeros como el viento,
paréceles que de un sensible fuego
por detras las espaldas se encendian,
y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, Señor, de muchos informado,
porque con mas autoridad se cuente;
á veinte y tres de Abril que hoy es mediado
hará cuatro años cierta y justamente;
que el caso milagroso aquí contado
aconteció, un ejército presente,
el año de quinientos y cincuenta
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
segun que de los bárbaros se sabe,
y no de fingimientos adornada,
que es cosa que en materia tal no cabe:

tienen ellos por cosa averiguada
que no es en prueba desto poco grave,
que por esta vision hubo en dos años
hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores,
faltó la agua y vertientes de la sierra,
talando el sol en tierna edad las flores
ayudado del fuego de la guerra:
como creció la seca y las calores,
por falta de humidad la árida tierra
rompió banco y alzóse con los frutos,
dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
en el distrito y término Araucano,
y fué que carne humana se comiese
(enorme introducion, caso inhumano)
y en parricidio error se convirtiese
el hermano en sustancia del hermano:
tal madre hubo que al hijo muy querido
al vientre le volvió, dó habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
al valle de Puren, paterno suelo,
las armas por entónces arrimando,
dieron lugar al tempestuoso cielo:
en este tiempo, en estas partes, cuando
el encogido invierno con su yelo
del todo apoderándose en la tierra,

pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
dejan el campo y buscan los poblados,
cesa el fiero ejercicio comunmente,
la tierra cubren húmidos ñublados;
Mas cuando enciende á Escorpio el Sol ar-
y la frígida nieve los collados (diente,
sacuden de sus cimas levantadas,
ya de la nueva yerba coronadas.

En este tiempo el bullicioso Marte
saca su carro con horrible estruendo,
y ardiendo en ira belicosa, parte
por el dispuesto Arauco discurriendo:
hace temblar la tierra á cada parte
los ferrados caballos impeliendo,
y en la diestra el sangriento hierro agudo,
bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros
toman las armas, dejan el reposo,
acuden los remotos forasteros
al cebo de la guerra codicioso:
de los hierros renuevan los aceros,
templan la cuerda al arco vigoroso,
el peso de las mazas acrecientan,
y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera
con el son de las armas y bullicio,

que codiciosa comenzar espera
el deseado bélico ejercicio:
juntáronse á la usada borrachera
(órden antigua y detestable vicio)
la mas ilustre gente y señalada
á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
del bien y aumentacion de aquel Estado,
cuando cuatro soldados arrimaban
con triste muestra y paso apresurado;
haciéndoles saber como ya andaban
en el sitio de Penco arruinado
cantidad de Españoles trabajando,
un grueso y fuerte muro levantando.

Diciéndoles: venimos, ó guerreros;
de parte de los pueblos comarcanos
con facultad bastante á prometeros,
si desterrais de nuevo á los Cristianos,
que pagarán con sumas de dineros
el trabajo y labor de vuestras manos;
y no habiendo el efecto deseado,
la tercia parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia
que sin vuestro favor todos tenemos,
les dimos llanamente la obediencia
que en el tiempo infelice dar solemos:
no fué por opresion, no fué violencia,

pues aunque desdichados entendemos
cuan breve es el suspiro de la muerte,
que pone fin y límite á la suerte.

Mas porque estando Arauco tan vecino,
y fija en su favor la instable rueda,
la paz nos pareció mejor camino,
para que remediar todo se pueda:
ya que lo estrague el áspero destino,
tiempo para morir despues nos queda;
pues no estarán los brazos tan cansados
que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta
la embajada y gran priesa que tenemos,
en ella ora tratad, que la respuesta
con la resolucion esperarémos:
brevedad os pedimos, que con esta
podrá ser que sin riesgo derribemos
la soberbia española y confianza,
ántes que les dé esfuerzo la tardanza.

No se puede decir el gran contento
que les dió á los Caciques la embajada:
de todos desde allí en el pensamiento
ántes [illegible] se acabase fue acetada;
pero tuvieron freno y sufrimiento,
que la primera voz estaba dada
al hijo de Leocán, que consultado
así responde en nombre del Senado.

Estamos con razon maravillados
de lo que en este caso hemos oido,
¿y es verdad que hay cristianos tan osados
que quieren con nosotros mas ruido?
sús, sús, que estos varones esforzados
acetan la promesa y el partido:
no dando entero fin á la jornada,
del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podeis volver luego con esto,
que sin duda en efeto lo pondrémos,
y sobre los cristianos lo mas presto
que se puede dar órden, llegarémos:
donde se mostrará bien manifiesto
lo poco en que nosotros los tenemos;
pero habeis de advertir con sabio modo
que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los cuatro se partieron,
por llevar tal respuesta, y caminando
en breve á sus señores se volvieron,
que estaban por momentos aguardando:
y visto el buen despacho que trujeron,
el contento y traicion disimulando,
sufrian con discrecion las vejaciones,
encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
nadie toma la causa y la defiende,
conociendo que el medio mas barato

del Araucano ejército depende:
y con doble y solícito contrato
la esperada venganza se pretende
debajo de humildad y gran secreto,
para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
gran descuido en hablar he yo tenido;
mas como es en el mundo acostumbrado
desamparar la parte del vencido;
así yo tras el bando afortunado
he llevado camino tan seguido:
y si aquí la ocasion no me avisara,
jamas pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,
y de sus ciudadanos el camino:
púselos en el fin de la jornada,
dó forzoso dejarlos me convino:
pues volviendo á la historia comenzada
y al duro proceder de su destino,
estuvieron el tiempo en Santiago
que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí se reformaron
de todo el aparato conveniente,
donde por los mas votos acordaron
reedificar á Penco nuevamente:
con gran trabajo y gasto levantaron
pequeña copia y número de gente:

afirmar la ocasion desto no puedo,
si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco herboso habian llegado,
y un sitio que en mitad del pueblo habia
le tenian de tapion fortificado,
que en recogido cuadro le ceñia:
de dos fuertes bastiones abrigado,
que cada uno dos frentes descubria,
y á cada frente asiste una bombarda
que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
muestra la paz malvada aseguraba,
esperando la ayuda prometida
que á cencerros tapados caminaba;
pero no fué secreta esta partida,
pues entre los cristianos se trataba
que el valiente Lautaro habia pasado
las lomas con ejército formado.

Suénase que Puren allí venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que en orgullo y bizarria
no le igualaba bárbaro Araucano:
Ongolmo, Lemolemo, y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano:
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados

fueron para esta guerra apercebidos,
con otros dos mil práticos soldados
en el copioso ejército escogidos:
venian de fuertes petos arreados,
gruesas picas de hierros muy fornidos,
ferradas mazas, hachas aceradas,
armas arrojadizas y enhastadas.

Desta manera el escuadron camina
en la callada noche y sombra escura,
debajo del gobierno y diciplina
del cuidoso Lautaro que procura
llegar, cuando la estrella matutina
alegra el mustio campo y la verdura,
ántes que por aviso y doble trato
de su venida hubiese algun recato.

Pero los Españoles de un amigo
bárbaro que con ellos contrataba,
saben como el ejército enemigo
con riguroso intento se acercaba:
pues avisado desto, como digo,
y de cuanto en secreto se trataba,
al trance se aparejan y batalla,
requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitan de España
el noble Montañés Juan de Alvarado,
hombre sagaz, solícito y de maña,
de gran esfuerzo y discrecion dotado,

el cual con órden y presteza estraña
del presente peligro recatado,
sazon no pierde, tiempo y coyuntura;
ántes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados,
en su lugar cada uno dellos puesto:
manda á nueve guerreros mas cursados
que salgan á correr la tierra presto,
y en la cerrada noche confiados
llegan al campo bárbaro, y en esto
del callado escuadron fueron sentidos,
levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores;
el súbito alboroto de la guerra,
las sonorosas trompas y atambores
hacen gemir y estremecer la tierra:
en esto los astutos corredores,
atravesando una pequeña sierra,
toman la vuelta por mas corta via,
dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
de la fuerza lo flaco fortifica,
y en lo mas necesario allí reparte
gente del arcabuz y de la pica:
proveido recaudo en toda parte,
á recibir al Araucano pica
con la ligera escuadra de á caballo,

por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
sobre el claro horizonte se mostraba,
y el sol por el dorado y fresco oriente
de rojo ya las nubes coloraba:
á tal hora Alvarado con su gente
del prevenido fuerte se alejaba
en busca de la escuadra Lautarina,
que á mas andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
de aquel su muro léjos alongado,
cuando al calar de un monte descubrian
el Araucano ejército ordenado:
allí las limpias armas relucian
mas que el claro cristal del sol tocado,
cubiertas de altas plumas las celadas,
verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento cuando
sienten los Araucanos el ruido,
que las diestras en alto levantando
pusieron en el cielo un alarido?
mil instrumentos bárbaros tocando,
con grande orgullo y paso mas tendido
se vienen acercando á los de España,
sonando entorno toda la campaña.

Quieren los Españoles responderles
con el horrible son de armada mano;

calan el monte á fin de acometerles,
teniendo por mejor el sitio llano:
bajas las lanzas vienen á romperles;
pero la osada muestra salió en vano:
que los bárbaros ya diciplinados
de todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
con pie y con rostro firme hácia delante,
que no solo el encuentro repararon,
pero á desbaratarlos fué bastante:
los nuestros sin romper se retiraron,
y ellos gloriosos con furor pujante,
por dar remate al venturoso lance
siguen con pies ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
los nuestros resistiendo y peleando
hasta el estrecho paso de una puente,
que allí Lautaro al cuerno aliento dando;
el Araucano ejército obediente
se va al son conocido reparando:
del fuerte tanto estrecho esto seria
cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro con intento
de esperar al caliente mediodia,
porque de la mañana el fresco viento
los caballos y gente alentaria:
reforma su escuadron haciendo asiento

á vista de los nuestros, que á porfía
se habian al sitio fuerte recogido,
teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
no declinada á parte un solo punto,
y la aguda chicharra se entonaba
con un desapacible contrapunto:
el astuto Lautaro levantaba
su campo en escuadron cerrado y junto,
con grande estruendo y paso concertado
hácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desden y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
síguele atras la gente en ordenanza,
y él con gracioso término arrastraba
una larga, ñudosa y gruesa lanza
que airoso poco á poco la terciaba,
y tanto por el cuento la blandia
que juntar los estremos parecia.

Los pocos Españoles salen fuera,
que encerrados no quieren esperallos;
de arcabuces delante una hilera,
otra de picas luego, y los caballos
á los lados, y asi desta manera
con fiera muestra vienen á buscallos;
llegados donde ya podian herirse,
los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
los movidos ejércitos venian;
suenan los arcabuces asestados,
del humo, fuego y polvo se cubrian;
los corvos arcos con vigor flechados
gran número de tiros despedian:
vuelan nubadas de armas enhastadas
por los valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
van con rauda corriente sonorosa,
que resistiendo al tiempo de mezclarse,
aquella mas violenta y poderosa
á la ménos pujante sin pararse
volverla contra el curso es cierta cosa:
así á nuestro escuadron forzosamente
le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
del número de gente y movimiento,
al español el bárbaro llevaba
como á liviana paja el recio viento:
entran sin órden, que ya rota andaba,
todos mezclados en el fuerte asiento,
y dentro del cuadrado y ancho muro
comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos Españoles castigados
recogerse en la fuerza no quisieron;
que eran de corazones congojados,

y de verse en estrecho rehuyeron:
quieren el campo abierto, y por los lados
del turbado monton se dividieron;
pero los demas ser con mano osada
procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse,
la carrera mas larga otros tomaron,
que acordaron con tiempo guarecerse;
otros á la marina se llegaron,
metiéndose en un barco sin poderse
sufrir las corvas áncoras alzaron:
satisfaciendo al miedo y bajo intento,
las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
viendo levar el ancora á la nave,
no duda en arrojarse al mar furioso
teniendo aquel morir por ménos grave;
quien ántes no nadaba de medroso,
las olas rompe agora y nadar sabe:
mirad pues el temor á que ha llegado,
que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que estan en la fuerza retraidos
como buenos guerreros se defienden,
muertos quieren quedar y no vencidos,
que ya solo un honrado fin pretenden:
y con tal presupuesto embravecidos:
sin esperanza de vivir ofenden,

haciendo en los contrarios tal estrago
que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
en la fuerza el primero entrado habia,
y muerto á dos soldados en entrando
que en suerte le cupieron aquel dia:
Lincoya iba hiriendo y derribando;
¿mas quién podrá decir la bravería
de Tucapel, que el cielo acometiera,
si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puen- (te,
ántes con desenvuelto y diestro salto
libre el foso salvó ligeramente,
y estaba en un momento en lo mas alto:
no le pudo sèguir por allí gente,
él solo de aquel lado dió el asalto:
mas como si de mil fuera guardado,
se arroja luego en medio del cercado.

Apénas puso el pié firme en la plaza;
cuando el furioso bárbaro esgrimiendo
la ejercitada dura y gruesa maza,
iba los enemigos esparciendo:
no vale malla fina, ni coraza;
y las celadas fuertes, no pudiendo
sufrir los recios golpes que bajaban,
machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,

otros para en su vida lastimados,
á quien hunde el pescuezo por los pechos,
á quien rompe los lomos y costados:
cual si fueran de blanda cera hechos,
magulla, muele y deja derrengados,
y en el mayor peligro osadamente
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada
que hábia muerto á Turquin mozo animoso,
la maza alta, y la vista en él clavada,
rompe por el tropel de armas furioso:
no sé cual fué la espada señalada,
ni aquel brazo pujante y provechoso
que el mástil cercenó del Araucano,
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
no sintió la herida de repente;
mas cuando el brazo y golpe descargaba
que los dedos y maza faltar siente,
herida tigre hircana no es tan brava,
ni acosado leon tan impaciente
como el Indio, que lleno de postema,
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba,
y en ellas la persona mas levanta,
el brazo cuanto puede atras derriba,
y el trozo impele con violencia tanta

que á Ortiz que alta la espada sobre él iba,
la celada y los cascos le quebranta,
y del grave dolor desvanecido
dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado,
viene sobre él con furia acelerada,
y con la diestra aun no medrosa airado
á Ortiz arrebató la aguda espada:
alzándole la cota por un lado,
le atravesó de la una á la otra hijada;
y la alma del corporeo alojamiento
hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el Indio trueca,
sintiéndose tullido de la diestra,
y del golpe primero otro derrueca,
que tambien en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
el presto segador con mano diestra:
así aquel Tucapel con fuerza brava
brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por dó la ira
le llevaba furioso discurriendo,
unos hiere, maltrata, otros retira,
la espesa selva de astas deshaciendo:
acaso al padre Lobo un golpe tira
que contra cuatro estaba combatiendo,
el cual sin ver el fin de aquella guerra

dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.
El grave Leucoton no ménos fuerte
con el valor que el cielo le concede
hiere, aturde, derriba y da la muerte,
que en nadie en fuerza y ánimo le escede:
no sé como á escribirlo todo acierte,
que mi cansada mano ya no puede
por tanta confusion llevar la pluma,
y asi reduce mucho á breve suma.
Tambien Angol soberbio y esforzado
su corvo y gran cuchillo entorno esgrime:
hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
pero en esta sazon Juan de Alvarado
la furia de una punta le reprime:
que al tiempo que el furioso alfange alzaba,
por debajo del brazo le calaba.
No halló defensa la enemiga espada,
lanzándose por parte descubierta,
derecho al corazon hizo la entrada
abriendo una sangrienta y ancha puerta:
la cara ántes del jóven colorada
se vió de amarillez mustia cubierta;
descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.
El corpulento mozo Mareguano,
que airado á todas partes discurria,

llegó al tiempo que Angol por diestra mano
al riguroso hierro se rendia :
era su íntimo amigo y primo hermano,
de estrecho trato antiguo y compañía ;
pues fué siempre en la vida igual la suerte,
quiero, dijo, tambien que sea en la muerte.

Y contra el matador con repentina
rabia que el pecho y venas le abrasaba,
un macizo y fornido tronco empina,
y con fuerza sobre él lo derribaba :
mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado, que el ojo alerta estaba,
saca presto el caballo apercebido,
y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado;
Lepomande y Puren en compañia
habian asi á los nuestros apretado,
que ganaron gran crédito aquel dia :
Tome, Cayocupil, y el esforzado
Pillolco, Caniomangue ; y Lebopía,
Mareande, Elicurá, y Lemolemo
de su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
que los cóncavos cielos atronaba,
y era que la vitoria abiertamente
por el bárbaro infiel se declaraba :
ya la Española destrozada gente

al camino de Itata enderezaba,
desamparando el suelo desdichado
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
iban los Españoles la huida,
siempre mas el temor apresurando
con agudas espuelas la corrida:
sigue el alcance, y valos aquejando
la bárbara canalla embravecida,
envuelta en una espesa polvoreda,
matando al que por flojo atras se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
los anima y esfuerza, y no aprovecha:
que la turbada gente en tal rotura
huye la muerte y plaza tan estrecha:
cual encamina al monte, y cual procura
de Mapochó la senda mas derecha,
y cual y cual constante todavía
animoso con Atropos porfia.

Estos honrosa muerte deseando
despreciaban la vida deshonrada,
aquel forzoso punto dilatando
con raro esfuerzo y valerosa espada:
presto quedó la plaza sin un bando,
de almas vacía y de cuerpos ocupada,
que animosos los pocos que quedaban
á las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos:
otros de parte á parte atrevesados,
otros que de su sangre estan cubiertos
se rinden á la muerte desangrados:
al fin todos quedaron allí muertos,
del riguroso hierro apedazados:
vamos tras los que aguijan los caballos:
que no harémos poco en alcanzallos.

Quien por camino incierto, quien por senda
áspera, peligrosa, y desusada
bate al caballo, y dale suelta rienda,
que el miedo es grande, y grande la jornada:
el bárbaro escuadron con grita horrenda
por sierra, monte, llano y por cañada
las espaldas les iba calentando,
hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
gente armada por uno y otro lado,
que á la mira imparcial habia asistido
hasta ver el derecho declarado:
en esto alzando un súbito alarido
con el orgullo á vencedores dado,
baja las armas hasta allí neutrales
en daño de las señas Imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
de la Española gente que corria
con furia y ligereza mas que el viento,

sin hacerse uno á otro compañía;
la mucha turbacion y desatiento
que á los nuestros el miedo les ponia,
los lleva sin caminos, esparcidos
por sierras, valles, montes, por egidos.

Los que tienen caballos mas ligeros,
(ó cuan de corazon son envidiados!)
que poco se conocen compañeros
de largo tiempo y amistad tratados!
no aprovechan promesas de dineros,
ni de bienes allí representados:
tanto el miedo ocupado los habia,
que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereses despreciando,
se muestran alli poco codiciosos,
tras las ricas celadas arrojando
petos de fina plata embarazosos:
y así de las promesas no curando,
jugaban los talones presurosos,
solo las alas de Icaro quisieran,
aunque pasando el mar se derritieran.

Juan, y Hernando Alvarados la jornada
con el valiente Ibarra apresuraban,
animando la gente desmayada,
mas no por esto el paso moderaban;
abren por la carrera embarazada,
que ligeros caballos gobernaban;

y aunque con viva espuela los batian
alargarse de un Indio no podian.

Delante largo trecho de la gente
á los tres les da caza y atormenta
un espaldudo bárbaro valiente,
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
este solo los sigue osadamente,
y á voces con palabras los afrenta,
y los aprieta y corre á campo raso,
sin poderle ganar un solo paso.

Jo, jo, les va gritando: espera, espera,
que mas en castellano no sabia:
pero en su natural lengua primera
atrevidas injurias les decia:
tres leguas los corrió desta manera:
que jamas de las colas se partia
por mucho que aguijasen los rocines,
llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada
que no hay quien su faccion y forma diga:
era una gruesa haya mal labrada
de la grandeza y peso de una viga,
de metal la cabeza barreada,
y esgrímela el garzon sin mas fatiga
que el presto esgrimidor suelto y liviano
juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado

los caballos el bárbaro alcanzaba,
era de fuerza el golpe tan cargado
que casi derrengados los dejaba:
así cada caballo escarmentado
sin espuelas el curso apresuraba:
que jamas fué baqueta en la corrida
como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
del seguro monton y amigo bando,
no por esto la dura empresa deja,
ántes mas los persigue y va afrentando:
con prestos pies y maza los aqueja,
la nacion Española profanando,
en lenguage Araucano, que entendian
los tres que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos
dando sobre él con súbita presteza,
á todos tres les da llenas las manos
con su diabólica arma y ligereza:
entretanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
y volviendo los tres á su carrera,
el bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
afloja el curso y animoso brio,
antes cual correr suele sobre apuesta
tras las fieras el Puelche en desafio,

los corre, aflige, aprieta y los molesta,
y á díez millas de alcance, por dó un rio
el camino atraviesa, al mar corriendo,
se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia,
solo el contumaz Rengo porfiando
desistir de la empresa no queria,
aunque no ve persona de su bando:
los tres lasos cristianos á porfía
iban el ancho vado atravesando,
cuando Rengo cargó de una pesadá
piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado,
rodea el brazo dos veces, despidiendo
el tosco y gran guijarro así arrojado,
que el monte retumbó del sordo estruendo:
las ninfas por lo mas sesgo del vado
las cristalinas aguas revolviendo
sus doradas cabezas levantaron,
y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
ni afloja de la empresa que pretende,
ántes con silvos, grita y piedra espesa
la agua á mas de la cinta los ofende
y dándoles en esto mucha priesa,
el beber los caballos les defiende,
diciendo: sús, salid, salid á fuera,

que yo os manterné campo en la ribera.

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso
de la soberbia tema ya impaciente
dice á los dos: ¡ó caso vergonzoso,
que á tres nos siga un Indio solamente,
y triunfe de nosotros vitorioso!
no es bien que de Españoles tal se cuente:
volvamos, y de aquí jamas pasemos,
si primero morir no le hacemos.

Así dijo, y las riendas revolviendo,
segunda vez el vado atravesaban:
de morir, ó matarle proponiendo
los cansados caballos aguijaban:
en esto el Araucano conociendo
la cólera y furor con que tornaban,
olvidando la maza y presupuesto,
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
los tres á toda furia le siguieron,
aunque en valde tomaron esta pena,
que el Indio mas corrió que ellos corrieron:
faltos no de intencion, pero de lena,
de cansados las riendas recogieron,
y en un áspero sitio y peligroso
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
revolviendo á los tres con osadía,

y á falta de la maza acostumbrada
á menudo la honda sacudia:
de allí con mofa, silvos y pedrada
sin poderle ofender los ofendia,
por ser aquel lugar despeñadero,
y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado
el fin de lo que tanto deseaba,
dejando libre al bárbaro esforzado,
que bien de mala gana se quedaba;
pasa otra vez el ya seguro vado,
y al usado camino enderezaba
triste en ver que fortuna por tal modo
se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo Lautarino
de seguir el alcance grande rato:
iban los Españoles sin camino,
como ovejas que van fuera del hato:
de no seguirlos mas me determino,
que por lo que adelante dellos trato,
dejarlos por agora me es forzado
donde otras veces ya los he dejado,

Con la gente Araucana quiero andarme,
dichosa á la sazon y afortunada;
y como se acostumbra desviarme
de la parte vencida y desdichada:
por donde tantos van quiero guiarme,

siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence,
y todo el mundo es ya: viva quien vence.
¡Cuan usado es huir los abatidos:
y seguir los soberbios levantados,
de la instable fortuna favoridos,
para solo despues ser derribados!
al cabo estos favores reducidos
á su valor son bienes emprestados:
que habemos de pagar con siete tanto,
como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los Araucanos de las vitorias habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así estrangeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
y las dádivas prósperas reparte,
¡como al ánimo flaco fortalece
que de triste muger se vuelve un Marte,
y derriba, acobarda y enflaquece
el esfuerzo viril en la otra parte,
haciendo cuesta arriba lo que es llano,
y un gran cerro la palma de la mano!
¡Quién vió los Españoles colocados
sobre el mas alto cuerno de la luna
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡quién los ve en breve tiempo derribados!
quien ve en miseria vuelta su fortuna,
seguidos no de Marte, dios sanguino,
mas del tímido sexo femenino!
Mirad aquí la suerte tan trocada,

pues aquellos que al cielo no temian,
las mugeres á quien la rueca es dada
con varonil esfuerzo los seguian,
y con la diestra á la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimian,
que por el hado próspero impelidas
hacian crudos efetos y heridas.

Estas mugeres, digo, que estuvieron
en un monte escondidas, esperando
de la batalla el fin, y cuando vieron
que iba de rota el castellano bando,
hiriendo el cielo á gritos, decendieron,
el mugeril temor de si lanzando,
y de ageno valor y esfuerzo armadas,
toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre
tambien en la vitoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas:
no sienten, ni les daba pesadumbre
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas;
ántes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
y con ruegos al cielo se volvia,
porque á tal coyuntura en la carrera
mover mas presto el paso no podia.

Si las mugeres van desta manera,
¿la bárbara canalla cual iria?
de aquí tuvo principio en esta tierra
venir tambien mugeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,
y en el dudoso trance estan paradas;
pero si los contrarios son vencidos,
salen á perseguirlos esforzadas:
prueban la flaca fuerza en los rendidos,
y si cortan en ellos sus espadas,
haciéndolos morir de mil maneras,
que la muger cruel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron
hasta donde el alcance habia cesado;
y desde allí la vuelta al pueblo dieron
ya de los enemigos saqueado;
que cuando hacer mas daño no pudieron,
subiendo en los caballos que en el prado
sueltos sin órden y gobierno andaban,
á sus dueños por juego remedaban.

Quien hace que combate, y quien huia,
y quien tras el que huye va corriendo,
quien finge que está muerto, y se tendiá,
quien correr procuraba no pudiendo:
la alegre gente así se entretenia
el trabajo importuno despidiendo,
hasta que el sol rayaba los collados,

que el general llegó, y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
con gran priesa á abrazarse estrechamente;
pero algunos por mas que se esforzaban,
la envidia les hacia arrugar la frente:
francos los vencedores se mostraban,
repartiendo la presa entre la gente;
que aun en el pecho vil contra natura
puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
quiso Caupolican que se hiciese,
donde del Araucano ayuntamiento
la gente militar sola asistiese;
y con alegre muestra y gran contento,
sin que la popular se entremetiese,
en juegos, pruebas, danzas y alegriás
gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y ejercicios acabados,
para el valle de Arauco caminaron,
dó á las usadas fiestas los soldados
de toda la provincia convocaron:
fueron bastantes plazos señalados,
joyas de gran valor se pregonaron,
de los que en ellas fuesen vencedores,
premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
mas que los diligentes mensageros,

en un término breve apercibiendo
naturales, vecinos y estrangeros:
gran multitud de gente concurriendo,
creció el número tanto de guerreros,
que ocupaban las tiendas forasteras,
los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
que tanta gente estaba deseando,
al campo su color restituia,
las importunas sombras desterrando;
cuando la bulliciosa compañía
de los briosos jóvenes, mostrando
el juvenil hervor y sangre nueva,
en campo estaban, prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
el órden de los precios, y el primero
era un lustroso alfange guarnecido
por mano artificiosa de platero:
este premio fué allí constituido
para aquel que con brazo mas entero
tirase una fornida y gruesa lanza,
sobrando á los demas en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
cubierta de altas plumas de colores,
de un cerco de oro puro rodeada,
esmaltadas en él varias labores:
fué la preciada joya señalada

para aquel que entre diestros luchadores
en la difícil prueba se estremase,
y por señor del campo en pié quedase.
Un lebrel animoso remedado,
que el collar remataba una venera
de agudas puntas de metal herrado,
era el precio de aquel que en la carrera
de todas armas y presteza armado,
arríbase mas presto á la bandera,
que una gran milla léjos tremolaba,
y el trecho señalado limitaba.
Y de niervos un arco hecho por arte
con su dorada aljaba, que pendia
de un ancho y bien labrado talabarte
con dos gruesas hebillas de ataujía:
este se señaló y se puso aparte
para aquel que con flecha á puntería
ganando por destreza el precio rico,
llevase al papagayo el corvo pico.
Un caballo morcillo rabicano
tascando el freno estaba de cabestro,
precio del que con suelta y presta mano
esgrimiese el baston, mas como diestro:
por juez se señaló á Caupolicano,
de todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando
el jóven Orempello ya en el puesto
airosamente el manto derribando,
mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
y en la valiente diestra blandeando
una maciza lanza: luego en esto
se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo, y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,
las lanzas por los fieles igualadas,
á un tiempo las derechas sacudiendo,
fueron con seis gemidos arrojadas:
salen las astas con rumor crujiendo
de aquella fuerza é ímpetu llevadas,
rompen el aire, suben hasta el cielo,
bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la asta primera,
que falta de vigor á tierra vino:
tras ella la de Guambo, y la tercera
de Lepomande, y cuarta la de Crino;
la quinta de Mareande, y la postrera
haciendo por mas fuerza mas camino,
la de Orompello fué, mozo pujante,
pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron
de los que por mas fuertes se estimaban;
y aunque con fuerza estrema procuraron

sobrepujar el tiro, no llegaban:
otros tras estos, y otros seis probaron,
mas todos con verguenza atras quedaban;
y por no detenerme en este cuento,
digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
al tiro de Orempello señalado,
hasta que Leucoton, varon membrudo,
viendo que ya el probar habia aflojado,
dijo en voz alta: de perder no dudo;
mas porque todos ya me habeis mirado,
quiero ver deste brazo lo que puede,
y á do llegar mi estrella me concede.

Esto dicho la lanza requerida,
en ponerse en el puesto poco tarda;
y dando una ligera arremetida,
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
la lanza por los aires impelida
sale cual gruesa bala de bombarda,
ó cual furioso trueno, que corriendo
por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
de la señal y raya delantera,
rompiendo el hierro por el duro suelo
tiembla por largo espacio la asta fuera;
alza la turba un alarido al cielo,
y de tropel con súbita carrera

muchos á ver el tiro van corriendo,
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á pies median,
y examinan el peso de la lanza:
otros por maravilla encarecian
del esforzado brazo la pujanza:
otros van por el precio: otros hacian
al vencedor cantares de alabanza:
de Leucoton el nombre levantando,
le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello y por la turba hiende,
y aquel rumor colérico baraja,
diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
de solo el primer tiro la ventaja:
Caupolican la vara en esto tiende,
y á tiempo un encendido fuego ataja;
que Tucapel al primo habia acudido;
y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolican que estaba por juez puesto,
mostrándose imparcial discretamente,
la furia de Orompello aplaca presto
con sabrosas palabras blandamente;
y así no se altercando mas sobre esto,
conforme á la postura justamente
á Leucoton, por mas aventajado,
le fué ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfía,

y Leucoton quedando vitorioso;
Orompello á una parte se desvia,
del caso algo corrido y vergonzoso;
mas como sabio mozo lo encubria,
de verse en ocasiones deseoso
por dó con Leucoton y causa nueva
venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo, asaz valido
que desde su niñez fué muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y en ocasion metido valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linage generoso,
hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapel, y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
el campo dó la prueba se hacia,
el diestro Cayeguan, mozo esforzado,
á mantener la lucha se metia:
no pasó mucho, cuando de otro lado
con gran disposicion Torquin salia
de haber en él pujanza y ligereza,
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
los dos gallardos bárbaros se mueven,
ya los viérades juntos, ya apartados,
ora tienden el cuerpo, ora le embeben:

por un lado y por otro recatados
se inquieren, cercan, buscan y remueven,
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas, y ellos recogidos
en su fuerza procuran conocerse;
pero de ardor colérico encendidos
comienzan por el campo á revolverse:
cíñense pies con pies, y entretejidos
cargan á un lado y otro, sin poderse
llevar cuanto una mínima ventaja,
por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
metió la pierna diestra Cayeguano;
quiso Torquin ceñirla codicioso,
cargando con gran fuerza á aquella mano;
sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
del mismo peso y fuerza que traia
á los pies enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
el cual lanzando fuera los vestìdos,
descubre la persona corpulenta,
brazos robustos, músculos fornidos:
mírale la confusa turba atenta,
que de cuatro entre todos escogidos
este valiente bárbaro era el uno,

jamas sobrepujâdo de ninguno.

Con gran fuerza los ombros sacudiendo
se apareja á la lucha y desafio,
y al vencedor contrario apercibiendo,
le va á buscar con animoso brio:
de la otra parte Cayeguan saliendo
en medio de aquel campo á su alvedrio
vienen los dos gallardos á juntarse,
procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
y anduvo en duda la vitoria incierta;
mas luego Rengo dió señal patente
con que fué su pujanza descubierta,
que entre los duros brazos reciamente
al triste Cayeguan la boca abierta,
sin dejarle alentar, le retraia,
y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
en el aire gran pieza lo suspende:
Cayeguan sin color, desalentado
abre los brazos, y las piernas tíende:
viéndolo así rendido, el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
dejándole bajar, con poca pena
le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
y á su tienda en los ombros le llevaron;

todos la fuerza grande y el partido
de Rengo en alta voz solemnizaron:
pero cesando en esto aquel ruido,
á sus asientos luego se tornaron;
porque vieron que Talco aparejado
el puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
de recios miembros, y feroz semblante,
diestro en la lucha, y en las armas diestro,
ligero y esforzado, aunque arrogante;
y con todas las partes que aquí muestro,
era Rengo mas suelto y mas pujante,
usado en los robustos ejercicios,
que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia,
fiase mucho el uno en la destreza,
el otro en su vigor solo se fia:
en esto con estraña ligereza,
cuando ménos cuidado en Talco habia,
un gran salto dió Rengo no pensado,
cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
viendo venir lozano al suelto pardo,
el cuello bajo, lerdo y perezoso
con ronco son se mueve á paso tardo:
y en un instante súbito y furioso

salta sobre él con ímpetu gallardo,
y echándole la garra así le aprieta,
que le oprime, le rinde y le sujeta:

Desta manera Rengo á Talco afierrá,
y ántes que á la defensa se prevenga,
tan recio le apretó contra la tierra,
que el lomo quebrantado lo derrienga:
viéndolo pues así le desafierra,
y á su puesto esperando que otro venga
vuelve, dejando el campo con tal hecho
de su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
que á contrastar al bárbaro se atreva;
y así porque la noche ya venia,
se difirió la comenzada prueba
hasta que el carro del siguiente dia
alégranse los campos con luz nueva:
sonando luego varios instrumentos,
hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro dia saliendo de su tienda
el hijo de Leocan acompañado,
al cercado lugar de la contienda
çon altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama mas se estienda,
dando una vuelta entorno del cercado,
entró dentro con una bella muestra,
y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
sin que nadie la plaza le pisase;
que no se vió soldado tan dispuesto,
que viéndole el lugar vacio ócupase
pero ya Leucoton mirando en esto,;
que porque su valor mas se notase,
hasta ver el mas fuerte habia esperado,
con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruen-
entre el parlero vulgo se levanta (do
de ver estos dos juntos, conociendo
en uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucoton la persona recogiendo,
á recibir á Rengo se adelanta:
que con gallardo paso se venia
de esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al paragon dos animosos
que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
unas veces aguijan presurosos,
otras frenan el paso y lo detienen:
andan entorno y miran cautelosos,
y á todos los engaños se previenen;
pero no tardó mucho que cerraron,
y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pechos con pechos,
van las últimas fuerzas apurando;
ya se afirman y tienen muy estrechos,

ya se arrojan entorno volteando,
ya los izquierdos, ya los pies derechos
se enclavijan y enredan, no bastando
cuanta fuerza se pone, estudio y arte
á poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
la fuerza uno del otro resistiendo;
tanto forcejan, gimen, hijadean,
que los miembros se van entorpeciendo:
tiemblan de la fatiga y titubean
las cansadas rodillas, no pudiendo
comportar el teson y furia insana,
que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
cubiertos los dos bárbaros andaban;
y del fogoso y recio movimiento
roncos los pechos dentro resonaban:
ellos siempre con mas encendimiento,
sacando nuevas fuerzas, procuraban
llegar la empresa al cabo comenzada
por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
no se vió allí, ni de flaqueza indicio;
ambos jóvenes son de edad florida,
iguales en la fuerza y ejercicio;
mas la suerte de Rengo enflaquecida,
y el hado que hasta allí le fué propicio,

hicieron que perdiese á su despecho
del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado
engaste de un guijarro, y nuevamente
estaba de su encaje levantado
por el concurso y huella de la gente;
de esto el cansado Rengo no avisado,
metió el pié dentro, y desgraciadamente
cual cae de la segur herido el pino,
con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
resurte arriba del macizo suelo;
ni el águila que al robo cala de alto
sube en el aire con tan recio vuelo,
como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando al cielo,
se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra
y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la tierra madre recogido
cobraba fuerza y ánimo doblado:
así el airado Rengo embravecido,
que apénas en la arena habia tocado,
sobre el contrario arriba de tal suerte,
que al estremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente,

el público lugar considerando,
que abrasado de fuego y rabia ardiente,
se le fueron las fuerzas aumentando:
y furioso, colérico, impaciente
de suerte á Leucoton va retirando,
que apénas le resiset; y el suceso
oireis en el siguiente canto espreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, ántes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido vienen los Españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
á dar señal y muestra de flaqueza,
se ven en lugar público afrentados,
entónces manifiestan su grandeza;
fortalecen los miembros fatigados,
despiden el cansancio y la torpeza,
y salen fácilmente con las cosas
que eran ántes, Señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
que lleno de furor, y en ira ardiendo,
se le dobló la fuerza y el aliento:
y al enemigo fuerte no pudiendo
ganarle ántes un paso, agora ciento
alzado de la tierra lo llevaba,
que aun afirmar los pies no le dejaba.

Adelante la cólera pasara,
y hubiera alguna brega en aquel llano,
si receloso desto no bajara
presto de arriba el hijo de Pillano,
que de Caupolican traia la vara,
y el propio los aparta de su mano:
que no fué poco en tanto encendimiento
tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
despartida la lucha ya enconada,
le fué á Rengo su honor restituido,
mas quedó sin derecho á la celada:
aun no estaba del todo definido,
ni la plaza de gente despejada,
cuando el mozo Orompello dijo presto:
mi vez ahora me toca, mio es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacia,
esperando aquel tiempo deseado,
viendo que Leucoton ya mantenia,
del tiro de la lanza no olvidado:
con gran desenvoltura y gallardia
salta el palenque y entra el estacado,
y en medio de la plaza, como digo,
llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
creció, porque parando el pueblo en ello,
conoce por allí cuan descontento

del fuerte Leucoton está Orompello:
témese que vendrán á rompimiento;
mas nadie se atraviesa á defendello,
ántes la plaza libre les dejaron,
y los vacios lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
la mas parte á Orompello se inclinaba;
mira los bellos miembros, y el airoso
cuerpo que á la sazon se desnudaba:
la gracia, el pelo crespo, y el hermoso
rostro, donde su poca edad mostraba,
que veinte años cumplidos no tenia,
y á Leucoton á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes
las fuerzas destos dos por la apariencia,
viendo del uno el talle, y los valientes
niervos, edad perfeta, y esperiencia:
y del otro los miembros diferentes,
la tierna edad y grata adolecencia,
aunque á tal opinion contradecia
la muestra de Orompello, y osadia.

Que puesto en su lugar, ufano espera
el son de la trompeta, como cuando
el fogoso caballo en la carrera
la seña del partir está aguardando:
y cual halcon que en la húmida ribera
ve la garza de léjos blanqueando,

que se alegra y se pule ya lozano,
y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
aquel alegre son para moverse,
que de ver la tardanza, imaginaba,
que habian impedimentos de ofrecerse:
visto que tanto ya se dilataba,
queriendo á su sabor satisfacerse,
derecho á Leucoton sale animoso,
que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
quedando mudos todos los presentes,
en medio de la plaza mano á mano
salen á se probar los dos valientes;
como cuando el lebrel, y fiero alano,
mostrándose con ronco son los dientes,
yertos los cerros, y ojos encendidos,
se vienen á morder embravecidos.

De tal modo los dos amordazados,
sin esperar trompeta, ni padrino,
de coraje, y rencor estimulados,
de medio á medio parten el camino:
y en un instante iguales, aferrados
con estremada fuerza, y diestro tino,
se ciñeron los brazos poderosos,
echándose á los pies lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,

los lleva, arroja, y vuelve á todos lados;
viéranlos sin mudarse á veces tales,
que parecen en tierra estar clavados:
donde ponen los pies, dejan señales,
cavan el duro suelo, y apretados
juntándose rodillas con rodillas,
hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza, y maña
usaba, que en tal tiempo usar podia;
viendo el duro teson y fuerza estraña
que en su recio adversario conocia:
revuélvense los dos por la campaña,
sin conocerse en nadie mejoría;
pero tanto de acá y de allá anduvieron,
que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron

Fué tan presto el caer, y en el momento
tan presto el levantarse, por manera
que no se puede decir que el mas atento
á mover la pestaña no lo viera:
ventaja ni señal de vencimiento
juzgarse por entónces no pudiera,
que Leucoton arrodilló en el llano;
y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron;
y á cada lado el suyo retirando,
en disputa la lucha resumieron,
sus puntos y razones alegando:

de entrambas partes gentes acudieron,
la porfía y rumor multiplicando,
quien daba al uno el precio, honor y gloria
quien cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo que estaba en un asiento
á la diestra del hijo de Pillano,
visto lo que pasaba en el momento
salta en la plaza, la ferrada en mano:
y con aquel usado atrevimiento
dice: el precio ganó mi primo hermano,
y si alguno esta causa me defiende,
haréle yo entender que no lo entiende.

La joya es de Orompello, y quien bastante
se halla á reprobar el voto mio,
en campo estamos: hágase adelante,
que en suma le desmiento y desafio:
Leucoton con un término arrogante
dice: yo amansaré tu loco brio,
y el vano orgullo y necio devaneo,
que mucho tiempo ha ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
juego tenemos ya, dijo Orompello:
responde Leucoton fiero y airado,
contigo y con tu primo quiero habello:
Caupolican en esto era llegado,
que del supremo asiento viendo aquello,
habia bajado á la sazon confuso,

y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton, y Orompello, conociendo
que el gran Caupolican allí venia,
las enconosas voces reprimiendo,
cada cual por su parte se desvia;
mas Tucapel, la maza revolviendo,
que otro acuerdo, ó concierto no queria,
lleno de ira diabólica no calla,
llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
del hijo de Leocan, ni de otra gente,
diciendo que á Orompello la celada
le den por vencedor y mas valiente:
despues, que en plaza franca y estacada
con Leucoton le dejen libremente,
donde aquella disputa se decida,
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolican en este aprieto,
lleno de rabia, y de furor movido,
le dice: haré que guardes el respeto,
que á mi persona y cargo le es debido.
Tucapel le responde: yo prometo
que por temor no baje del partido;
y aquel que en lo que digo no viniere,
haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho
en lo que justo pido me guardares,

y mientras que con recto y sano pecho
la causa sin pasion desto mirares:
mas si contra razon, solo de hecho,
torciendo la justicia, lo llevares,
por tí, y tu cargo, y todo el mundo junto
no perderé de mi derecho un punto.

Caupolican, perdida la paciencia,
se mueve á Tucapel determinado:
mas Colocolo, viejo de esperiencia,
que con temor le andaba siempre al lado,
le hizo una atacada resistencia,
diciendo: ¿estás, señor, tan olvidado
de tí y tu autoridad, y salud nuestra,
que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, señor, que todo se aventura,
mira que estan los mas ya diferentes:
de Tucapel conoces la locura,
y la fuerza que tiene de parientes:
lo que enmendar se puede con cordura,
no lo enmiendes con sangre de inocentes:
dale á Orompello el contenido precio,
y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
quieres poner en riesgo lo que queda,
puesto que sobre fijo fundamento
fortuna á tu sabor mueva la rueda;
y el juvenil furor y atrevimiento

castigar á tu salvo te conceda;
queda tu fuerza mas disminuida,
y al fin tu autoridad ménos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
que el límite Araucano han estendido,
y en las fieras naciones apartadas
hacen que sea tu nombre tan temido:
si agora han sido aquí desacatadas,
mira lo que otras veces han servido
en trances peligrosos, derramando
la sangre propia y del contrario bando.

Imprimieron así en Caupolicano
las razones y zelo de aquel viejo,
que frenando el furor dijo: en tu mano
lo dejo todo, y tomo ese consejo:
con tal resolucion el sabio anciano
viendo abierto camino y aparejo,
habló con Leucoton, que vino en todo,
y á los primos despues del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
que en tal discordia y caso tan diviso,
lo que el mundo universo no pudiera,
pudo su discrecion y buen aviso:
fuélos pues reduciendo de manera
que vinieron á todo lo que quiso,
pero con condicion que la celada
por precio de Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traida,
al ufano Orompello le fué puesta;
y una cuera de malla guarnecida
de fino oro á la par vino con esta;
y al mismo tiempo á Leucoton vestida,
todos conformes en alegre fiesta
á las copiosas mesas se sentaron,
donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del dia
les quedaba, las mesas levantadas,
se pasó en regocijo y alegría,
tejiendo en corros danzas siempre usadas;
donde un número grande intervenia
de mozos y mugeres festejadas;
que las pruebas cesaron y ocasiones,
atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el orizonte cierra,
y con la negra sombra el mundo abraza,
los principales hombres de la tierra
se juntaron en una antigua plaza
á tratar de las cosas de la guerra,
y en el discurso dellas dar la traza,
diciendo, que el subsidio padecido
habia de ser con sangre redimido.

Salieron con que al hijo de Pillano
se cometiese el cargo deseado,
y el número de gente por su mano

fuese absolutamente señalado:
tal era la opinion del Araucano,
y tal crédito y fama habia alcanzado;
que si asolar el cielo prometiera,
crédito á la promesa se le diera:

Y entre la gente jóven mas granada
fueron por él quinientos escogidos,
mozos gallardos de la vida airada,
por mas bravos que práticos tenidos:
y hubo de otros por ir esta jornada
tantos ruegos, protestas y partidos,
que escusa no bastó, ni impedimento
á no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
amigos de inquietud, facinerosos,
en el duro trabajo egercitados,
perversos, disolutos, sediciosos,
á cualquiera maldad determinados,
de presas, y ganancias codiciosos,
homicidas, sangrientos, temerarios,
ladrones, bandoleros y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
hasta Maule, de paz atrevesando,
y las tierras despues por dó pasaba
las iba á fuego y sangre sujetando:
todo sin resistir se le allanaba,
poniéndose debajo de su mando;

los Caciques le ofrecen francamente
servicio, armas, comida, ropa y gente.
Así que por los pueblos y ciudades
la comarca los bárbaros destruyen;
talan comidas, casas y heredades,
que los indios de miedo al pueblo huyen:
estupros, adulterios y maldades
por violencia sin término concluyen,
no reservando edad, estado y tierra,
que á todo riesgo y trance era la guerra.
No paran con la gana que tenian
de venir con los nuestros á la prueba:
los indios comarcanos que huian,
llevan á la ciudad la triste nueva:
rumores y alborotos se movian,
el bélico bullicio se renueva,
aunque algunos que el caso contemplaban,
á tales nuevas crédito no daban.
Dicen, que era locura claramente
pensar que asi una escuadra desmandada
de tan pequeño número de gente
se atreviese á emprender esta jornada:
y mas contra ciudad tan eminente,
y léjos de su tierra, y apartada;
pero los que de Penco habian salido
tienen por mas el daño que el ruido.
Votos hay que saliesen al camino,

estos son de los jóvenes briosos:
otros que era imprudencia y desatino
por los pasos y sitios peligrosos:
á todo con presteza se previno,
que de grandes reparos ingeniosos
el pueblo fortalecen, y en un punto
despachan corredores todo junto.

Debajo de un caudillo diligente,
que verdadera relacion trujese,
del número y designio de la gente,
con comision, si lance le saliese
á su honor y defensa conveniente,
que al bárbaro escuadron acometiese;
volviendo á rienda suelta dos soldados,
para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
abrevio con decir que se partieron,
y al cuarto dia con ánimo esforzado
sobre el campo enemigo amanecieron:
travóse el fuego, y no duró travado,
que los bárbaros luego les rompieron;
y todos con cuidado y pies ligeros
revolvieron á ser los mensageros.

Sin aliento, cansados y afligidos,
vuelven con testimonio asaz bastante
de como fueron rotos y vencidos
por la fuerza del bárbaro pujante,

lasos, llenos de sangre, mal heridos,
con pérdida de un hombre el cual delante,
y en medio de los campos desmandado,
á manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia
adonde con sus bárbaros se acoje,
y que infinita gente le acudia,
de la cual la mas diestra y fuerte escoje:
tambien que bastimentos cada dia,
y cantidad de municion recoje;
afirman lo por cierto fuera desto,
que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello ántes estaba,
teniendo allí el venir por desvarío,
á tan clara señal crédito daba,
helándole la sangre un miedo frio:
quien de pura congoja trasudaba;
que de Lautaro ya conoce el brio:
quien con ardiente y animoso pecho
bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran, que enfermado acaso habia,
no puede á la sazon seguir la guerra;
mas con ruegos y dádivas movia
la gente mas gallarda de la tierra:
y por caudillo en su lugar ponia
un caro primo suyo, en quien se encierra
todo lo que conviene á buen soldado;

Pedro de Villagran era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
en demanda del bárbaro Lautaro,
y el cargo que tan loco desatino
como es venir allí, le cueste caro:
dióse tal priesa á andar, que presto vino
á la corva ribera del rio claro,
que vuelve atras en círculo gran trecho,
despues hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto,
de donde estaba el bárbaro alojado,
en el lugar mejor y mas dispuesto,
y allí, por ver la noche, ha reparado:
estaba á cualquier lance y rumor presto,
de guardia y centinelas rodeado,
cuando sin entender la cosa cierta,
gritaban: arma, arma, alerta, alerta.

Esto fué, que Lautáro habia sabido
como allí nuestra gente era llegada,
que despues de la haber reconocido
por su misma persona y numerada,
volvióse sin de nadie ser sentido,
y mostrando estimarlo todo en nada,
hizo de los caballos que tenia
soltar el de mas furia y lozanía.

Diciendo en alta voz: si no me engñao,
no deben de saber que soy Lautaro,

de quien han recibido tanto daño,
daño que no tendrá jamas reparo:
mas porque no me tengan por estraño,
y el ser yo aquí venido sea mas claro,
sabiendo con quien vienen á la prueba,
quiero que este rocin lleve la nueva.

Diez caballos, Señor, habia ganado
en la refriega y última revuelta,
el mejor ensillado y enfrenado,
porque diese el aviso cierto, suelta:
siendo el feroz caballo amenazado,
hácia el campo español toma la vuelta,
al rastro y al olor de los caballos,
y esta fué la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
que dió mas fuerza al arma y mayor fuego:
la gente recatada se levanta
con sobresalto y gran desasosiego;
el escándalo tanto no fué, cuanta
era despues la burla, risa y juego,
de ver que un animal de tal manera
en arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
hasta el nuevo apuntar de la mañana,
que con ánimo y firme presupuesto
de vencer ó morir, de buena gana
salen del sitio, y alojado puesto

contra la gente bárbara Araucana,
que no ménos estaba àcodiciada
del venir al efecto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia;
que quien fuera del muro un paso diese
como por crímen grave y rebeldía,
sin otra informacion luego muriese:
así el temor frenando á la osadía,
por mas que la ocasion la comoviese
las riendas no rompió de la obediencia;
ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto,
no dejando salir soldado fuera,
quiere que su partido sea mas cierto,
encerrando á los nuestros de manera,
que no les aproveche en campo abierto
de ligeros caballos la carrera;
mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el órden así, que acometiendo
la plaza, al tiempo del herir volviesen
las espaldas los bárbaros, huyendo,
porque dentro los nuestros se metiesen:
y algunos por defuera revolviendo,
ántes que los cristianos se advirtiesen,
ocuparles las puertas del cercado,
y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los Indios aguardaban
á la gente española que venia,
y en viéndola asomar la saludaban,
alzando una terrible vocería:
soberbios desde allí la amenazaban
con audacia, desprecio y bizarría;
quien la fornida pica blandeando,
quien la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
cuando aquellos que cerca los desean,
con silvos y rumor, de los tablados,
seguros del peligro los torean,
y en su daño los hierros amolados,
sin miedo amenazándolos, blandean:
así la gente bárbara Araucana
del muro amenazaba á la Cristiana.

Los Españoles siempre con semblante
de parecerles poca aquella caza,
paso á paso caminan adelante
pensando de allanar la fuerte plaza,
en alta voz diciendo: no es bastante
el muro, ni la pica y dura maza
á estorbaros la muerte merecida
por la gran desvergüenza cometida.

Llegados de la fuerza poco trecho,
reconocida bien por cada parte,
pónenle el rostro, y sin torcer derecho

asaltan el fosado baluarte:
por acabado tienen aquel hecho,
de los bárbaros huye la mas parte,
ganan las puertas francas con gran gloria,
cantando en altas voces la victoria.

No hubiera relacion deste contento,
si los primeros Indios aguardaran
tanto espacio y sazon cuanto un momento,
que las puertas los últimos tomaran:
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento,
ni poderse abstener, luego reparan,
haciendo la señal que no debian,
hiceron revolver á los que huian.

Como corre el caballo cuando ha olido
las yeguas que atras quedan y querencia,
(que allí el intento inclina y el sentido)
gime y relincha con zelosa ausencia,
afloja el curso, atras tiende el oido,
alerto á si el señor le da licencia,
que á dar la vuelta aun no le ha señalado
cuando sobre los pies ha volteado.

De aquel modo los bárbaros huyendo
con muestra de temor (aunque fingida),
firman el paso presuroso, oyendo
la alegre y cierta seña conocida:
y en contra de los nuestros esgrimiendo
la cruda espada, al parecer rendida,

vuelven con una furia tan terrible,
que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
siguen las graves olas el camino,
y con furioso y recio movimiento
salta el contrario coro repentino:
que las arenas del profundo asiento
las saca arriba en turbio remolino,
y las hinchadas olas revolviendo,
al tempestuoso coro van siguiendo:

De la misma manera á nuestra gente
que el alcance sin término seguia,
la súbita mudanza de repente
le turbó la victoria y alegría:
que sin se reparar, violentamente
por el mismo camino revolvia,
resistiendo con ánimo esforzado
el número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso rio de fama,
la presa y palizada desatando,
por inculto camino se derrama,
los arraigados troncos arrancando:
cuando con desfrenado curso brama,
cuanto topa delante arrebatando,
y los duros peñascos enterrados
por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante

los Indios á los nuestros arrancaron;
y sin pararles cosa por delante,
en furiosa corriente los llevaron:
hasta que con veloz furor pujante
de la cerrada plaza los lanzaron:
que el miedo de perder allí la vida
les hizo él paso llano á la salida.

De mas priesa y con pies mas desenvueltos
los sueltos Españoles que á la entrada,
en una polvorosa nube envueltos
salen del cerco estrecho, y palizada:
entre ellos van los bárbaros revueltos;
una gente con otra amontonada,
que sin perder un punto se herian
de manos y de pies como podian.

No el alzado antepecho, y agujeros
que fuera del entorno habia cavados,
ni la fagina y suma de maderos
con los fuertes vejucos amarrados,
detuvieron el curso á los ligeros
caballos, de los hierros hostigados,
que como si volaran por el viento,
salieron á lo llano en salvamento.

Los Españoles sin parar corriendo
libre la plaza á los contrarios dejan,
que la fortuna próspera siguiendo,
con prestos pies y manos los aquejan:

pero los nuestros el morir temiendo,
siempre alargan el paso, y mas se alejan,
deteniendo á las veces flojamente
la gran furia, y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habia corrido
á toda furia por la seca arena,
solo Lautáro no los ha seguido,
lleno de enojo y de rabiosa pena:
viendo el poco sosten del mal regido
campo, tan recio el rico cuerno suena,
que los mas delanteros los sintieron,
y al son, sin mas correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
que mirarle á la cara nadie osaba;
y al pabellon él solo retirado,
un nuevo edicto publicar mandaba:
que guerrero ninguno fuese osado
salir un paso fuera de la cava,
aunque los Españoles revolviesen,
y mil veces el fuerte acometiesen.

Despues llamando á junta á los soldados,
aunque ardiendo en furor, templadamente
les dice: amigos, vamos engañados,
si con tan poco número de gente
pensamos allanar los levantados
muros de una ciudad así eminente:
la industria tiene aquí mas fuerza y parte,

que la tèmeridad del fiero Marte.
Esta los fieros ánimos reprime,
y á los flacos y débiles esfuerza,
las cervices indómitas oprime,
y las hace domésticas por fuerza:
esta el honor y pérdidas redime:
y la sazon á usar della nos fuerza,
que la industria solícita y fortuna
tienen conformidad, y andan á una.
Cumple partir de aquí ,muestras haciendo
que solo de temor nos retiramos,
y asegurar los Españoles, viendo
como el honor y campo les dejamos:
que despues á su tiempo revolviendo,
harémos lo que así dificultamos,
teniendo ellos el llano, y por guarida
vecina la ciudad fortalecida.
El hijo de Pillan esto decia,
cuando asomaba el bando castellano,
que con esfuerzo nuevo y osadía
quiere probar segunda vez la mano:
fué tanto el alboroto y alegría
de los bárbaros, viendo por el llano
aparecer los nuestros, que al momento
gritan, y baten palmas de contento.
En esto los cristianos acercando
poco á poco se van á la batalla,

y al justo tiempo del partir llegando,
dejan irse á la bárbara canalla:
que uno la maza en alto, otro bajando
la pica, el cuerpo esento en la muralla,
con animoso esfuerzo se mostraban
y al egercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas,
y comienzan allí el combate duro,
de escudos las cabezas bien cubiertas
se llegan otros al guardado muro:
otros buscan por partes descubiertas
la subida y el paso mas seguro:
hinche el bando Español la cava honda,
y el Araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo Español con osadía
cubierto de fortísimos escudos,
la lluvia de los tiros resistia
y los botes de lanzas muy agudos:
era tanta la grita y armonía,
y el espeso batir de golpes crudos,
que Maule el raudo curso refrenaba
confuso al son que entorno rimbombaba.

Por las puertas y frente, y por los lados,
el muro se combate y se defiende,
allí corren con priesa amontonados
adonde mas peligro haber se entiende:
allí con prestos golpes esforzados

á su enemigo cada cual ofende
con furia tan terrible y fuerza dura,
que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hácia atras se retrujeron,
de los tiros y golpes impelidos,
tres veces y otras tantas revolvieron
de vergonzosa cólera movidos:
gran pieza á la fortuna resistieron;
mas ya todos andaban mal heridos,
flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte
que va en aumento el daño y la crueza,
hallan los Españoles siempre el fuerte
mas fuerte y en los golpes mas dureza:
sin temor acometen de la muerte;
pero poco aprovecha esta braveza,
que el que ménos herido y flaco andaba
por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
de ver lo que los nuestros han sufrido
de espesos golpes, flecha, y piedra tanta
que sin cesar sobre ellos ha llovido:
y cuan determinados y con cuanta
furia tres veces han acometido.
desto los enemigos impacientes
apretaban los puños y los dientes.

*

Y como tempestad que jamas cesa,
ántes que va en furioso crecimiento
cuando la congelada piedra espesa
hiere los techos, y se esfuerza el viento:
así los duros bárbaros apriesa
movidos de vergüenza y corrimiento
con lanzas, dardos, piedras arrojadas
baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo
sufrir el gran trabajo incomportable,
se van forzosamente retrayendo
del vano intento y plaza inexpugnable:
y el destrozado campo recogiendo,
vista su suerte y hado miserable,
por el mesmo camino que vinieron,
aunque con ménos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
vinieron á tener su alojamiento,
segura de enemigos la campaña,
que ninguno salió en su seguimiento:
decir prometo la cautela estraña
de Lautaro despues, que ahora me siento
flaco, cansado, ronco: y entretanto
esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener á los Españoles. Pasa ciertas razones con el Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el Marques de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Perú.

Virtud difícil, y difícil prueba
es guardar el secreto peligroso,
que la dificultad bien claro prueba
cuanto es sano, seguro, y provechoso:
y el poco fruto y mucho mal que lleva
el vicio inútil del hablar dañoso:
ejemplo los de Líbico homicidas,
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veranse por los ojos y escrituras
en los presentes tiempos, y pasados
crueldades, ruinas, desventuras,
infamias, puniciones de pecados:
grandes yerros en grandes coyunturas,
pérdidas de personas y de estados:

todo por no sufrir el indiscreto
la peligrosa carga del secreto.

De los vicios el ménos de provecho,
y por donde mas daño á veces viene,
es el no retener el fácil pecho
el secreto hasta el tiempo que conviene:
rompe, y deshace al fin todo lo hecho,
quita la fuerza que la industria tiene,
guerra, furor, discordia, fuego enciende,
al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
la causa á sus soldados encubria
de no dejar salir gente á lo llano,
siguiendo la vitoria de aquel dia:
y el retirado campo castellano
seguro á paso largo por la via,
como dije, la furia quebrantada,
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro de esta maña, entiendo,
que fuese para algun sagaz intento:
el cual por conjeturas comprehendo
ser de gran importancia y fundamento:
dejado esto á su tiempo, y revolviendo
á los nuestros que así del fuerte asiento
se alejan, á tres leguas otro dia
hicieron alto, asiento, y ranchería.

Dos dias los Españoles estuvieron

haciendo de los bravos, aguardando;
pero jamas los bárbaros vinieron,
ni gente pareció del otro bando:
al fin dos de los nuestros se atrevieron
á ver el fuerte, y cerca del llegando,
oyeron una voz alta dél muro,
diciéndoles: llegaos que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba
con el cierto seguro prometido,
el cual dejando al otro, se llegaba
por conocer quien era el atrevido:
llegado el Español junto á la cava,
el de la voz fué luego conocido,
que era el gallardo hijo de Pillano
tratado del un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
con sobrevista de oro guarnecida,
en una gruesa pica recostado
por el ferrado regaton asida;
el ancho y duro hierro colorada,
y de sangre la media asta teñida,
puesta de limpio acero una celada,
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
hablarle y entenderle claramente,
el bizarro Lautaro le decia:
Marcos, de tí me espanto estrañámente,

y de esa tu ignorante compañía,
que sin razon y seso ciegamente
penseis así de mi opiníon mudarme,
y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,
que así quereis tiranizar la tierra?
no veis que todo agora está en mi mano,
el bien vuestro, y el mal, la paz, la guerra?
no veis que el hombre y crédito Araucano
los levantados ánimos atierra?
que solo el son al mundo pone miedo,
y quebranta las fuerzas y el denuedo?

En los pueblos no fuistes poderosos
de defender las propias posesiones;
que es cosa que aun los pájaros medrosos
hacen rostro en su nido á los leones:
y en los desiertos campos pedregosos
pensais de sustentar los pabellones
en tiempo que estais mas amedrentados,
y mas vuestros contrarios animados?

Es á mi parecer loca osadía
querer contra nosotros sustentaros;
pues ni por arte, maña, ni otra via
podeis en nuestro daño aprovecharos:
si lo quereis llevar por valentía,
baste el presente estrago á escarmentaros,
que fresca sangre aun vierten las heridas,

y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dejar yo jamas de perseguiros,
segun que lo juré, será escusádo;
hasta dentro en España he de seguiros,
que así lo he prometido al gran Senado:
mas si quereis en tiempo reduciros,
haciendo lo que aquí os será mandado,
saldré de la promesa y juramento,
y vosotros saldreis de perdimiento.

Treinta mugeres, vírgenes, apuestas,
por tal concierto habeis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
de quince años á veinte, sin engaño:
han de ser Españolas, y tras estas
treinta capas de verde y fino paño,
y otras treinta de púrpura tejidas,
con fino hilo de oro gnarnecidas.

Tambien doce caballos poderosos,
nuevos y ricamente enjaezados,
domésticos, ligeros y furiosos,
debajo de la rienda concertados;
y seis diestros lebreles animosos
en la caza me habeis de dar cebados:
este solo tributo estorbaria
lo que estorbar el mundo no podria.

Atento el castellano le escuchaba,
estando de la plática gustoso:

mas cuando á estas razones allegaba,
no pudo aquí tener ya mas reposo:
así impaciente al bárbaro atajaba,
diciéndole, no estés tan orgulloso,
que las parias que pides, ó Lautaro,
te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento,
te darán Españoles por tributo
cruda muerte con áspero tormento,
y Arauco cubrirán de eterno luto.
Lautaro dijo: es eso hablar al viento;
sobre ello, Marcos, mas yo no disputo:
las armas, no la lengua han de tratarlo,
y la fuerza, y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres,
como aquel que seguro le está dado,
que tú despues harás lo que pudieres,
y yo podré hacer lo que he jurado:
tratemos de otras cosas de placeres,
quede para su tiempo comenzado,
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
una lúcida escuadra de á caballo.

Que para que no andeis tan al seguro,
acuerdo de tener tambien caballos,
y de imponer mis súbditos procuro
á saberlos tratar, y gobernallos:
esto dijo Lautaro, y desde el muro

á seis dispuestos mozos, sus vasallos,
mandó que en seis caballos cavalgasen:
y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes, á la voz caladas,
salieron á caballo seis Chilcanos,
pintadas y anchas dargas embrazadas,
gruesas lanzas terciadas en las manos:
vestidas fuertes cotas, y tocadas
las cabezas, al modo de Africanos,
mantos por las caderas derribados,
los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra por delante
del atento Español dos vueltas dieron:
pero ni de su puesto y buen semblante,
punto que se notase le movieron;
ántes con muestra y ánimo arrogante,
en alta voz, que todos lo entendieron,
(que el muro estaba ya lleno de gente)
habló así con Lautaro libremente:

En vano, ó capitan, cierto trabaja,
quien pretende con fieros espantarme:
no estimo lo que ves en una paja,
ni alardes pueden punto amedrentarme:
y por mostrar si temo la ventaja,
yo solo con los seis quiero probarme,
dó verás que á seis mil seré bastante:
vengan luego á la prueba aquí delante.

Lautaro respondió : Marcos , si mueres
tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,
el mínimo que dellos escogieres
á pié vendrá contigo en desafío :
del modo y la manera que quisieres
elige armas y campo á tu alvedrío ,
ora con ellas , ora desarmados ,
á puños , coces , uñas , y á bocados.

El Español le dijo : yo te digo ,
que mi honor en tal caso no consiente
darles uno por uno su castigo ,
porque jamas se diga entre la gente
que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
en campo osase entrar singularmente :
por tanto , si no quieres lo que pido ,
no quiero yo aceptar otro partido.

No vinieron en esto á concertarse ,
despues por otras cosas discurrieron ;
pero llegado el tiempo de apartarse
del bárbaro , los dos se despidieron :
vueltos á su camino , oyen llamarse ,
y á la voz conocida revolvieron ,
que era el mesmo Láutaro quien llamaba,
diciendo : una razon se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y afligida ,
con gran necesidad de bastimento ,
que me falta del todo la comida ,

por órden mala y poco regimiento:
pues la teneis de sobra recogida,
haced un liberal repartimiento,
proveyéndonos della, que á mi cuenta
mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

Que en el ínclito estado es uso antiguo,
y entre buenos soldados ley guardada,
alimentar la fuerza al enemigo,
para solo oprimirle por la espada:
estad, Marcos, atento á lo que digo,
y entended que será cosa loada,
que digan que las fuerzas sojuzgastes,
que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame vitoria, yo lo dudo,
cuando el contrario á tal estremo viene,
que en aquello que nunca el valor pudo,
la hambre miserable poder tiene:
y al fuerte brazo indómito, y membrudo
lo debilita, doma y lo detiene:
y así por bajo modo y estrecheza
viene á parecer fuerte la flaqueza.

Era, Señor, su intento que pensase
ser la necesidad (fingida) cierta,
para que nuestra gente se animase
de industria abriendo aquella falsa puerta:
y con esto inducirla á que esperase,
teniendo así su astucia mas cubierta

hasta que el fin llegase deseado
del cauteloso engaño fabricado.

Marcos de las palabras conmovido,
le dice: yo prometo de intentallo
por solo esas razones que has movido,
y hacer todo el poder en procurallo:
habiéndose con esto despedido,
revolviendo las riendas al caballo,
él y su compañero caminaron
hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,
sospechoso, confuso, y admirado
de ver que bastimentos le pedia:
era sagaz, zeloso, y recatado,
revolviendo la presta fantasía
los secretos designios comprehende,
y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,
cuando el mundo se muestra mas escuro;
sin tocar trompa, del peligro instruto,
toma el camino á la ciudad seguro,
maravillado del ardid astuto;
Pero de nuestra gente ahora no curo,
que quiero ántes decir el modo estraño
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,

cuando luego los bárbaros supieron
la súbita partida y retirada,
que no con poca muestra lo sintieron:
viendo claro que al fin de la jornada,
por un espacio breve no pudieron
hacer en los cristianos tal matanza,
que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
que es en un bajo, y recogido llano,
de acequias copiosísimas se baña
por zanjas con industria hechas á mano:
rotas al nacimiento, la campaña
se hace en breve un lago y gran pantano:
la tierra es honda, floja, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
en agua aquellos campos empapados,
moverse los caballos no pudieran
en pegajosos lodos atascados:
adonde si aguardaran los cogieran,
como en liga á los pájaros cebados,
que ya Lautaro con despacho presto
habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
la fuerza desampara el mismo dia,
y el camino de Arauco mas derecho,
marcha con su escuadron de infantería;

revuelve, y traza en el cuidoso pecho
diversas cosas, y en ninguna habia
el consuelo y disculpa que buscaba,
y entre sí razonando suspiraba.

Diciendo: ¿qué color puede bastarme
para ser desta culpa reservado?
¿no pretendí yo mucho de encargarme
de cosa que me deja bien cargado?
¿de quién sino de mí puedo quejarme,
pues todo por mi mano se ha guiado?
¿soy yo quien prometió en un año solo
de conquistar del uno al otro polo?

Miéntras que yo con tan lucida gente
ver el muro español aun no he podido,
la luna ya tres veces frente á frente
ha visto nuestro campo mal regido:
y el carro de Faeton resplandeciente
del Escorpio al Aquario ha discurrido,
y al fin damos la vuelta mal tratados
con pérdida de mas de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza
que una verguenza tal se colorase,
haria á mi inútil brazo, que esta lanza
el débil corazon me atravesase:
pero daria de mi mayor venganza
y gloria al enemigo, si pensase
que temí mas su brazo poderoso,

que el flaco mio, cobarde y temeroso.

Yo juro al infernal poder eterno,
si la muerte en un año no me atierra,
de echar de Chile el español gobierno,
y de sangre empapar toda la tierra:
ni mudanza, calor, ni crudo invierno
podrán romper el hilo de la guerra;
y dentro del profundo reino oscuro
no se verá español de mí seguro.

Hizo tambien solemne juramento
de no volver jamas al nido caro,
ni del agua, del sol, sereno y viento
ponerse á la defensa, ni al reparo:
ni de tratar en cosas de contento,
hasta que el mundo entienda de Lautaro,
que cosa no emprendió dificultosa,
sin darle con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
la cuerda del dolor, que á veces tanto
con grave y dura afrenta le apretaba,
que de perder el seso estuvo á canto:
así el feroz Lautaro caminaba,
y al fin de tres jornadas, entretanto
que el esperado tiempo se avecina,
se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
baja de un monte Itàta caudaloso,

atravesando aquel umbroso asiento
con sesgo curso, grave y espacioso:
los árboles provocan á contento,
el viento sopla allí mas amoroso,
burlando con las tiernas florecillas
rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
es esta deleitosa y fértil tierra,
abundante, capaz, y suficiente
para poder sufrir gente de guerra:
tiene cerca á la banda del Oriente
la grande cordillera, y alta sierra,
de donde el raudo Itata apresurado
baja á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de Españoles; pero habia
la prometida fe ya quebrantado,
viendo que la fortuna parecia
declarada de parte del estado:
el cual veinte y dos leguas contenia,
este era su distrito señalado;
pero tan grande crédito alcanzaba,
que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
este los puso humildes por el suelo,
este los bajos, tristes y medrosos
hace que se levanten contra el cielo;
y los estraños pueblos poderosos

de miedo deste viven con recelo:
los remotos vecinos y estrangeros
se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del estado deseando
estaba el tardo tiempo en esta vega,
tardo para quien gusto está esperando,
que al que no espera bien, bien presto llega:
pero el tiempo y sazon apresurando,
á sus valientes bárbaros congrega,
y ántes que se metiesen en la via,
estas breves razones les decia:

Amigos, si entendiese que el deseo
de combatir sin otro miramiento,
y la fogosa gana que en vos veo,
fuese de la victoria el fundamento,
hágoos saber de mí, que cierto crèo
estar en vuestra mano el vencimiento;
y un paso atras volver no me hiciera,
si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es solo con ánimo adquirida
una cosa difícil y pesada:
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida
si tenemos la fuerza limitada?
mas esta (aunque con límite) regida
por industrioso ingenio, y gobernada,
de duras y de muy dificultosas
hace llanas y fáciles las cosas.

*

¿Cuántos vemos el crédito perdido
en afrentoso y mísero destierro,
por solo haber sin término ofrecido
el pecho osado al enemigo hierro?
que no es valor, mas ántes es tenido
por loco, temerario y torpe yerro:
valor es ser al órden obediente,
y locura sin órden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada
con tanto esfuerzo así nos destruimos,
fué porque no miramos jamas nada,
sino al ciego apetito á quien seguimos:
que á no perder por furia anticipada
el tiempo y coyuntura que tuvimos;
no quedára Español, ni cosa alguna
á la dispocion de la fortuna.

Si al entrar de la fuerza reportados
allí algun sufrimiento se tuviera,
fueran vuestros esfuerzos celebrados,
pues ningun enemigo se nos fuera:
en la ciudad estaban descuidados,
con la gente que andaba por defuera,
hiciéramos un hecho y una suerte,
que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero poneros advertencia,
que habeis por la razon de gobernaros,
haciendo al movimiento resistencia

hasta que la sazon venga á llamaros:
y no salirme un punto de obediencia,
ni á lo que no os mandare adelantaros,
que en el inobediente y atrevido
haré ejemplar castigo nunca oido.

Y pues volvemos ya donde se muestra
nuestro poco valor por mal regidos,
en fe que habeis de ser (alzo la diestra)
en el primer honor restituidos:
ó el campo regará la sangre nuestra,
y habemos de quedar en él tendidos
por pasto de las brutas bestias fieras,
y de las sucias aves carniceras.

Con esto fué la plática acabada,
y la trompeta á levantar tocando,
dieron nuevo principio á su jornada
con la usada presteza caminando:
viendo así, al descubrir de una ensenada
por Martaquino á la derecha entrando,
un bárbaro encontraron por la via
que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
que en Mapochó se sabe su venida,
ora les dió la nueva della el viento,
ora de espías solicítas sabida:
tambien que de copioso bastimento
estaba la ciudad ya prevenida

con defensas, reparos, provisiones,
pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
muda el primer intento que traia,
viendo ser temerario presupuesto
seguirle con tan poca compañia:
piensa juntar mas gentes, y de presto
un fuerte asiento que en el valle habia,
con ingenio y cuidado diligente
comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido
y ser dispuesto el sitio y reparado
fué en breve aquel lugar fortalecido,
de foso y fuerte muro rodeado:
gente á la fama desto habia acudido,
codicioso del robo deseado:
forzoso me es pasar de aqui corriendo, (do.
que siento en nuestro pueblo un gran estruen-

Sábese en la ciudad por cosa cierta
que á toda furia el hijo de Pillano,
guiando un escuadron de gente esperta,
viene sobre ella con armada mano:
el súbito temor puso en alerta
y confusion al pueblo castellano;
mas la sangre que el miedo helado habia,
de un ardiente coraje se encendia.

A las armas acuden los briosos,

y aquellos que los años agravaban
con industrias y avisos provechosos
la tierra y partes flacas reparaban:
tras estos treinta mozos animosos,
y un astuto caudillo se aprestaban,
que con algunos bárbaros amigos
fuesen á descubrir los enemigos.

Villagra á la sazon no residia
en el pueblo español alborotado;
que para la Imperial partido habia
por camino de Arauco desviado:
mas ya con nueva gente revolvia,
y junto de dó el bárbaro cercado
de gruesos troncos, y fagina estaba,
sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino:
y él la nueva jornada comenzaba,
al calar de una loma en el camino
un comarcano bárbaro encontraba:
el cual le dio la nueva del vecino
campo, y razon de cuanto en él pasaba,
que todo bien el mozo lo sabia,
como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el Español del Indio cuanto
el bárbaro enemigo determina,
y como allega gentes, entretanto
que el oportuno tiempo se avecina:

no puso á los Cautenes esto espanto,
y mas cuando supieron que vecina
venia tambien la gente nuestra armada,
que dellos aun no estaba una jornada.

Villagran le pregunta, si podria
ganar al Araucano la albarrada?
sonriéndose el Indio respondia
ser cosa de intentar bien escusada
por el reparo, y sitio que tenia,
y estar por las espaldas abrigada
de una tajada peñascosa sierra
que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagran: yo determino
por esa relacion tuya guiarme,
y abrir por la montaña alta el camino,
que quiero á cualquier cosa aventurarme:
y si donde esta el campo Lautarino
en una noche puedes tú llevarme,
del trabajo serás gratificado;
y al fuego, si me mientes, entregado.

Sin temor dice el bárbaro: yo juro
en ménos de una noche de llevarte
por difícil camino, aunque seguro;
desta palabra puedes confiarte;
de Lautaro despues no te aseguro,
si tu gente y amigos serán parte,
á que si vais allá, no os coja á todos,

y os dé civiles muertes de mil modos.

No le movió el temor que le ponia
á Villagran el bárbaro guerrero,
que visto cuan sin miedo se ofrecia,
le pareció de trato verdadero:
y á la gente del pueblo que venia,
despacha un diligente mensajero:
para que con la priesa conveniente
con él venga á justarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos se dejaron
ir por dó quiso el bárbaro guiallos,
y en la cerrada noche no cesaron
de afligir con espuelas los caballos:
despues se contará lo que pasaron;
que cumple por agora aqui dejallos,
por decir la venida en esta tierra
de quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aqui lo que en suma he referido:
yo no estuve, Señor, presente á ello;
y así de sospechoso no he querido
de parciales intérpretes sabello:
de ambas las mismas partes lo he aprendido,
y pongo justamente solo aquello
en qne todos concuerdan y confieren,
y en lo que en general ménos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
vemos que hay tanta sangre derramada,

prosiguiendo adelante, yo me obligo
que irá la historia mas autorizada:
podré ya discurrir como testigo
que fuí presente á toda la jornada,
sin cegarme pasion de la cual huyo,
ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis pies sido medida,
golpe, ni cuchillada no se ha dado,
que no diga de quien es la herida:
de las pocas que dí estoy disculpado,
pues tanto por mirar embevecida
truje la mente en esto y ocupada,
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
con mi pobre talento y torpe pluma,
fué que tanto valor no pereciese,
ni el tiempo injustamente lo consuma:
que el mostrarme yo sabio me moviese,
ninguno que lo fuere lo presuma;
que cierto bien entiendo mi pobreza,
y de las flacas sienes la estrecheza.

De mi poco caudal bastante indicio
y testimonio aqui patente queda,
va la verdad desnuda de artificio,
para que mas segura pasar pueda:
pero si fuera desto lleva vicio,

pido que por merced se me conceda,
se mire en esta parte el buen intento,
que es solo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupa-
y la pluma á escribir tanto se atreve, (do,
que de crédito estoy necesitado,
pues tan poco á mis años se le debe;
espero que será, Señor, mirado
el zelo justo y causa que me mueve,
y esto y la voluntad se tome en cuenta
para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato,
que para mi discurso es importante
lo qne forzado aqui del Perú trato,
aunque de su comarca es bien distante;
y para que se entienda mas barato
y con facilidad lo de adelante,
si Lautaro me deja, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.

El Marques de Cañete era llegado,
á la ciudad insigne de los Reyes,
de Cárlos quinto Máximo enviado
á la guarda, y reparo de sus leyes:
este fué por sus partes señalado
para virrey, de donde dos virreyes
por los rebeldes brazos atrevidos
habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virrey nuevo las pasiones
y maldades por uso introducidas,
el ánimo dispuesto á alteraciones
en leal apariencia entretejidas;
los agravios, insultos y traiciones
con tanta desvergüenza cometidas,
viendo que aun el tirano no hedía,
que aunque muerto (de fresco) se bullía;

Entró como sagaz y receloso,
no mostrando el cuchillo y duro hierro,
que fuera en aquel tiempo peligroso,
y dar con hierro en un notable yerro:
mostrándose benigno y amoroso,
trayéndoles la mano por el cerro,
hasta tomar el paso á la malicia,
y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
para limpiar del todo las maldades;
quitando las justicias, las ponia
de su mano por todas las ciudades:
estas eran personas, que entendia
haber en ellas justas calidades,
de Dios, del Rey, del mundo temerosas,
en semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente, y sustentaba
con son de un general repartimiento,
y el mas culpado mas premio esperaba

fundado en el pasado regimiento:
el marques entretanto se informaba
llevando de este error diverso intento,
que no solo dió pena á los culpados,
mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando (con el tiempo) ya pensaron,
que estaban sus insultos encubiertos;
en público pregon se renovaron,
y fueron con castigo descubiertos:
que casi en los mas pueblos que pecaron,
amanecieron en un tiempo muertos
aquellos que con mas poder y mano
habian seguido el bando del tirano.

No condeno, Señor, los que murieron,
pues fueron perdonados y admitidos
cuando á vuestro servicio en sazon fueron,
y en importante tiempo reducidos:
quedando los errores que tubieron
á vuestra gran clemencia remitidos:
de vos solo, Señor, es el juzgarlos,
y el poderlos salvar, ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
que siempre en casos de honra lo rehuso:
solo digo el terror y estraño miedo
que en la gente soberbia el Marques puso
con el castigo á la sazon acedo,
dejando el reino atónito y confuso,

del temerario hecho tan dudoso
que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
del Perú le destierra en penitencia,
que es entre ellos la afrenta mas sentida,
y que mas examina la paciencia,
el justo de ejemplar y llana vida,
temeroso escudriña la conciencia,
viendo el rigor de la justicia airada
que ya desenvainado habia la espada.

Y algunos capitanes y soldados
que con lustre sirvieron en la guerra,
y esperaban de ser gratificados
conforme á los humores de la tierra,
recelando tenerlos agraviados,
del reino en son de presos los destierra,
remitiendo las pagas á la mano
de rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente,
la causa del destierro no sabiendo,
no entiende, si es injusta, ó justamente,
solo sabe callar, y estar tremiendo:
teme la furia, y el rigor presente,
y á inquirir la razon no se atreviendo,
tiende á cualquier rumor atento oido;
mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio, y confusion andaba,

atónita la gente discurria,
nadie la oculta causa preguntaba,
que aun preguntar error le parecia:
por saber uno á otro se miraba,
y el mas sabio los hombros encogia,
temiendo el golpe del furor presente,
movido al parecer por accidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
que pocos con razon le van delante,
asaz en estos tiempos celebrado,
y á los ánimos sueltos importante:
por él quedó el Perú atemorizado,
temerario, rebelde, y arrogante,
y á la justicia el paso mas seguro
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú con un bocado
que no le romperá jamas la rienda,
haciendo al ambicioso y alterado
contentarse con sola su hacienda,
y el bullicio y deseo desordenado
le redujo á quietud y nueva enmienda:
que poco lo mal puesto permanece,
como por la esperiencia al fin parece.

Quien ántes no esperaba estar contento
con veinte ó treinta mil pesos de renta,
enfrena de tal suerte el pensamiento
que solo con la vida se contenta:

despues hizo el Marques repartimiento
entre los beneméritos de cuenta,
para esforzar los ánimos caidos
y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así, y acaecimientos,
como vemos que tantos van errados,
que sobre arena y frágiles cimientos
fabrican edificios levantados:
bien se muestran sus flacos fundamentos
pues por tierra tan presto derribados
con afrentoso nombre y voz los vemos,
huyendo su inficion cuanto podemos.

¡O vano error, ó necio desconcierto
del torpe, que con ánimo ignorante
no mira en el peligro, y paso incierto
las pisadas de aquel que va delante;
teniendo á costa agena egemplo cierto,
que el brazo del amigo mas constante
ha de esparcir su sangre en su disculpa,
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
sobre traidores hombros sostenido,
que el viento que se mueva de repente
le aflige, altera y turba aquel ruido:
¡pues qué cuando la voz del rey se siente!
no hay son tan duro y áspero al oido;
que tiene solo el nombre fuerza tanta,

que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
¡con cuántos sinsabores va mezclado
aquel recelo, aquel desabrimiento,
aquel triste vivir tan recatado!
traga el duro morir cada momento,
témese del que está mas confiado,
que la vida ántes libre, y amparada
está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia
se somete al mas mínimo soldado,
poniendo en contentarle diligencia
con gran miedo y solícito cuidado:
y aquellos mas amigos en presencia
las lanzas le enderezan al costado,
y sobre la cabeza aparejadas
le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espan-
cualquier secreto piensa que es negarle, (ta,
si el brazo mueve alguno y lo levanta,
piensa el triste que fué para matarle:
la soga arrastra, el lazo á la garganta,
¿qué confianza puede asegurarle?
pues mal el que negar al rey procura,
tendrá con un tirano fé segura.

Si no bastare verlos acabados
tan presto, y que ninguno permanece,

y los rollos y términos poblados
de quien tan justamente lo merece,
bandos, casas, linages estragados
con nombre que los mancha, y escurece;
baste la obligacion con que nacemos,
que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
del discurso y materia que seguia:
pero aunque vaya ciego discurriendo
por caminos mas ásperos sin guia,
del encendido Marte el son horrendo
me hará que atine á la derecha via;
y asi seguro desto y confiado
me atrevo á reposar: que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el Marques de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensageros de Chile á pedirle socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto como Francisco de Villagran guiado por un Indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse,
y libre de poder ser imputado:
pero quien destos puede desviarse
le tengo por mas bienaventurado;
aunque el peligro afina lo perfeto,
aquel que dél se aparta, es el discreto.

Que muchas veces da la fantasía
en cosas que seguro nos promete,
y un ánimo á salir con ellas cria
que con temeridad las acomete,
despues en el peligro desvaría,
y no acierta á salir de á dó se mete:

que la señora al siervo sometida
pierde la fuerza y tino á la salida.
Vereis en el Perú, que han procurado
levantar el tirano, y ayudarle,
para solo mostrar, despues de alzado,
la traidora lealtad en derribarle:
y con designio y animo dañado
le dan fuerza, y despues viene á matarle
la espada infiel de la maldad autora,
al rey y amigos pérfida y traidora.
Fraguan la guerra, atizan disensiones
en hábito leal, aunque engañoso,
pensando de subir mas escalones
por un áspero atajo y tropezoso:
al cabo las malvadas intenciones
vienen á fin tan malo y afrentoso
como vereis, si bien mirais la guerra
civil, y alteraciones desta tierra.
Deshechos pues del todo los ñublados
por el audaz Marques, y su prudencia,
curando con rigor los alterados,
como quien entendió bien la dolencia:
en nombre de su rey á otros tocados
de aquel olor descubre la clemencia,
que hasta allí del rigor cubierta estaba
con general perdon que los lavaba.
No el atrevido caso y espantoso

en el Perú jamas acontecido,
ni el ejemplar castigo riguroso
que amansó el fiero pueblo embravecido,
fué en tal tiempo bastante y poderoso
de ensordecer el bárbaro ruido,
y la voz Araucàna y clara fama
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
del daño y perdicion de nuestra gente,
por las vitorias grandes y jornadas
del Araucano bárbaro potente:
pidiendo las ciudades apretadas
presuroso socorro y suficiente,
haciendo relacion de como estaban,
y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, Adelantado,
á quien era el gobierno cometido,
hombre en estas provincias señalado,
y en gran figura y crédito tenido:
donde como animoso y buen soldado
habia grandes trabajos padecido,
no pongo su proceso en esta historia,
que dél la general hará memoria.

Presente no se halla á tanta guerra,
y á tales desventuras y contrastes;
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra
cuando la fé de nuevo allí plantàstes:

allí le distes cargo desta tierra,
de allí con gran favor le despachastes;
pero cortóle el áspero destino
el hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
y mas el sentimiento acrecentaba
ver el gobierno y tierra tan perdida,
que cada uno por sí se gobernaba:
andaba la discordia ya encendida,
la ambicion del mandar se desmandaba:
al fin es imposible que acaezca,
que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
á pedir el socorro necesario,
viendo á su Adelantado facellido,
y todo á su propósito contrario:
con un semblante triste y afligido,
de parecer de todos voluntario,
piden á don Hurtado que se vea,
y de remedio presto los provea.

Diciendo; varon claro y escelente,
nuestra necesidad te es manifiesta,
y la fuerza del bárbaro potente
que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
el mas fuerte remedio es llevar gente,
esta ya puedes ver cuan cara cuesta:
de parte de tu rey te requerimos,

nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo, ó Marques, te demandamos,
en quien tanta virtud y gracia cabe,
porque con su persona confiamos
que nuestra desventura y mal se acabe:
de sus partes, señor, nos contentamos,
pues que por natural cosa se sabe,
(y aun acá en el comun es habla vieja)
que nunca del leon nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros,
haciendo esta jornada don García,
se moverá el comun, y caballeros
alegres de llevar tan buena guia:
y lo que no podrán muchos dineros,
podrá el amor, y buena compañía,
ó la vergüenza, y miedo de enojarte,
ó su propio interes en agradarte.

El Marques de Cañete respondiendo
á la justa demanda alegremente,
vino en ello de grado, conociendo
ser cosa necesaria y conveniente:
y el hijo, hacienda, y deudos ofreciendo,
al punto derramó en toda la gente
gran gana de pasar á aquella tierra,
á ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece,
así gran gente en número se mueve,

y aquel que no lo hace, le parece
que falta, y no responde á lo que debe:
hasta en cansados viejos reverdece
el ardor juvenil, y se remueve
el flaco humor y sangre casi helada
con el alegre son desta jornada.
¡O valientes soldados Araucanos!
las armas prevenid y corazones,
y el usado valor de vuestras manos
temido en las Antárticas regiones;
que gran copia de jóvenes lozanos
descoge en vuestro daño sus pendones,
pensando entrar por toda vuestra tierra,
haciendo fiero estrago y cruda guerra.
No con los hierros botos, y mohosos
de los que las paredes hermosean,
ni brazos del torpe ocio perezosos,
que con gran pesadumbre se rodean,
ni los ánimos hechos á reposos,
que cualquiera mudanza en que se vean
la altera, los turba, y entorpece,
y el desusado son los desvanece.
Mas hierros templadísimos y agudos
en sangre de tiranos afilados,
fuertes brazos, robustos y membrudos,
en dar golpes de muerte ejercitados:
ánimos libres de temor desnudos,

en los peligros siempre habituados,
que el son horrendo que á otros atormenta
los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas, yo pienso que ninguna
os puede derribar de vuestro estado;
mas tieneme dudoso solo una,
que nadie della ha sido reservado:
esta es la usada vuelta de fortuna
que siempre alegre rostro os ha mostrado,
y es inconstante, falsa y variable
en el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el Español procura
haciendo de su espada ufana muestra,
querriale preguntar, ¿si por ventura
corta por mas lugares que la vuestra?
si la fuerza del brazo le asegura
del poder vuestro y vencedora diestra,
verá, si mira bien en lo pasado,
el campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
en bélico furor el pueblo veo,
y al mas triste Español apercibido
de armas, rico aparato, y buen deseo.
¡O Arauco! yo te juzgo por perdido:
si las obras igualan al arreo,
y no templa el camino esta braveza,
¡ay de tu presuncion y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
gentes para hallarse en esta guerra,
de Loja , Piura , de Jaen salieron ,
de Trujillo, de Guanuco , y su tierra:
de Guamanga, Arequipa concurrieron
gran copia , y de los pueblos de la sierra:
la Paz , Cazco , y los Charcas bien armados
bajaron muchos práticos soldados.

Treme la tierra , brama el mar hinchado
del estruendo , tumultos y rumores,
que suenan por el aire alborotado
de pífanos , trompetas y atambores
contra el rebelde pueblo libertado,
amenazando ya sus defensores
con gruesa y reforzada artillería,
que dentro del estado el son se oia.

De aparatos , jaeces , guarniciones
los gallardos soldados se arreaban,
sobrevistas, y galas, invenciones
nuevas y costosísimas sacaban:
estandartes , enseñas y pendones
al viento en cada calle tremolaban:
vieran sastres y obreros ocupados
en hechuras, recamos, y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
el grande estruendo y trápala crecia,
y los prestos martillos de herreros

formaban dura y áspera armonía,
el rumor de solícitos armeros
todo el ancho contorno ensordecia:
los zelosos caballos de lozanos
relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
con el nuevo bullicio de la guerra;
mas ya de lo importante aparejada,
un caudillo salió luego por tierra:
llevando copia della encomendada,
atravesó á Atacama, y la alta sierra,
con la desierta costa, y despoblados
de osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal todo aprestado,
y reliquias del campo que quedaban,
para romper el mar alborotado
otra cosa que tiempo no aguardaban:
mas viendo el cielo ya desocupado,
y que las bravas olas aplacaban,
con ordenada muestra y rico alarde
salieron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos tambien, que en el servicio
vuestro empecé, y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra en el oficio
que aun la espada no me era permitida,
llegó allí la maldad en deservicio
vuestro por los de Arauco cometida,

y la gran desvergüenza de la gente
á la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia en compañía
del nuevo capitan y Adelantado
caminé desde Lóndres, hasta el dia
que lé dejé en Taboga sepultado,
de donde con trabajos y porfía
de la fortuna y vientos arrojado,
llegué á tiempo, que pude justamente
salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida
no ménos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de frailes, provisores, comisarios,
teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, Dominicos, Mercenarios
para evitar insultos de la guerra,
usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
sale de Lima una lucida banda,
y en el puerto tendidas por las flores
estaban mesas llenas de vianda,
con vino de odoríferos sabores,
donde luego por una y otra banda
sobre la verde yerba reclinados
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos

fuímos á la marina conducidos,
á dó de verdes ramos, y ornamentos
estaban los bateles prevenidos,
y al son de varios y altos instrumentos,
de los caros amigos despedidos:
en los ligeros barcos nos metemos,
dando á un tiempo con fuerza al mar los re-
Los bateles de tierra se alargaban, (mos.
dejando con penosa envidia aquellos
que en la arenosa playa se quedaban,
sin apartar los ojos jamas dellos:
sobre diez galeones arribaban
los prestos barcos, y saltando en ellos,
tiempo los marineros no perdieron,
que las velas al viento descogieron.
De estandartes, banderas, gallardetes
estaban las diez naves adornadas,
hiriendo el fresco viento en los trinquetes
comienzan á moverse sosegadas:
suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la isleta embarazadas,
del Austro cargan á babor la escota,
tomando al sudueste la derrota.
Las naos por el contrario mar rompiendo
la blanca espuma entorno levantaban,
y á la furia del Austro resistiendo
por fuerza á su pesar tierra ganaban:

pero sobre el garbino revolviendo
de la gran cordillera se apartaban,
y de sola una vuelta que viraron
el Guarco, á lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
con Chinca de otro bordo emparejando:
en alta mar tras estos nos metimos
sobre la Nasca fértil arribando:
y al esforzado Noto resistimos,
su furia y bravas olas contrastando,
no bastando los recios movimientos
de dos tan poderosos elementos.

Que haya en Perú, no es caso soberano,
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que cuando es en los llanos el verano,
los montes el lluvioso invierno cierra;
y cuando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra,
y por esta razon van mas crecientes
en el verano abajo las vertientes.

De los vientos el Austro es el que manda
que deshace los húmidos nublados,
y por todo aquel mar discurre y anda
del cual son para siempre desterrados:
los otros vientos reinan á la banda
de Atacama, y allí son libertados,
que bajar al Perú ninguno puede,

ni por natural órden se concede.

Pues las naves del Austro combatidas,
las espumosas olas van cortando,
que de valientes soplos impelidas
rompen la furia en ellas, azotando
las levántadas proas guarnecidas
de planchas de metal: pero mirando
al Español del bárbaro vecino,
habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagran, el cual por tierra
tambien en su jornada se apresura;
atravesando la fragosá sierra
que iguala con las nubes su estatura:
diré lo que sucede en esta guerra,
y que rostro le muestra la ventura;
mas porque todo venga á ser mas claro,
quiero tratar un poco de Lautaro.

Que estaba con su escuadra de guerreros
en el sitio que dije recogido,
y de foso, fagina, y de maderos
le habia en breve sazon fortalecido:
tenia dentro soldados forasteros
que á fama de la guerra habian venido,
reparos, bastimentos, y otras cosas
para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
de alertas centinelas ocupada:

otra, ni rastro alguno no le habia,
por ser casi la tierra despoblada:
aquella noche el bárbaro dormia
con la bella Guacolda enamorada,
á quien él de encendido amor amaba,
y ella por él no ménos se abrasaba.

Estaba el Araucano despojado
del vestido de Marte embarazoso:
que aquella noche sola el duro hado
le dió aparejo, y gana de reposo:
los ojos le cerró un sueño pesado,
del cual luego despierta congojoso:
y la bella Guacolda sin aliento
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: amiga mia,
sabrás que yo soñaba en este instante
que un soberbio Español se me ponia
con muestra ferocísima delante:
y con violenta mano me oprimia
la fuerza: y corazon, sin ser bastante
de poderme valer, y en aquel punto
me despertó la rabia y pena junto.

Ella en esto soltó la voz turbada,
diciendo: ¡ay que he soñado tambien cuanto
de mi dicha temí, y es ya llegada
la fin tuya, y principio de mi llanto!
mas no podré ya ser tan desdichada,

ni fortuna conmigo podrá tanto,
que no corte y ataje con la muerte
el áspero camino de mi suerte.

Trabaje por mostrárseme terrible,
y del tálamo alegre derribarme;
que si revuelve y hace lo posible,
de tí no es poderosa de apartarme:
aunque el golpe que espero es insufrible,
podré con otro luego remediarme;
que no caerá tu cuerpo en tierra frio
cuando estará en el suelo muerto el mio.

El hijo de Pillan con lazo estrecho
los brazos por el cuello le ceñia,
de lágrimas bañando el blanco pecho
en nuevo amor ardiendo respondia:
no lo tengais, señora, por tan hecho,
ni turbeis con agüeros mi alegría,
y aquel gozoso estado en que me veo,
pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,
no porque yo me juzgue peligroso;
mas la llaga de amor está tan viva,
que estoy de lo imposible receloso:
si vos quereis, señora, que yo viva,
¿ quién á darme la muerte es poderoso?
mi vida está sujeta á vuestras manos,
y no á todo el poder de los humanos.

¿Quién el pueblo Araucano ha restaurado
en su reputacion que se perdia,
pues el soberbio cuello no domado
ya doméstico al yugo sometia?
yo soy quien de los hombros le ha quitado
el español dominio y tiranía:
mi nombre basta solo en esta tierra,
sin levantar espada, á hacer la guerra.

Cuanto mas que teniéndoos á mi lado
no tengo que temer, ni daño espero:
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,
pues no os lo puede dar lo verdadero:
que ya á poner estoy acostumbrado
mi fortuna á mayor despeñadero;
en mas peligros que este me he metido,
y dellos con honor siempre he salido.

Ella ménos segura, y mas llorosa
del cuello de Lautaro se colgaba,
y con piadosos ojos lastimosa
boca con boca así le conjuraba:
si aquella voluntad pura amorosa
que libre os dí, cuando mas libre estaba,
y dello el alto cielo es buen testigo,
algo puede, señor, y dulce amigo;

Por ella os juro, y por aquel tormento,
que sentí cuando vos de mí os partistes,
y por la fé, si no la llevó el viento,

que allí con tantas lágrimas me distes:
que aloménos me deis este contento,
si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
y es, que os vistais las armas prestamente,
y al muro asista en órden vuestra gente.

El bárbaro responde: harto claro
mi poca estimacion por vos se muestra:
¿en tan flaca opinion está Lautaro,
y en tan poco teneis la fuerte diestra
que por la redencion del pueblo caro,
ha dado ya de sí bastante muestra?
buen crédito con vos tengo por cierto,
pues me llorais de miedo ya por muerto.

Ay de mí! que de vos yo satisfecha
(dice Guacolda) estoy, mas no segura:
¿ser vuestro brazo fuerte que aprovecha,
si es mas fuerte, y mayor mi desventura?
mas ya que salga cierta mi sospecha,
el mismo amor que os tengo, me asegura
que la espada que hará el apartamiento,
hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte
me amenazan con áspera caida,
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
un mal como es de vos verme partida:
dejadme llorar ántes de mi muerte,
esto poco que queda de mi vida,

que quien no siente el mal, es argumento
que tuvo con el bien poco contento.

Tras esto tantas lágrimas vertia
que mueve á compasion el contemplalla;
y así el tierno Lautaro no podia
dejar en tal sazon de acompañalla:
pero ya la turbada pluma mia
que en las cosas de amor nueva se halla,
confusa, tarda, y con temor se mueve,
y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos, sin ser dellos sentido: da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
que á ofender las mugeres ya se atreva,
pues vemos que es pasion averiguada
la que á bajeza tal, y error las lleva;
si una bárbara moza no obligada
hace de puro amor tan alta prueba,
con razones, y lágrimas salidas
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro
de su amigo le daba algun consuelo,
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
le basta á asegurar de su recelo:
que el gran temor nacido de amor puro
todo lo allana, y pone por el suelo;
solo halla el reparo de su suerte
en el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
conformes en amor desconformaban,
y dando dello allí demostraciones
mas el dulce veneno alimentaban:
los soldados entorno los tizones,
ya de parlar cansados reposaban,
teniendo centinelas, como digo,
y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio, y paso presto
habia el áspero monte atravesado,
no sin grave trabajo, que sin esto
hacer mucha labor es escusado:
llegado junto al fuerte, en un buen puesto
viendo que el cielo estaba aun estrellado
paró, esperando el claro y nuevo dia
que ya por el oriente descubria.

De ninguno fué visto, ni sentido,
la causa era la noche ser oscura,
y haber las centinelas desmentido,
por parte descuidada por segura:
caballo no relincha, ni hay ruido,
que está ya de su parte la ventura,
esta hace las bestias avisadas,
y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire escuro
con la esperada luz se adelgazaban,
las centinelas puestas por el muro

al nuevo dia de léjos saludaban:
y pensando tener campo seguro,
tambien á descansar se retiraban,
quedando mudo el fuerte, y los soldados
en vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
que la escura tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la aurora,
se va en el ocidente retrayendo:
cuando la mustia elicie se mejora
el rostro al rojo oriente revolviendo,
mirando tras las sombras ir la estrella,
y al rubio Apolo Délfico tras ella.

El Español que ve tiempo oportuno
se acerca poco á poco mas al fuerte,
sin estorbo de bárbaro ninguno,
que sordos los tenia su triste suerte:
bien descuidado duerme cada uno
de la cercana inexorable muerte,
cierta señal, que cerca della estamos
cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, pues viendo
ser ya tiempo de darles el asalto,
de súbito levantan un estruendo
con soberbio alarido, horrendo y alto:
y en tropel ordenado arremetiendo,
al fuerte van á dar de sobresalto,

al fuerte mas de sueño bastecido
que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
jamas pueden hallar parte segura,
por ser la condicion propia del vicio
temer cualquier fortuna y desventura:
que no sienten tan presto algun bullicio
cuando el castigo y mal se les figura,
y corren á las armas y defensa,
segun que cada cual valerse piensa.

Así medio dormidos, y despiertos
saltan los Araucanos alterados;
y del peligro y sobresalto ciertos,
baten toldos y ranchos levantados:
por verse de corazas descubiertos,
no dejan de mostrar pechos airados;
mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
y cobrando la furia acostumbrada,
quien el arco arrebata, quien un leño,
quien del fuego un tizon, y quien la espada:
quien aguija el baston de ageno dueño,
quien por salir mas presto va sin nada,
pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,

con la gentil Guacolda razonaba,
asegúrala, esfuerza, y reprehende
de la desconfianza que mostraba:
ella razon no admite y mas se ofende,
que aquello mayor pena le causaba,
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
el mísero avariento enriquecido,
que siempre está pensando en su riqueza,
si siente de ladron algun ruido:
ni madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido,
temiéndole de alguna bestia fiera,
como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
con un desnudo estoque, y él desnudo
corre á la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse así tan súbito no pudo:
¡ó pérfida fortuna, ó inconstante,
como llevas tu fin por punto crudo,
que el bien de tantos años en un punto
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,

que con estrema fuerza, y prestas manos
gran número de tiros despidieron:
del todo el hijo de Pillan salia,
y una flecha á buscarle que venia.

Por el isniestro lado (ó dura suerte!)
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazon mas bravo y fuerte,
que jamas se encerró en humano pecho:
de tal tiro quedó ufana la muerte,
viendo de un solo golpe tan gran hecho;
y usurpando la gloria al homicida,
se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
que el bárbaro tendió sobre la arena;
abriendo puerta á un abundante flujo
de negra sangre por copiosa vena:
del rostro la calor se le retrujo,
los ojos tuerce, y con rabiosa pena
la alma del mortal cuerpo desatada
bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie les impide, ni embaraza,
y así por veinte lados la mas parte
pisaba de la fuerza ya la plaza:
los bárbaros con ánimo, y sin arte,
sin celada, ni escudo, y sin coraza,
comienzan la batalla peligrosa,

cruda, fiera, reñida, y sanguinosa.

En oyendo los Indios estrangeros
que con Lautaro estaban recogidos,
el súbito rumor, salen ligeros,
del miedo, y sobresalto apercibidos:
mas sintiendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,
con atentas orejas acechaban
adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido
sienten del cazador, y atentamente,
altos los cuellos tienden el oido
hácia la parte que el rumor se siente;
y al balar de la gama conocido,
que apedazan los perros y la gente,
con furioso tropel toman la via,
que mas de aquel peligro se desvia:

La baja y vil canalla acostumbrada
á rendirse al temor de aquella suerte
por ciega senda inculta y desusada
rompe el camino, y desampara el fuerte:
acá, y allá corriendo derramada,
y era tan grande el miedo de la muerte,
que al mas valiente y bravo se le antoja
ver un fiero Español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
hacerlos con peligros de su bando,

Poniendo osado pecho por escudo
la antigua riña averiguando:
la desnuda cabeza del agudo
cuchillo no se ve estar reusando,
ni reusa la espada la siniestra
egercitando el uso de la diestra.

Que el jóven Corpillan no desmayado,
porque su espada y mano vino á tierra,
ántes en ira súbita abrasado,
contra la parte del contrario cierra:
y habiendo ya la espada recobrado,
la diestra que aun bullendo el puño afierra
léjos con gran desden y furia lanza,
ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida
viéndose atravesado por la hijada,
y la cabeza de un reves hendida,
ni por pasalle el pecho una lanzada:
que de espumosa sangre á la salida
vino la media lanza acompañada,
dejando aquel lugar de ella vacío,
aunque lleno de rabia y nuevo brio.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
y con furia mayor la gobernaba:
bien se puede llamar de triste suerte
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
con la rabia postrera de la muerte

una vez el ferrado leño alzaba:
mas faltóle la vida en aquel punto,
cayendo cuerpo y masa todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
le quebrantó el furor con que venia,
un valiente Español á tierra vino
del peso y movimiento que traía:
mas luego puesto en pie con desatino
hácia el lugar del dañador volvia;
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,
pensando que era vivo, con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
de dar la muerte al muerto deseoso
recio por uno y por el otro lado
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
hasta tanto que ya desalentado
se firma recatado y sospechoso,
y vió á aquel que aferrado así tenia
vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
tinta de sangre y con Picol se junta,
haciendo atras la rigurosa mano,
el pecho le barrena de una punta:
turbado de la muerte el Araucano
cayó en tierra la cara ya difunta,
vascoso revolviéndose en el lodo,
hasta que la almá despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
dió con el suelto Talco en tierra muerto;
pero fué mal herido por un lado
del gallardo Guacoldo en descubierto:
estuvo el Español algo atronado,
mas del atronamiento ya dispierto,
corriendo al fuerte bárbaro derecho
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
espada por los bárbaros rompiendo
mata, hiere, tropella y atormenta,
á tiempo á todas partes revolviendo:
un golpe á Nico en la cabeza asienta,
el cual los turbios ojos revolviendo
á tierra vino muerto; y de otro á Polo
le deja con el brazo izquierdo solo,

Usadas las espadas al acero,
topando la desnuda carne blanca
ayudadas de un ímpetu ligero,
dan con piernas y brazos á la banda:
no reusa el segundo ser primero,
ántes todos siguiendo una demanda,
como olas que creciendo van, crecian,
y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra,
que aun no daban lugar á las espadas:
apénas los mortales van á tierra

cuando estaban sus plazas ocupadas:
unos por cima de otros se dan guerra,
enhiestas las personas y empinadas,
y de modo á las veces se apretaban
que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
que los mas de los golpes son mortales;
y los que no lo son así se imprimen,
que dejan para siempre las señales:
todos al descargar los brazos gimen;
mas salen los efectos desiguales,
que los unos topaban duro acero,
los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
con los corvos cuchillos carniceros,
y cual de fuerte hierro los planchones
baten en dura yunque los herreros,
así en la diferencia de los sones
que forman con sus golpes los guerreros;
quien la carne y los huesos quebrantando,
quien templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla
contra Guarcondo á toda furia parte,
y la lanza le echó por la tetilla
con una braza de asta á la otra parte:
el bárbaro, la cara ya amarilla,
se arrima desmayado al baluarte,

dando en el suelo súbita caida
el alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo
el cuerpo vió caer descolorido
cuajósele la sangre, y hecho un yelo,
del súbito dolor perdió el sentido:
mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
blasfemando el soberbio y descreido,
y el ñudoso baston alzando en alto,
á Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
hirió al caballo en medio de la frente,
empínase el caballo, el cuello enhiesta,
al freno y á la espuela inobediente:
y entre los brazos la cabeza puesta,
sâcude el lomo y piernas impaciente:
rendido Villagran al duro hado
desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apénas en el suelo habia caido;
cuando la presta maza descendia
con una estraña fuerza y un ruido,
que rayo ó terremoto parecia:
del golpe el Español quedó dormido,
y el bárbaro con otro revolvia,
bajando á la cabeza de manera
que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho

del caso desastrado del hermano;
ántes con nueva rabia y mas despecho
hiere de tal manera á Diego Cano,
que la barba inclinada sobre el pecho,
se le cayó la rienda de la mano,
y sin ningun sentido, casi frio,
el caballo le lleva á su alvedrío.

En medio de la turba embravecido
esgrime en torno la ferrada maza,
á cual deja contrecho, á cual tullido,
cual el pescuezo del caballo abraza:
quien se tiende en las ancas aturdido,
quien forzado el arzon desembaraza,
que todo á su pujanza y furia insana
se le bate, derriba, y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando
la sangre, de la cual cubierto andaba,
pero no desfallece, ántes bramando
con mas fuerza y rigor los golpes daba:
ligero corre, acá y allá saltando,
arneses, y celadas abollaba,
hunde las altas crestas, rompe sesos,
muele los nervios, carne, y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
de espadas, lanzas, grita y vocería,
al cual confusamente no sabiendo
la causa, mucha gente allí acudia:

y era un gallardo mozo, que esgrimiendo
un fornido cuchillo discurria
por medio de las bárbaras espadas,
haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
de una furia diabólica movido,
el rostro fiero, sucio y polvoroso,
lleno de sangre, y de sudor teñido,
como el potente Marte sanguinoso,
cuando de furor bélico encendido
bate el ferrado escudo de Vulcano,
blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
el pesado cuchillo rodeaba,
y á Cron, como si fuera junco tierno,
en dos partes de un golpe lo tajaba:
tras este al diestro Pon envia al infierno,
y tras de Pon á Lauco despachaba,
no hallando defensa en armadura,
descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
y proporcion de cuerpo, era gigante,
de estirpe humilde, y su naturaleza
era arriba de Génova al Levante:
pues con aquella fuerza y ligereza
á los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte

que á todos los que alcanza da la muerte.
De un tiro á Guaticol por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro al desdichado Quilacura
límpio el derecho muslo le cercena:
pues de golpes así desta hechura
la gran plaza de muertos deja llena;
que su espada á ninguno allí perdona,
y unos cuerpos sobre otros amontona.
A Colca de los ombros arrebata
la cabeza de un tajo, y luego tiende
la espada hácia Maulen, señor de Itata;
y de alto á bajo de un reves le hiende:
lanzas, hachas y mazas desbarata,
que todo el pueblo bárbaro le ofende,
llevando muchos tiros enclavados
en los pechos, espaldas, y en los lados.
Como la osa valiente perseguida
cuando le van monteros dando caza,
que con rabia, sintiéndose herida,
los ñudosos venablos despedaza;
y furiosa, impaciente, embravecida
la senda y callejon desembaraza,
que los heridos perros lastimados,
le dan ancho lugar escarmentados:
De la misma manera el fiero Andrea
cercado de los bárbaros venia;

pero de tal manera se rodea
que gran camino con la espada abria:
crece el hervor, la grita y la pelea,
tanto que la mas gente allí acudia:
he aqui á Rengo tambien ensangrentado
que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
de gozques importunos, que en llegando
á verse con los cerros erizados,
se van el uno al otro regañando:
así los dos guerreros señalados,
las inhumanas armas levantando,
se vienen á herir; pero el combatè
quiero que al otro Canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceno Canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los Araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio Maule y el puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamas se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
no se puede llamar materia llena
la que de amor no tiene el fundamento:
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
rompe la dura y áspera corteza,
produce ingenio y gusto verdadero,
y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca, y el Ibero,
amor los trujo á tanta delgadeza,
que la lengua mas rica y mas copiosa,
si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamento,
con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,
que me ponga al rigor del crudo filo?
pero mi zelo bueno y sano intento,
esto me hace á mí añudar el hilo,
que ya con el temor cortado habia,
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar considerado
ser escritura larga y trabajosa,
por ir á la verdad tan arrimado
y haber de tratar siempre de una cosa:
que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonorosa,
que en un largo discurso no se estrague,
ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discrecion, dado me fuera
salir al campo y escoger las flores,
quizá el cansado gusto removiera
la usada variedad de los sabores:
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretejer mis fábulas y amores;
mas ya que tan adentro estoy metido,
habré de proseguir lo prometido.

Al Lombardo dejé y al Araucano
donde la guerra andaba mas trabada,
que vienen á juntarse mano á mano,

la espada alta, y la maza levantada:
de malla está cubierto el Italiano,
el Indio la persona desarmada;
y así como mas suelto y mas ligero
en descargar el golpe fué el primero.

El membrudo Italiano como vido
la maza y el rigor con que bajaba,
alzó el escudo en alto, y recogido
debajo del el golpe reparaba:
por medio el fuerte escudo fué rompido,
y en medio la cabeza le cargaba,
que batiendo los dientes vió en el suelo
las estrellas mas minímas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia
sobre el valiente bárbaro el Lombardo,
pensando que dos piezas le haria
segun era del ánimo gallardo:
pero Rengo que punto no perdia,
como una onza ligera y suelto pardo,
un pronto salto dió á la diestra mano,
de suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
la poderosa maza, de manera
que á acertarle de lleno, no al Andrea,
pero un duro peñasco deshiciera:
igual andaba entre ellos la pelea,
aunque temo yo á Rengo á la primera

vez que el cuchillo baje, si le halla,
que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento
desnudo de armas, y de esfuerzo armado,
entra, sale, y revuelve como el viento,
que en maña y ligereza era estremado:
hace siempre su golpe, y al momento
le halla el enemigo así apartado,
que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
el furioso Italiano embravecido,
viendo como desnudo un Araucano,
y él armado, le tiene en tal partido:
la izquierda junta á la derecha mano,
y apretando la espada de corrido
al bárbaro arremete altos los brazos,
pensando dividirle en dos pedazos.

El Araucano con mañoso brio
baja la maza firme lo esperaba;
mas el cuerpo hurtó con un desvio,
al tiempo que el cuchillo derribaba:
así que el brazo y golpe dió en vacío,
y de la fuerza inmensa que llevaba
el gran cuchillo sustentar no pudo,
quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,

cerrando el presto bárbaro de hecho,
y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
que le imprime las mallas en el pecho:
no por esto el Lombardo se embaraza:
mas piensa del así haber mas derecho,
y con brazos durísimos lo afierra,
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcídes hizo á Anteo,
quiso el nuestro hacer del Araucano;
mas no salió fortuna á su deseo;
y así el deseado efeto salió en vano:
que el esforzado Rengo de un rodeo
le lleva largo trecho por el llano,
sobre los cuerpos muertos tropezando
siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea de empacho ardiendo en rabia viva
sintiéndose de un hombre asi apurado,
firme en el suelo con los pies estriva
cobrando esfuerzo del honor sacado:
y de manera sobre Rengo arriba,
que de tierra lo lleva levantado,
que era de fuerza grande y de gran prueba
bastante á comportar la carga nueva.

Yo ví entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando,
trabar él una cuerda con los dientes,
asiendo cuatro de ella; y estrivando

todos á un tiempo á partes diferentes,
á su pesar llevarlos arrastrando,
y de solos los dientes se valia,
que las manos atras presas tenia.

Y con facilídad y poca pena
la mayor bota ó pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas de agua llená,
de tierra un codo y mas la levantaba:
y suspendida sin verter serena
la sed por largo espacio mitigaba,
bajándola despues al suelo llano,
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
rios en esta tierra caudalosos,
ir la corriente el ímpetu esforzando
á desbravar en riscos peñascosos,
arrebatando el barco, no bastando
la fuerza de los remos presurosos,
y él cubierto de malla como estaba,
luego animoso al agua se arrojaba.

Y una cuerda en la boca revolviendo
al furioso raudal el duro pecho,
los pies y fuertes brazos sacudiendo
rompia por la canal casi derecho:
remolcando la barca, y resistiendo
el ímpetu del agua del estrecho:
la sacaba á la orilla en salvamento,

haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí tambien sobrepujaba,
que no fué de su fuerza menor prueba;
pero Rengo que en ira se abrasaba
viendo que sin firmarse alto lo lleva,
hizo por fuerza pié, y sobre él tornaba
sacando la vergüenza fuerza nueva;
pero al cabo los dos se desasieron,
y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
como si descansaran todo el dia,
ora presto por bajo, ora por alto
sin miedo el uno al otro acometia:
Rengo que de armadura estaba falto,
con tal destreza y maña se regia,
que sostiene en un peso aquella guerra,
no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
el valiente cristiano por un lado,
que toda la persona le atormenta
segun que fué de fuerza muy cargado:
otro redobla, y otro, y á mi cuenta,
al cuarto que bajaba mas pesado,
el astuto Italiano se desvia,
y de una punta al bárbaro heria.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
abriéndole en el lado una herida;

mas fué tal su ventura y diestra suerte
que no le privó el golpe de la vida:
el bárbaro en ponzoña se convierte,
y con braveza fuera de medida,
con el fiero enemigo fué en un punto,
descargando la maza todo junto.

El Italiano en alto el medio escudo
alzó por recoger el golpe estraño;
pero del todo resistir no pudo,
aunque se reparó parte del daño:
batióle la cabeza el golpe crudo,
y cual si el morrion fuera de estaño;
y no de fuerte pasta bien templado,
así de aquella vez quedó abollado.

Dos, ó tres pasos dió desvanecido
del golpe el Italiano vacilando,
perdida la memoria y el sentido,
y anduvo por caer titubeando:
la sangre por el uno y otro oido
le reventó en gran flujo, como cuando
revienta de abundancia alguna fuente,
y en pié se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mirá
lleno de sangre y puesto en tal estado,
mas furioso que nunca, ardiendo en ira
de verse así de un bárbaro tratado;
el brazo con el pié diestro retira,

para tomar mas fuerza, y el pesado
cuchillo derribó con tal ruido:
que revocó en los montes del sonido.
Rengo que el gran cuchillo bajar siente
y el ímpetu y furor con que venia,
cruzando la alta maza osadamente,
al reparo debajo se metia:
no fué la asta defensa suficiente,
por mas barras de acero que tenia,
que á tierra vino della una gran pieza,
y el furioso cuchillo á la cabeza.
Fué este golpe terrible y peligroso,
por dó una roja fuente manó luego,
y anduvo por caer Rengo dudoso,
atónito y de sangre casi ciego:
el Italiano allí no perezoso,
viendo que no era tiempo de sosiego,
baja otra vez el gran cuchillo agudo,
con todo aquel vigor que dalle pudo.
En medio de la frente en descubierto
hiere al turbado Rengo el Italiano,
y hubiérale de arriba abajo abierto,
si no torciera al descargar la mano:
el golpe fué de llano, y como muerto
vino al suelo tendido el Araucano,
y el cuchillo del golpe atormentado
por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino que volvió el rostro al gran ruido
del poderoso golpe y la caida,
viendo al valiente Rengo así tendido,
pensó que era pasado desta vida:
y de amistad y deudo comovido,
la espada de su propio amo homicida
que en Penco Tucapel ganado habia,
en venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
no reparando en él la cruda espada,
que rompiendo la malla por el lado
le penetró hasta el hueso la estocada:
vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea, viendo venir la cuchillada
fué tan presto con él por resistirle,
que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar, con él se afierra,
donde en satisfaccion de la herida,
alzándole bien alto de la tierra
de espaldas le tendió con gran caida:
y por dar presto fin á aquella guerra,
la espada le quitó, y luego la vida,
metiéndose tras esto por la parte
que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por dó el monton ve mas estrecho:
triste de aquel que allí con él se junta!
uno parte al través, otro al derecho,

otro al sesgo, otro ensarta de una punta:
otros que tiende, aun no bien satisfecho
á coces los quebranta, y descoyunta:
brazos, cabezas por el aire avienta:
sin términos, sin número, ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
en medio del furor se desenvuelve:
pasa el pecho á Talcuen de una estocada,
y sobre Titaguan furioso vuelve:
abrióle la cabeza desarmada;
mas el rabioso bárbaro revuelve,
y ántes que la alma diese, le da un tajo
que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
y á Longoval derriba tras el muerto;
pues Juan Gomez tambien por aquel lado
de fresca sangre bárbara cubierto
habia de un golpe á Colca derribado,
y á Galvo el desarmado vientre abierto:
el bárbaro mortal, la color vuelta:
dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagran no estaba ocioso
que á Zinga y á Pillolco habia tendido,
y andaba revolviéndose animoso
entre los hierros bárbaros metido:
el rumor de las armas sonoroso,
os varios apellidos, y el ruido

á las aves confusas y turbadas
hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia, y el furor se enciende,
la gente por juntarse se apiñaba,
que ya ninguno mas lugar pretende
del que para morir en pié bastaba:
quien corta, quien barrena, rompe, hiende,
y era el estrecho tal y priesa brava,
que sin caer los muertos, de apretados
quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo,
la priesa de los golpes, y dureza,
figurarla del todo aquí no puedo,
ni la pluma llevar con tal presteza:
de la muerte ninguno tiene miedo,
ántes si vuelve el rostro, mas tristeza
mostraban, porque claro conocian
que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban,
perdida de vencer ya la esperanza;
el punto de la muerte dilataban,
por morir con alguna mas venganza:
y no por esto el paso retiraban,
ni el pecho reusaban á la lanza,
si por mover un paso como digo,
dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados

vienen sin detenerse á tierra muertos,
unos de mil heridas desangrados,
de la cabeza al pecho otros cubiertos:
otros por las espaldas y costados,
los bravos corazones descubiertos
así dentro en los pechos palpitaban
que bien el gran coraje declaraban.

Quien en sus mismas tripas tropezando,
al odioso enemigo arremetia,
quien por veinte heridas resollando,
las cubiertas entrañas descubria:
allí se vió la vida estar dudando
por que puerta de súbito saldria,
al fin salia por todas, y á un momento
faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte
de los bárbaros, muertos, no rendidos:
Villagran que miraba esto de aparte,
viendo los que quedaban tan heridos,
les envió con dos Indios de su parte
á decir, que se entreguen por vencidos,
sometiéndose al yugo y obediencia,
y que usará con ellos de clemencia.

Todos los Españoles retrujeron
las espadas y el paso en el momento:
y los dos mensageros propusieron
el pacto, condicion y ofrecimiento:

pero los Araucanos cuando oyeron
aquel partido infame, el corrimiento
fué tanto y su corage, que respuesta
no dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman,
morir, morir, no dicen otra cosa:
morir quieren, y así la muerte llaman
gritando, á fuera vida vergonzosa:
esta fué su respuesta, y esto claman,
y á dar fin á la guerra sanguinosa
se disponen con ánimo y braveza,
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban,
algunos de rodillas combatiendo;
que las tullidas piernas les faltaban,
sostenerse sobre ellas no pudiendo,
y aun así las espadas rodeaban:
otros que ya en el suelo retorciendo
se andaban, por dañar lo que podian,
á los contrarios piés se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
con la furiosa muerte porfiando,
en el lodo y sangraza derribados,
que rabiosos se andaban revolcando:
de la suerte que vemos los pescados
cuando se va algun lago desaguando,
que entre dos elementos se estremecen,

y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento
(por mas sed que de sangre ellos mostraran)
della vieran aquí el derramamiento,
yo tengo para mí que se hartaran:
pues con mayor rigor á su contento
en viva sangre humana se bañáran,
que en campo Marcio Sila carnicero,
y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
aquellos que rendir no se quisieron,
que ya al fin de la vida conducidos
á la forzosa muerte se rindieron:
los lasos Españoles mal heridos
de la cercada plaza se salieron
de armas y cuerpos bárbaros tan llena,
que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,
ni brazo que mover pudiese espada:
solo Mallen, que el punto de la muerte
le dió de vivir gana acelerada:
y rendido al temor y baja suerte,
viéndose de una fiera cuchillada
en el siniestro brazo mal herido,
detras de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que ántes se oia,
que entorno retumbaba todo el llano,

que como dije ya, la muerte habia
puesto silencio con airada mano;
dejó aquel paredon, y á ver salia
si hallaba por allí algun Araucano
á quien se encomendar que le salvase,
y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cual estaba,
y en sus amigos tal carnicería,
que aunque la muerte los desfiguraba,
la envidia conocidos los hacia:
con ira vergonzosa presentaba
la espada al corazon, y así decia;
¿cómo, yo solo quedo por testigo
de la muerte y valor de tanto amigo?

Cobarde corazon, por cierto indigno
de algun golpe de espada valerosa,
pues fué por eleccion y no destino
perder una sazon tan venturosa;
tú me apartaste (¡ó flaco!) del camino
de un eterno vivir, y á vergonzosa
muerte he venido ya con mengua tuya,
por mas que la mi diestra lo rehuya.

Si á mi sangre con esta del estado
mezclarse aquí le fuere concedido,
viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
aunque de brazo débil ofendido,
quizá seré en el número contado

de los que así su patria han defendido;
¡mas ay triste de mí! que en la herida
será mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
qué enmienda puedo dar de parte mia,
que ya satisfacer pueda á la ofensa
hecha á mi honor, y patria, y compañía?
yo turbo el claro honor y fama inmensa
de tantos, pues podran decir que habia
entre ellos quien de miedo bajamente
del enemigo apénas vió la frente.

¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
con prolijas razones mi jornada?
arrepentirme qué aprovecha, cuando
ya el arrepentimiento vale nada?
aquí cerró la voz, y no dudando,
entrega el cuello á la homicida espada,
corriendo con presteza el crudo filo,
sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado,
y descansen un poco las espadas,
entretanto que vuelvo al comenzado
camino de las naves derramadas:
que contra el recio Noto porfiado,
de Neptuno las olas levantadas,
prohejando por fuerza, iban rompiendo,
del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
de Sangallá, dó nunca habita gente,
y las otras ignotas se dejaron
á la diestra, de parte del Poniente
á Chaule á la siniestra, y arribaron
en Arica, y despues difícilmente
vimos á Capiapó, valle primero
del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos,
de sus cavernas cóncavas saliendo,
y furiosos, indómitos, violentos,
todo aquel ancho mar van discurriendo:
rompiendo la prision, y mandamientos
de Eolo su rey, el cual temiendo
que el mundo no arruinen, los encierra
echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
viéndose en sus cavernas apremiados,
buscan con gran estruendo la salida
por los huecos y cóncavos cerrados:
y así la firme tierra removida
tiembla, y hay terremotos tan usados,
derribando en los pueblos, y montañas
hombres, ganados, casas, y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
al reves de la Europa, porque es cuando
el Sol del equinocio se desvia,

y al capricornio mas se va acercando:
pues desde allí las naves que á porfía
corren al mar, y al Austro contrastando,
de Bóreas ayudadas luego fueron,
y en el puerto Coquímbico surgieron.

Apénas en la deseada arena
salidos de las naos, el pié firmamos,
cuando el prolijo mar, peligro, y pena
de tan largos caminos olvidamos:
y á la nueva ciudad de la Serena,
que es dos leguas del puerto caminamos,
en lozanos caballos guarnecidos,
al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
á todos nos hicieron, y hospedaje,
estimando con grato cumplimiento
el socorro, y larguísimo viage:
y de dulce refresco, y bastimento
al punto se aprestó el matalotaje,
con que se reparó la hambrienta armada
del largo navegar necesitada.

A la gente, y caballos aguardaban
que por áspera tierra y despoblados
rompiendo con esfuerzo caminaban
de hambres, y trabajos fatigados:
pero á cualquier fortuna contrastaban,
y desde poco á la ciudad llegados,

un mes en mucho vicio reposaron ;
hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual sin esperar la flota,
reparados del áspero camino,
toman de su demanda la derrota,
llevando á la derecha el mar vecino:
pasan la fértil Ligua, y á Quillota
la dejaron á un lado, que convino
entrar en Mapochó, que es dó pararon
las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salia,
trayendo nuevo tiempo á los mortales,
y del solsticio por zenit heria
las partes, y region setentrionales:
cuando es mayor la sombra al medio dia
por este apartamiento en las australes,
y los vientos en mas libre ejercicio
soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados
vientos, que entónces con mayor licencia
andan en esta parte derramados
mostrando mas entera su violencia,
á las usadas naves retirados,
con un alegre alarde, y aparencia
las aferradas áncoras alzamos,
y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,

el viento largo, fresco, y favorable,
desocupado el cielo y muy sereno,
con muestra y parecer de ser durable:
seis dias fuimos así, pero al sereno
fortuna que en el bien jamas fué estable,
turbó el cielo de nubes, mudó el viento,
revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
con presurosos soplos esforzados,
y súbito en el mar tranquilo y llano
se alzaron grandes montes y collados:
los Españoles, que el furor insano
vieron del agua y viento atribulados,
tomaran por partido estar en tierra,
aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta,
que era la capitana de la armada,
que arrojada de la áspera tormenta
andaba sin gobierno derramada:
¿pero quién será aquel que en tal afrenta
estará tan en sí, que falte en nada?
que el general temor apoderado
no me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
y fué tan recio y presto el terremoto;
que la cogió la vela mayor alta,
y estaba en punto el mástil de ser roto;

mas viendo el tiempo así turbado, salta
diciendo á grandes voces el piloto:
larga la triza en banda, larga, larga,
larga presto, ¡ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes, lóbregas, y espesas:
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos, y las priesas
hacen un son tan triste, y armonía,
que parece que el mundo perecia.

Amaina, amaina, gritan marineros,
amaina la mayor, hiza trinquete,
esfuerzan esta voz los pasageros,
y á la triza un gran número arremete:
los otros de tropel corren ligeros
á la escota, á la braza, al chafaldete;
mas del viento la fuerza era tan brava,
que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido,
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
embistió el galeon por un costado,
llevándolo un gran rato sumergido,
y la gente tragó del temor fuerte

á vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como
la gran ballena el cuerpo sacudiendo,
rompe con el furioso hocico romo,
de las olas el ímpetu venciendo;
descubre, y saca el espacioso lomo
en anchos cercos la agua revolviendo:
así debajo el mar salió el navio
vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso Bóreas mas crecido
la mar hasta los cielos levantaba,
y aunque era un Mangle el mástil muy fornido,
sobre la proa la alta gavia estaba:
la gente con gran fuerza y alarido
en amainar la vela porfiaba,
que en forma de arco al mástil oprimia,
y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
del afligido pueblo castellano,
iba al valiente Bóreas recogiendo
queriendo él encerrarle por su mano;
y abriendo la caverna, no advirtiendo
al Zéfiro que estaba mas cercano,
rotas ya las cadenas á la puerta,
salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando
cuantas nubes halló por el camino,

se arroja al levantado mar, cerrando
mas la noche con negro torbellino:
y las valientes olas reparando,
que del furioso cierzo repentino
iban la via siguiendo, las airaba,
y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
y un turbion de granizo sacudieron
por un lado á la nao, y así perdia,
que al mar las altas gavias decendieron:
fué la furia tan presta, que aun no habia
amainado la gente, cuando vieron
los pilotos la costa y viento airado,
rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar, y viento contrastada
andaba con la quilla descubierta,
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta:
vino en esto de viento una grupada
que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
pensando haber del todo zozobrado,
miran al gran piloto atentamente
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen: zaborda, otros: detente,

cierra el timon en banda, y cual turbado
buscaba escotillon, tabla, ó madero,
para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice: á la mar; otro: arribemos:
otro da grita: amaina, otro replica;
á orza, no amainar, que nos perdemos:
otro dice: herramientas; pica, pica;
mástiles y obras muertas derribemos,
atónita de acá, y de allá la gente
corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas, y járcias rechinaban,
del turbulento Zéfiro estiradas;
y las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas,
que la escura tiniebla penetraban,
y ser razon de nubes intrincadas;
y así en las peñas ásperas batian
que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento, y por vecina
la brava costa de arrecifes llena,
que del grande reflujo en la marina
hervia el agua mezclada con la arena:
rota la escota, larga la bolina,
suelto el trinquete, sin calar la entena;
y la poca esperanza quebrantada
por el furioso viento arrebatada.

CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta: contienese la entrada de los Españoles en el puerto de la Concepcion, é isla de Talcaguano: el consejo general que los Indios en el valle de Ongolmo tuvieron: la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo: asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
el son confuso, y mísero lamento
con eficacia, y fuerza, que interrompa
el celeste y terrestre movimiento:
la fama con sonora y clara trompa,
dando mas furia á mi cansado aliento:
derrama en todo el orbe de la tierra
las armas, el furor, y nueva guerra.

Dadme, ó sacro Señor, favor, que creo
que es lo que mas aquí puede ayudarme;
pues en tan gran peligro ya no veo
sino vuestra fortuna en qué salvarme:
mirad donde me ha puesto el buen deseo,
favoreced mi voz con escucharme:

Ant. [illegible] la inv. y dib.   [illegible] lo g.º 182[illegible]



que luego el bravo mar, viéndoos atento,
aplacará su furia, y movimiento,

Y á vuestra nave el rostro revolviendo,
la socorren en este grande aprieto,
que si decirse es lícito, yo entiendo
que á vuestra voluntad todo es sujeto:
aunque el soberbio mar contraveniendo
de los hados al áspero decreto,
arrancando las peñas de su suelo,
mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
ha de arribar al puerto deseado,
á pesar de los hados, y porfia
del contrapuesto mar, y viento airado,
que procuran así impedir la via,
y diferir el término llegado
en que la antigua causa tan reñida
por vuestra parte habia de ver vencida.

Los cuatro poderosos elementos
contra la flaca nave conjurados,
traspasando sus términos y asientos
iban del todo ya desordenados:
indómitos, airados, y violentos,
removidos, revueltos, y mezclados
en su antigua discordia, y fuerza entera,
como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida

la quebrantada nave forcejando,
iba casi de un lado sumergida,
las poderosas olas contrastando:
mas ya al furioso viento y mar rendida,
sin poder resistir, se va acercando
á los yertos peñascos levantados
de las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente,
las voces, y las lástimas crecian,
que llevadas del zéfiro inclemente
léjos las rocas cóncavas herian:
pilotos, marineros, y la gente,
como locos sin órden discurrian:
unos dicen: alarga, y otros: iza,
quien por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
y así turbado del temor se impide,
quien á públicas voces se confiesa,
y á Dios perdon de sus errores pide:
quien hace voto espreso, quien promesa,
quien de la ausente madre se despide:
haciendo el gran temor siempre mayores
los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
del todo parecia venír al suelo,
y el levantado mar tempestuoso
con soberbia hinchazon subir al cielo:

¿qué es esto eterno Padre poderoso?
¿tanto importa anegar un navichuelo,
que el mar, el viento y cielo de tal modo
pongan su fuerza estrema, y poder todo?
No la barca de Amíclas asaltada
fué del viento y del mar con tal porfía,
que aunque de leños frágiles armada
el peso, y ser del mundo sostenia:
ni la nave de Ulíses, ni la armada,
que de Troya escapó el último dia,
vieron con tal furor el viento airado,
ni el removido mar tan levantado.
La confianza, y ánimo mas fuerte
al temor se entregaban importuno,
que la espantosa imágen de la muerte
se le imprimió en el rostro á cada uno:
del todo ya rendidos á su suerte,
sin esperanza de remedio alguno,
el gobierno dejaban á los hados,
corriendo acá y allá desatinados.
Cuando un golpe de mar incontrastable
bramando en un turbion de viento envuelto,
rompió de la gran mura un grueso cable,
cubriendo el galeon ya todo vuelto:
pero aquí sucedió un caso notable,
y fué que el puño del trinquete suelto
travó del gran vayven á la pasada.

el un diente de la ancora amarrada.
Y cual si fuera estaca mal asida
la arranca de su asiento, y la arrebata,
y acá, y allá del viento sacudida
todo lo abate, rompe, y desbarata:
mas Dios, que de los suyos no se olvida,
(aunque á las veces su favor dilata)
hizo que en el baupres dichosamente
el ancora aferrase el corvo diente.
La vela se fijó, y en el momento,
gobernó el galeon rumbo derecho,
y á despecho del mar, y recio viento,
botando á orza el timon salió al levecho:
fué tanto nuestro súbito contento,
que el temeroso inadvertido pecho
pudo sufrir difícilmente á un punto
el estremo de pena y gozo junto.
Luego pues que la súbita alegría
lanzó fuera el temor desconfiado,
y á su lugar volvió la sangre fria
que habia los miembros ya desamparado:
la esforzada y contrita compañía,
el rostro al cielo en lágrimas bañado,
con oracion devota y sacrificio
dió las gracias á Dios del beneficio.
Mas el hinchado mar embravecido,
y el indómito viento rebramando,

al bajel acometen con ruido
en vano, aunque se esfuerza, porfiando;
que la fortuna de Felipe asido
ajorro ya le lleva remolcando
sobre las altas olas espumosas,
aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla escura
por el furioso viento derramada,
descubrimos al este la Herradura,
y al sur la isla de Talca levantada:
reconocida ya nuestra ventura,
y la Araucana tierra deseada,
viendo el morro de Penco descubierto
arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
que resiste al furor del Norte airado,
y los continuos golpes de mareta
que le baten furiosos de aquel lado:
la corva y larga punta una caleta
hace y seno tranquilo y sosegado,
do las cansadas naves, como digo,
hallan seguro albergue, y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
surgió al alto reparo de una sierra
en gruesa amarra y ancora afirmada
que con tenace diente aferró tierra:
apenas la alta vela fué amainada,

cuando el alegre estruendo de la guerra
nos estendió (tocando en los oídos)
los ánimos y niervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente
esforzada, robusta, y belicosa,
la cual viendo una nave solamente,
venida allí por suerte venturosa,
gritando: guerra, guerra, alegremente
toma las fieras armas, y furiosa
con gran rebato y priesa repentina
corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
en formado escuadron se representa,
y nosotros con ánimo dispuesto
á cualquiera peligro y grande afrenta,
arremetimos á las armas presto,
que el trabajo pasado, y la tormenta
nos hizo á todos estimar en nada
cualquiera otro peligro, y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brio
corrimos al batel, de la manera
que si léjos de tierra en un bajío
encallada la nave ya estuviera:
y por los anchos lados el navío
sus dos grandes bateles echó fuera,
en los cuales saltamos tanta gente,
cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
mas cierta historia y verdadero cuento,
ora fuese algun caso prodigioso,
ó estraño agüero y triste anunciamiento;
ora violencia de arto riguroso,
ora inusado y rapto movimiento,
ora el andar el mundo (y es mas cierto)
fuera de todo término y concierto.

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
el pié los Españoles en el suelo,
cayó un rayo, de súbito volviendo
en viva llama aquel ñudoso velo:
y en forma de lagarto discurriendo,
se vió hender una cometa el cielo:
el mar bramó, y la tierra resentida
del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
la fuerza á los turbados naturales,
por siniestro pronóstico tomado
de su ruina, y venideros males,
viendo aquel movimiento desusado,
y los prodigios tristes y señales
que su destrozo y pérdida anunciaban,
y á perpetua opresion amenazaban.

Desto medrosos aguardar no osaron
que soltando las armas ya rendidas
del cerrado escuadron se derramaron,

procurando salvar las tristes vidas:
el patrio nido al fin desampararon,
y con mugeres, hijos, y comidas
por secretos caminos y senderos
se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
las casas yermas, chozas, y moradas,
iban en todas partes descubriendo
las rústicas viandas levantadas:
y con gran diligencia previniendo
los caminos, las sendas, y paradas,
por cavernas y espesos matorrales
buscaban los ausentes naturales.

Donde en breve sazon fueron hallados
algunos pobres Indios escondidos,
otros en pueblezuelos salteados
que aun no estaban del miedo apercebidos:
mas con buen tratamiento asegurados,
dandoles jotas, llantos, y vestidos,
y palabras de amor los aquietaban,
y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
y causa principal de la jornada,
era la religion, y salvamento
de la rebelde gente bautizada:
que en desprecio del santo Sacramento,
la recibida ley y fé jurada

habian pérfidamente quebrantado,
y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
á la cristiana ley que ántes tenian,
y á la fé quebrantada reducirse,
que al grande Cárlos quinto dado habian,
en todas las mas cosas convertirse
á su provecho y cómodo podrian;
haciéndoles con prendas, firme y cierto
cualquier partido lícito, y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
al uso militar y á la vivienda
sacamos en las partes competentes,
que no hay quien nos lo impida, ni defienda:
donde todos á un tiempo diligentes,
cual arma pabellon, cual toldo, ó tienda,
quien fuego enciende, y en el casco usado
tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
cubriendo tierra y mar, cayó del cielo;
dejando ántes de tiempo presurosa
envuelto el mundo en tenebroso velo:
no quedó pabellon, tienda, ni cosa,
que el viento allí no la abatiese al suelo,
pareciendo con nuevo movimiento
desencasar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado dia

las nubes desterró, y dejó sereno
el cielo, revistiendo de alegria
el aire escuro y húmido terreno:
luego la trabajada compañía
conociendo el instable tiempo bueno,
procura reparar con diligencia
del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
albergues de los Indios ausentados,
otros con tablas, ramas, y carrizos
al nuevo alojamiento van cargados:
y sobre troncos de árboles rollizos
en las hondas arenas afirmados,
gran número de ranchos levantamos,
y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
de la necesidad misma instruidos,
por techos y apartados rinconcillos
tejer y fabricar los pobres nidos:
que de pajas de plumas y ramillos
van, y vienen los picos impedidos:
así en el yermo y descubierto asiento
fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, Señor, nos alojamos
en el húmido sitio pantanoso,
y con industria, y arte reparamos
la furia del invierno riguroso:

las necesarias armas aprestamos,
soltando con estrépito espantoso
la gruesa y reforzada artillería.
que en torno tierra, y mar temblar hacia.
En las remotas bárbaras naciones,
el grande estruendo y novedad sintieron
Pacos, Vicuñas, Tigres, y Leones
acá y allá medrosos discurrieron:
los Delfines, Nereydas, y Tritones
en sus hondas cavernas se escondieron,
deteniendo confusos sus corrientes
los presurosos rios, y las fuentes.
Sintióse en el estado la estampida,
y algunos tan atónitos quedaron,
que la dura cerviz, nunca oprimida,
sobre los yertos pechos inclinaron:
así avisados ya de la venida
los instrumentos bélicos tocaron,
descogiendo por todas las riberas
sus lucidos pendones, y banderas.
En el valle de Ongolmo congregados
lós dieciseis Caciques Araucanos:
y algunos capitanes señalados
de los interesados comarcanos:
todos en general deliberados
de venir con nosotros á las manos;
sobre el lugar el tiempo y aparejo

entraron los Caciques en consejo.

Rengo tambien con ellos, que admitido
fué al consejo de guerra por valiente
que si ya os acordais, quedó aturdido
en Mataquito entre la muerta gente;
pero volvió despues en su sentido,
y al cabo se escapó dichosamente,
que aunque falto de sangre, tuvo fuerte
contra la furia de la airada muerte.

Caupolican enmedio dellos puesto
á todos con los ojos rodeando,
que con silencio y ánimo dispuesto
estaban sus razones aguardando:
con sesgo pecho y con sereno gesto,
la voz en tono grave levantando,
rompió el mudo silencio, y echó fuera
el intento y furor desta manera:

Esforzàdos varones, ya es venido
(segun vemos las muestras y señales)
aquel felice tiempo prometido
en que habemos de hacernos inmortales;
que la fortuna próspera ha traido
de las últimas partes orientales
tantas gentes en una compañía,
para que las venzais en solo un dia.

Y á costa y precio de su sangre y vidas
del todo eterniceis vuestras espadas,

y nuestras viejas leyes oprimidas
sean en libre fuerza restauradas,
que por remotos reynos estendidas
han de ser inviolables y sagradas,
viviendo en igualdad debajo dellas
cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco pensamiento
estas gentes se os han desvergonzado,
y en vuestra tierra y defendido asiento
las banderas tendidas han entrado;
es bien que el insolente atrevimiento
quede con nuevo ejemplo castigado,
ántes que dando cuerda á su esperanza
les dé fuerza y consejo la tardanza.

Así en resolucion me determino
(si, señores, tambien os pareciere)
que demos con asalto repentino
sobre ellos lo mejor que ser pudiere,
y nadie piense que hay otro camino
sino el que con su fuerza y brazo abriere,
que las rabiosas armas en las manos
los han de dar por justos ó tiranos.

Á la plática fin con esto puso:
y el buen Peteguelen, viejo severo;
por mas antiguo su razon propuso
como soldado y sabio consejero,
diciendo: ó capitanes no rehuso

de derramar mi sangre yo el primero
que aunque por mi vejez parezca helada
en el pecho me hierve alborotada.

Pero sola una cosa me detiene
haciéndome dudar el rompimiento,
y es la cierta noticia que se tiene
que es mucha gente y mucho el regimiento:
asi qne claro vemos que conviene
gran resistencia á grande movimiento,
que siempre de estimar poco las cosas
suceden las dolencias peligrosas.

Que pues el sitio y puesto que han tomado
es por natura fuerte y recogido,
del mar y altos peñascos redeado,
por todas partes libre y defendido;
será de mas provecho y acertado
que á su plática y trato deis oído,
y que no se les niegue y contradiga,
pues que solo el oír á nadie obliga.

Que no podrá dañar, y en el comedio
podreis apercebir y juntar gente,
y en secreto aprestar para el remedio
todo lo necesario y conveniente;
en las cosas difíciles dar medio,
proveer á cualquiera inconveniente,
atajar y romper los pasos llanos,
y al cabo remitirnos á las manos.

No pudo decir mas: que ardiendo en ira
el bravo Tucapel con voz furiosa
diciendo le atajó: quien tanto mira,
jamás emprenderá jornada honrosa;
y si todo el estado se retira,
por parecerle que esta es peligrosa;
yo solo tomaré sin compañia
las armas, causa y cargo á cuenta mia.

¿Por ventura teneis desconfianza
de vuestras proprias fuerzas tan probadas?
pues en cuanto arrojar pueden la lanza,
y rodear los brazos las espadas,
dais causa en que se note en vos mudanza,
y que vuestras victorias mancilladas
queden con bajo y mísero partido,
y nuestro honor y crédito ofendido.

Pues entended que mientras yo tuviere
fuerza en el brazo y voz en el senado,
diga Peteguelen lo que quisiere,
que esto ha de ser por armas sentenciado:
y quien otro camino pretendiere
primero le abrirá por mi costado,
que esta ferrada maza y no oraciones
les ha de dar las causas y razones.

Si los que así os preciais de bien hablados,
el ánimo os bastáre y el denuedo
de combatir sobre esto en campo armados

os probaré mas claro lo que puedo;
mas quereisos mostrar tan concertados,
que llamando prudencia á lo que es miedo,
por no poner en riesgo nuestra vida
á todo con parlar dareis salida.

Peteguelen responde: pues no halla
nunca en tí la razon acogimiento,
yo solo viejo quiero la batalla
y castigar tu loco atrevimiento;
de piel curtida armados ó de malla,
con lanza, espada ó maza á tu contento,
para mostrar que en justas ocasiones
tengo mas largas manos, que razones.

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo
que Tucapel mostraba contra el cielo,
lanzando por los ojos fuego vivo,
no se dignando de mirar al suelo?
dijo: al fin pensamiento tan altivo
ya es digno del furor de Tucapelo:
mas por mi honor y por tu edad querria
que metieses contigo compañia.

El viejo respondió: jamas de agenas
fuerzas en ningun tiempo me he ayudado;
ni de sangre aun están vacias mis venas,
ni siento el brazo así debilitado,
que no te piense dar las manos llenas:
mas Rengo su sobrino levantado

se ätravesó diciendo: el desafio
acepto yo, si quieres, por mi tio.

Quiérolo, pido y soy de ello contento,
gritaba Tucapel, y á diez contigo;
mas saltando Orompello de su asiento
dijo: tú lo has de haber Rengo comigo.
Tambien enmendaré tu atrevimiento,
responde el fiero Rengo: y mas te digo,
que poco tu amenaza y campo estimo
despues que haya acabado el de tu primo.

Tucapelo le dijo: castigarte
pienso de tal manera yo primero,
que le cabrá á Orompello poca parte,
que á bien librar serás mi prisionero:
afuera, afuera, sús, haceos aparte,
que dilatar el término no quiero,
pues armas, tiempo y voluntad tenemos;
sino que luego aquí lo averiguemos.

Rengo y Peteguelen le respondieran
á un tiempo con las armas y razones,
si enmedio á la sazon no se pusieran
muchos Caciques nobles y varones,
pidiendo que suspendan y difieran
aquellas amenazas y questiones,
hasta que la fortuna declarada
diese prospero fin á la jornada.

Caupolican estaba ya impaciente

de ver que Tucapelo cada dia
en guerra, en paz, con término insolente
sin causa, ni atencion los revolvia;
mas hubo de llevarlo blandamente,
que el tiempo y la sazon lo requeria,
y así con gravedad y manso ruego
la furia mitigó, y apagó el fuego.

Quedando entre ellos puesto y acetado
que luego que la guerra concluyesen,
el viejo y Tucapel en estacado
francos de solo á solo combatiesen:
despues, que Tucapel y Rengo armado
asimismo su causa definiesen.
El rumor aplacado, Colocolo
los comenzó á decir hablando solo:

Generosos Caciques, si licencia
tenemes de decir, lo que alcanzamos
los que por largos años y esperiencia
los futuros sucesos rastreamos,
vemos que nuestras fuerzas y potencia
en solo destruirnos las gastamos,
y el tirano cuchillo apoderado
sobre nuestras gargantas levantado.

Y lo que dá señal clara que sea
cierta vuestra caida y mi recelo,
es que ya la fortuna titubea,
y comienza á turbarse nuestro cielo:

cuando un gran edificio se ladea
no está muy léjos de venir al suelo:
la máquina que en falso asiento estriba
su misma pesadumbre la derriba.

Así que ya si mi opinion no yerra,
segun el proceder y los indicios
temo y con gran razon, de ver por tierra
nuestros mal cimentados edificios,
y convertido el uso de la guerra
en serviles y bajos ejercicios,
quebrantándose al fin vuestra protervia
fundada en una vana y gran soberbia.

Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
con gran deshonra nuestras tres banderas,
rotas nuestras escuadras y tendidas
al viento y sol por pasto de las fieras:
las fuerzas y opiniones divididas,
lleno el campo de gentes estrangeras,
y las furiosas armas alteradas
contra sus mismos pechos declaradas.

Mirad que así por ciega inadvertencia
la patria muere, y libertad perece,
pues con sus mismas armas y potencia
al derecho enemigo favorece:
incurable y mortal es la dolencia
cuando á la medicina no obedece,
y es bestial la pasion y detestable

que no sufre el consejo saludable.

¿Por que con tanta saña procuramos,
ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
y envueltos en civiles armas damos
fuerza y derecho al enemigo bando?
¿por qué con tal furor despedazamos
esta union invencible, condenando
nuestra causa aprobada y armas justas,
justificando en todo las injustas?

¿Qué rabia ó que furor desatinado
habeis contra vosotros concebido,
que así quereis que el Araucano estado
venga á ser por sus manos destruido,
y en su virtud y fuerzas ahogado
quede con nombre infame sometido
á las estrañas leyes y gobierno
y en dura servidumbre y yugo eterno?

Volved sobre vosotros, que sin tiento
correis á toda prisa á despeñaros:
refrenad esa furia y movimiento
que es la que puede en esto mas dañaros:
¿sufris al enemigo en vuestro asiento
que quiere como á brutos conquistaros,
y no podeis sufrir aquí impacientes
los consejos y avisos convenientes?

Que es cierto falta de ánimo y bastante
indicio de flaqueza disfrazada,

teniendo al enemigo tan delante
revolver contra sí la propia espada,
por no esperar con ánimo constante
los duros golpes de fortuna airada,
á los cuales resiste el pecho fuerte
que no quiere acabarlo con la muerte.

Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
que á veces, por ser tanto, lo condeno,
y de vuestras hazañas no esta tierra,
mas todo el universo anda ya lleno,
cese, cese el furor y civil guerra,
y por el bien comun tened por bueno
no romper la hermandad con torpes modos,
pues que miembros de un cuerpo somos todos.

Si á la cansada edad y largos dias
algun resto y crédito se debe,
mirad á estas antiguas canas mias
y al bien público y zelo que me mueve,
para que diferais vuestras porfías
por alguna sazon y tiempo breve,
hasta que el español furor decline,
y la causa comun se determine.

Y pues de vuestra discrecion espero
que os pondrá en el camino que conviene,
traer otras razones mas no quiero,
pues con vos la razon tal fuerza tiene:
dejadas pues á parte, lo primero

que venir á las manos nos detiene,
y pone freno y límite al deseo,
es el poco aparejo que aquí veo.

Que por todas las partes nos divide
este brazo de mar que veis enmedio,
y nuestra pretension y paso impide,
sin tener de pasage algun remedio:
y pues el enemigo se comide
á tratar de concierto y nuevo medio:
aunque nunca pensemos acetarlos,
no nos podrá dañar el escucharlos.

Pues por este camino tomarémos
lengua de su intencion y fundamento,
que cuando no sea lícita, podrémos
venir de todo en todo á rompimiento:
tambien en este término harémos
de armas y municion preparamento,
que estas serán al fin las que de hecho
habrán de declarar este derecho.

Mas conviene advertir, claros varones,
para llevar las cosas bien guiadas,
que nuestras esteriores intenciones
vayan siempre á la paz enderezadas,
mostrándonos de flacos corazones,
las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
y la tierra de minas de oro rica,
ceb o goloso en que esta gente pica.

Quizá por este término sacalla
podrémos del isleño sitio fuerte,
y con fingida paz aseguralla
trayéndola por mañas á la muerte:
y sin rumor, ni muestra, ni batalla,
abramos la carrera de tal suerte,
que venga á tierra firme, confiada
en el seguro paso y franca entrada.

A su habla dió fin el sabio anciano,
y hubo allí pareceres diferentes,
diciendo que el peligro era liviano
para tanto temor é inconvenientes:
pero Puren, Lincoya, y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes
al parecer del viejo se arrimaron,
y así á los mas los ménos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
al jóven Millalauco generoso,
hombre de gran lenguage y esperiencia,
cauto, sagaz, solícito y mañoso:
que con fingida muestra y apariencia
de algun partido honesto y medio honroso
nuestro intento y designios penetrase,
y el sitio, gente y número notase.

El cual por los Caciques instruido
(segun el tiempo) en lo que mas convino,
en una larga góndola metido,

sin mas se detener tomó el camino,
y de los prestos remos impelido,
en breve á nuestro alojamiento vino,
adonde sin estorbo libremente
saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento
tres naves de las nuestras arribado
llenas de armas, de gente y bastimento
con que fué nuestro campo reforzado:
era tanto el rumor y movimiento
del bélico aparato, que admirado
el cauteloso Millalauco estuvo,
y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender, disimulando,
por medio del bullicio atravesaba,
los judiciosos ojos rodeando,
las armas, gente y ánimos notaba:
y el negocio entre sí considerando,
el deseado fin dificultaba,
viendo cubierto el mar, llena la tierra
de gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de Don García,
hallándome con otros yo presente,
con una moderada cortesía
nos saludó á su modo alegremente:
levantando la voz; pero la mia,

que fatigada de cantar se siente,
no puede ya llevar un tono tanto,
y asi es fuerza dar fin en este canto.

DECLARACION

DE ALGUNAS DUDAS QUE SE pueden ofrecer en esta obra.

Porque muchos no entenderán algunos vocablos ó nombres, que aunque de Indios son ya tan recibidos y usados en aquella tierra de los nuestros, que no los han mudado en nuestro lenguage, será bien declararlos aquí, porque como yo, por variar uso alguna vez dellos, el que leyere este libro no tenga que preguntar.

Chile *es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias: toma el nombre de Chile toda la provincia por*

un valle, del cual tuvieron primero noticia los Españoles por el oro que en él se sacaba, y como entraron en su demanda, pusieron nombre de Chile á toda la tierra hasta el estrecho de Magallanes.

El estado de Arauco *es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco mas ó ménos, que produce la gente mas belicosa que ha habido en las Indias, y por eso es llamado el estado indómito: llámanse los Indios dél Araucanos, tomando el nombre de la provincia.*

Puelches *se llaman los Indios de la sierra, que son fortísimos y ligeros, aunque de ménos entendimiento que los otros.*

Arcabuco *es una espesura grande de árboles altos y boscage.*

Bohío *es una casa pagiza grande de sola una pieza sin alto.*

Llauto *es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen por la frente, y les ciñe la cabeza: son labrados de oro, y chaquira con muchas piedras y diges en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entónces usan celadas.*

Chaquira *son unas cuentas muy menudas á manera de aljófar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda, es mas preciada: labran y adornan con ella sus llautos, las mugeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera de vidrios: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espaldas.*

Yanaconas *son Indios mozos amigos, que sirven á los Españoles, andan en su trage, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, en especial cuando los Españoles dejan los caballos, y pelean á pié porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelisimamente.*

Pallâ *es lo que llamamos nosotros señora; pero entre ellos no alcanza este nombre sino la noble de linage, y señora de muchos vasallos y hacienda.*

Apó *es señor, ó capitan absoluto de los otros.*

Eponamon *es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obli-*

garse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

Cacique, *quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo.*

Los Caciques *toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase esto, porque los que mueren en la guerra se oirán despues nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.*

Coquimbo *es el primer valle de Chile, donde pobló el capitan Valdivia un pueblo, que le llamó la Serena, por ser él natural de la Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.*

Mapochó *es un hermoso valle, donde los Españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.*

Penco *es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar, poblaron en él los Españoles una ciudad, la cual la llamaron la Concepcion.*

Angol *se llama el valle donde poblaron otra ciudad, y le pusieron nombre los confines de Angol.*

Cauten *es un valle hermosísimo y fértil donde los Españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil Indios casados de servicio: llamáronla Imperial, porque cuando entraron los Españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo á manera de timbre de armas, que cierto es estraña cosa y de notar, pues jamas en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.*

Villarica *es otro pueblo que fundaron los Españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de los volcanes, que lanzaban á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.*

Valdivia *es un pueblo bueno y provechoso, tiene un puerto de mar por un rio arriba tan seguro, que varan las naos en la tierra, y está fundado no muy léjos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre: entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos, era Valdivia capitan general de los Españoles. y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.*

Caupolican *fué hijo de* Leocan, *y* Lautaro *hijo de* Pillan. *Declaro èsto, porque como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres me aprovecho de los de sus padres.*

Mita *es la carga ó tributo que trae el Indio tributario.*

Mitayo *es el Indio que la lleva ó trae.*

SONETO

DE FRAY ALONSO DE CARVAJAL, DE LA Orden de los Mínimos, en modo de Diálogo.

¿ Quién sube por la escala de discretos ?
Don Alonso es de Ercilla, el animoso.
Decidme, ¿ donde va tan presuroso ?
A dar subido ilustre á sus concetos.
¿ Es este el que no alcanzan los perfetos ?
El es, que al mas facundo hace medroso.
¿ Qué causa es la que lleva este famoso ?
Mostrarnos el valor de sus decretos :
¿ Pues nadie lo entendiera en este caso ?
Ninguno, ni vendrá ya quien lo entienda
Estraño debe ser su ingenio, y arte.
Es tal, que ya se estiende hasta el Ocaso.
¿ Luego daránle el lauro sin contienda ?
Sí, que es Virgilio en verso, en armas Marte.

SONETO

DEL DOCTOR GERONIMO DE PORras, Catedrático en la Universidad de Alcalá, á Don Alonso de Ercilla.

Claro Señor, que ilustras y celebras
la gloria de las armas Españolas,
del Indo mar, á las Esperias olas,
del Scítico, á las libicas culebras:
Y á Muerte robas las vitales hebras,
que siega como flacas amapolas,
haces que Mantua no se alabe á solas,
y al envidioso la esperanza quiebras:
No solamente aplican sus oidos
el dulce son de tu glorioso cuento,
Neptuno, Dóris, Melicerta, y Glauco:
Mas aun reciben gusto los vencidos
de oir loar con tan suave acento
los vencedores del famoso Arauco.

SONETO

DEL MARQUES DE PEÑAFIEL;
á Don Alonso de Ercilla.

Gloria llevais del bárbaro trofeo,
con pluma honrando al que venceis con lanza,
y lo que en tiempo, y muerte no se alcanza,
alcanza en vida el inmortal deseo:
Volais de Arauco hasta el mar Egeo,
y con ínclito triunfo, y alabanza,
libre de alteracion y de mudanza
de léjos veis las aguas de Leteo.
Tanto, Ercilla, valeis vivo, y presente,
que de Zoílo el infernal veneno
jamás prevaricó la gloria vuestra: (gente
Dais gloria á Arauco, y vais de gente en
con lauro ufano, y de alabanzas lleno, (tra.
que el premio es vuestro, y la ventura nues-

SONETO

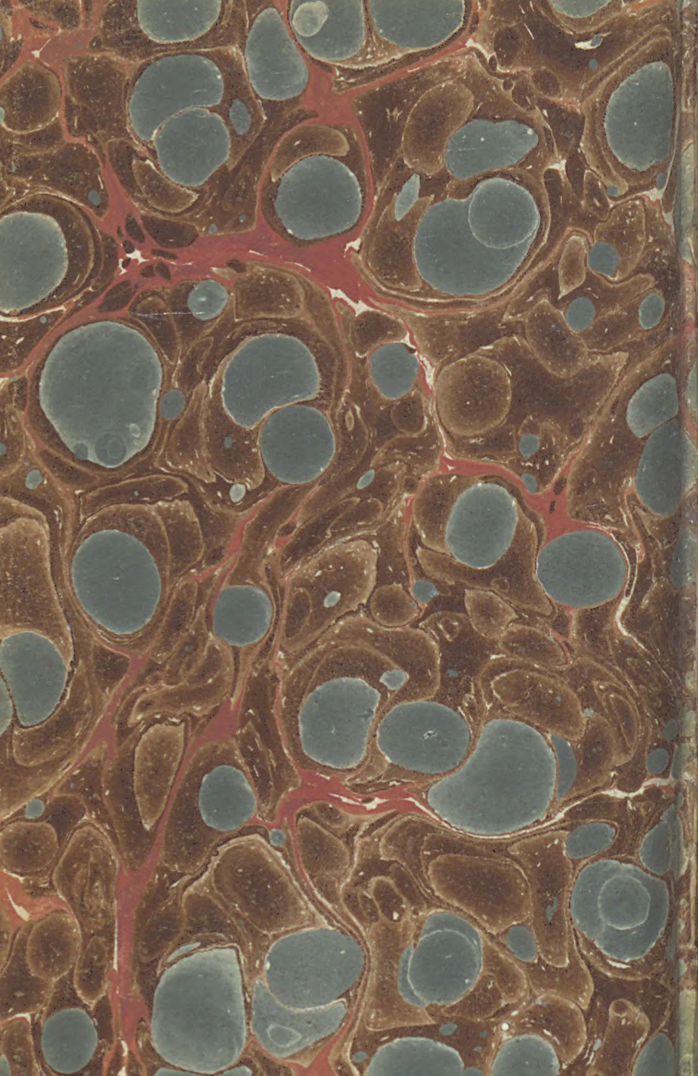
DE LA SEÑORA DOÑA LEONOR DE Iciz, Señora de la Baronía de Rafales, á Don Alonso de Ercilla.

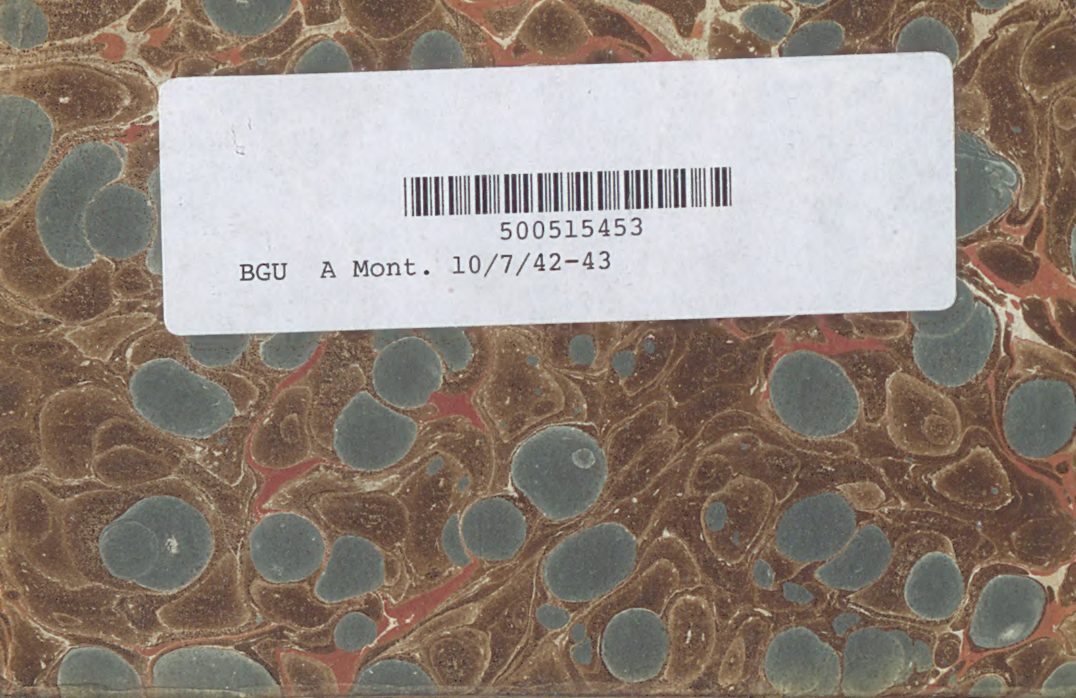
Mil bronces para estatuas ya forjados,
mil lauros de tus obras premio honroso,
te ofrece España, Ercilla generoso,
por tu pluma y tu lanza tan ganados:
Hónrese tu valor entre soldados,
envidie tu nobleza el valeroso,
y busque en tí el poeta mas famoso
lima para sus versos mas limados.
Derrame por el mundo tus loores
la fama, y eternice tu memoria,
porque jamás el tiempo la consuma,
Gocen ya, sin temor de que hay mayores,
tus hechos, y tus libros de igual gloria,
pues la han ganado igual la espada y pluma.

SONETO

DE LA SEÑORA DOÑA ISABEL DE Castro y Andrade, á Don Alonso de Ercilla.

Araucana naçô mais venturosa,
mais que cuantas hoje ha de gloria dina;
pois, na prosperidade, é na ruina
sempre invejada estais, nunca invejoza.
Se inristra ó illustre Alfonso á temeroza
lança, se arranca á espada, que fulmina,
creyo, que julgareis, que determina
so conquistar á terra belicoza.
Fará... mas naô temais essa naô forte,
que se vos tira á liberdade, é á vida,
ella vos pagará bem largamente.
Que atroco de huma breve, é honrada mor-
com seu divino estilo esclarecida, (te,
deixará vossa fama eternamente.




500515453
BGU A Mont. 10/7/42-43


LA
ARAUCANA
1
MONT 10
7/42


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm